

ANTONIO HERRERO

EL POETA DEL HOMBRE

ALMAFUERTE

Y SU OBRA

ESTUDIO PRELIMINAR DEL Dr.
FRANCISCO A. BARROETAVEÑA.

PÓRTICO DEL POETA ARTURO
VAZQUEZ CEY.

1918
MARTIN GARCIA (LIBRERO EDITOR)
RIVADAVIA 581 - Bs. AIRES

Nota

En 1907 quise unir mi nombre, de modesto editor, al del malogrado y vigoroso escritor, Juan Más y Pi, que se revelaba como gran comentarista de las principales obras literarias de España y América.

Su trabajo era un profundo estudio crítico sobre Almafuerte, el excelto cantor de "Jesús" y "El Misionero" en cuyas vibrantes estrofas, como un moderno Dios del Sinaí, condena bravamente todos los

prejuicios y todas las injusticias sociales.

Hoy, once años después, tócame también el alto honor de asociar mi nombre al de dos altos espíritus, representativos de las más grandes virtudes que caracterizan a dos pueblos y una raza; tales son los dos notables escritores y sociólogos, Dr. Barroetaveña y Antonio Herrero, prologuista y autor del nuevo y soberbio libro sobre el poeta-filósofo más grande de América, cuyas sabias enseñanzas pueden servir de "estrella polar" para guiar a los hombres hacia la fraternidad universal y la verdadera redención humana...

El Editor

Mayo 1918.

AL Dr. VICTORIO M. DELFINO

insigne almafuertista.

Es posible que me exprese con alguna exageración y aun espero que así sea; porque no hay amor sin exageración, y donde el amor no existe, la inteligencia está ausente.

OSCAR WILDE. *Ultimos ensayos de literatura y estética.*

ESTUDIO PRELIMINAR

ALMAFUERTE Y HERRERO

Bajo el título de *"El poeta del hombre"*, el literato señor Antonio Herrero ha escrito un volumen novedoso, profundo, valiente y original, sobre *Almafuerte y su obra,* que le sirve de segundo título, dando de suyo la clave del libro.

Es novedoso, porque después de someros datos biográficos, estudia al gran poeta argentino en quince capítulos fundamentales, con estilo sobrio, elegancia de lenguaje, claridad meridiana, apasionamiento verídico, pruebas, lógica y una franqueza vesicante contra los detractores y envidiosos, que se imaginaron empalidecer la gloria del cantor del *Misionero,* con maledicencias, denuestos, o silencio despreciativo, escandalizados con sus producciones revolucionarias y luminosas. Es profundo, porque extrae y enseña la quinta esencia de las doctrinas del vate potente, realzando su demostración con estudio comparado de los grandes poetas, fundadores de escuelas y de religiones más célebres del mundo. Es valiente, porque expresa sus juicios con absoluta independencia de criterio, coloca a Almafuerte con fir-

meza en cumbre elevadísima, y censura enérgicamente a los hombres y a las producciones que descansan en el error, en la superstición, o en un convencionalismo menguado y calculador. Es original, porque su raciocinio substancioso, analítico, erudito y a grandes síntesis, exhibe la obra magna de Almafuerte como pensador, filósofo, poeta, moralista y publicista de combate, con un laconismo bello y elocuente, sin demostraciones largas e ingeniosas, sin transcripciones pesadas, aún de la hermosa literatura de Palacios, ni de los juicios encomiásticos de extraños.

EL AUTOR

El señor Herrero es un escritor de primera fila, por su ilustración, por su estilo claro y sintético, no obstante haber adquirido su primera instrucción en España, por su lenguaje puro, correcto y elegante, por su argumentación vigorosa y convincente, por la cultura, elevación de miras y moralidad de sus producciones, por el respeto a la verdad, a la justicia y a la razón, que informaran las manifestaciones del hombre y de los pueblos. Con ese rico bagaje, el literato y el crítico honesto, de pensamiento altivo e independiente, — puede abordar con seguridad de éxito cualquier trabajo de pluma, sea expositivo, de creación, de polémica o de crítica. En una revista, publicó hace pocos años un estudio admirable sobre Almafuerte, destacando como ningún otro escritor,

los más bellos perfiles morales de nuestro poeta, expresándole éste, conmovido, todo su agradecimiento. Más tarde, y con motivo del 14 de Julio, publicó un artículo titulado: *Francia Alma mater,* de condensación brillante, al nivel de los mejores trozos de Taine; mereció los honores de la traducción al idioma de Racine y ocupar la columna de honor de *Le Courrier de la Plata,* como numerosas felicitaciones al autor. Luego produjo otro boceto de Estados Unidos al lanzarse a la guerra mundial, que llamó especialmente la atención, por su brevedad, por su elocuencia y por la maestría literaria con que exaltaba en pocos párrafos, el desarrollo hercúleo de la patria de Wáshington, y el gesto gallardo con que se alzaba para castigar al bandolerismo alemán: *El Diario* reprodujo ese hermoso artículo de Herrero. Bastaría cualesquiera de esos trabajos, para hacer la buena reputación de un escritor.

Con motivo del primer aniversario de la muerte de Palacios, el 28 de Febrero último, tuvo lugar en el cementerio de La Plata, una piadosa ceremonia conmemorativa; y el mismo señor Herrero pronunció sobre el poeta un discurso elocuentísimo, sin valerse de ningún apunte, lleno de imágenes y de metáforas brillantes, exaltando a la mayor altura el apostolado moral de Almafuerte, con un calor, sinceridad e ilustración, que produjo verdadera conmoción en el auditorio y repetidos aplausos, no acostumbrados en la mansión de las tumbas. En ese discurso, no fué breve ni sintético, sino que dejó

libre fuego a su imaginación oratoria, y la escuela de Castelar culminó en trozos bellísimos, inspirados, dichos con ademán simpático y voz sonora, en mañana de pleno sol, como en la Necrópolis de Atenas. Después de mostrarnos las angustias y los dolores del poeta en la miseria; luego de exaltar sus grandes producciones literarias, su obra moral, y el rango favorable que le correspondía entre los Buda, Jesús, Platón, Aristóteles, Mahoma, los principales filósofos, poetas y reformadores, — exhibía al apóstol argentino, de vuelos tan encumbrados, frente al dolor de los débiles y de los miserables, todo corazón, todo lágrimas y caridad; y frente a los poderosos conquistadores, tiranos y explotadores del pueblo, — airado, gigantesco e implacable, intangible, "como una montaña ardiendo"...

Pedí al orador que reconstruyera tan magnífico panegírico para publicarlo, y presumo que no lo habrá conseguido aún, cuando no me lo ha dicho, deplorando que se pierda una pieza de alta elocuencia. Quizás ha preferido la producción sólida y metódica del libro, más eficaz para robustecer la fama del poeta, que la fosforescencia improvisada. Me apercibo que debo internarme ya entre sus capítulos notables, para tentar un esbozo, modesto, casi tímido, por recelo de quedar a muy bajo nivel, del trabajo monumental de Herrero.

JUICIO ABREVIADO DEL LIBRO

Apreciando en conjunto la obra de Herrero sobre Almafuerte, y el análisis comparativo que hace con los más grandes intelectuales, poetas y moralistas de la historia, el lector siente halagado su patriotismo por haber nacido en territorio argentino una personalidad tan prominente, por el pensamiento y por el apostolado humanitario; por sus resplandores mentales y por su vida consagrada al bien y a la enseñanza; por sus virtudes y por las aflicciones físicas y morales; combatido, aislado y menospreciado por una época, por un pueblo y por una clase dirigente, que no lo comprendieron, muy inferiores a su rango moral, altísimo y revolucionario. Las amarguras de su vida en ciertas épocas de miseria indigente y de abandono despiadado, lejos de aniquilar sus energías y de hundirlo en el vicio, le hicieron producir su estupendo "Misionero", donde el harapo humano, el fraile miserando, ahogado de pesimismo, dialoga como un Marco Aurelio, con una jauría de perros, sobre el mundo y la historia de las edades, tan cubiertas de oropeles, de ambiciones y de vanidades. ¿No es poco hallazgo en nuestro tiempo, evidenciar la existencia de un diamante de tal volumen, pureza de agua y resplandores?

BIOGRAFIA DE ALMAFUERTE

La biografía de Palacios aparece muy sobria, tal vez por falta de noticias exactas y de antecedentes de su vida, que él por delicadeza omitió en apuntes contenidos en un reclamo sobre jubilación. La historia de su magisterio en la campaña; el calvario de sus padecimientos y pobrezas, la obra silenciosa y fecunda de sus escuelas primarias entre masas analfabetas; el cariño reverencial que le guardaron los pueblos de la Pampa donde sembraba ideas y nociones morales; noticias y resonancias de sus grandes producciones literarias hasta imponer su prestigio nacional; detalles interesantísimos de su vida de periodista y de político de principios; la escena con Sarmiento en la escuelita de Chacabuco, la promesa del ex - presidente y la contestación del poeta, —estos y muchos otros accidentes de su vida, requieren detalles y la fidelidad de la narración.

ANECDOTAS Y EPISODIOS DE ALMAFUERTE

Conocedor de algunas referencias de su vida, por el mismo poeta amigo y por personas dignas de todo crédito, quiero recordarlas someramente. Almafuerte escribió su primera composición poética, vigorosa y sugestiva de toda su propaganda literaria, — lla-

mada "Interrogantes" por signos ortográficos, sin la palabra, y la remitió al Director de "La Nación", que lo era Bartolito Mitre, sin conocer a nadie, allá por 1892. Colaboraba en la sección literaria de ese gran órgano, el poeta Don Antonio Lamberti (de quien tengo la versión). Un día lo llamó Bartolito y, alcanzándole unos originales, le dijo: he recibido esos versos de un maestro de escuela de campaña, que no conozco; de primera lectura, me parecen excepcionales, pero no me considero competente para apreciar su verdadero mérito; examínelos usted y dígame si vale la pena publicarlos. Lamberti los leyó con atención, sintiéndose fuertemente emocionado; y luego hizo otro trabajo de su sección; más tarde volvió a leer solo y con detenimiento la composición de Almafuerte; la declamó para apreciarla mejor; y concluyó por formar juicio de que se trataba de una poesía admirable, magistral! Pasó al despacho del Director y le dijo entusiasmado su opinión sobre "Interrogantes", añadiendo que podía publicarla con "todo bombo". Bartolito siguió el consejo de su asesor literario, y apareció al día siguiente en "La Nación", con los elogios merecidos. La poesía llamó la atención aquí, con ciertas envidias, reservas mentales y timideces de los hombres de letras; encontrando franco aplauso en el pueblo. En Europa, "El Globo" de Castelar, reprodujo "Interrogantes" con juicio muy elogioso, afirmando que su autor era el primer poeta del habla castellana en América.

La fama de Almafuerte estaba asentada en sólido cimiento; y su primer paso soberbio, era paso de vencedor. Desde entonces Palacios quedó amistosamente ligado a Bartolito Mitre, y, literariamente, a su diario, con el intercambio de pepitas de oro del arte, por billetes de banco, que aliviaban la pobreza del vate. El día del sepelio de sus restos, concurría también acongojado el poeta Lamberti; refirióme aquella anécdota lejana, y, con la generosidad de un noble espíritu, recién divulgaba su ayuda ignorada al primer aletazo del cóndor de nuestro Olimpo, en hora melancólica. El hecho sería trivial en el movimiento de un gran diario y en la trayectoria de un literato, si no se reflexiona la importancia casi decisiva que adquiere en las creaciones mentales, su oportuna resonancia en un órgano prestigioso de publicidad. El diario del general Mitre acogió las poesías y evangélicas de Almafuerte con dignidad y generosamente, como lo merecían; y, a la muerte del patricio, Palacios pronunció el más brillante "elogio" que se pueda cantar sobre un estadista de fuste, dentro de la verdad, de la fantasía poética y del agradecimiento. Dedicó a "Bartolito Mitre en la gloria", su célebre poema "El Misionero", tal vez el más querido del poeta.

*
* *

Director Almafuerte de una escuela de campaña en Chacabuco cuando Sarmiento había bajado de la presidencia de la República, se le anunció la visita del gran educacionista con algunos amigos para día fijo. Según referencia que me hizo el mismo poeta, como la escuela era muy pobre, ese día, el maestro con algunos discípulos animosos, hizo un lavado de pisos general, desde el zaguán hasta el excusado; y, al frente de sus muchachos, armado con su *speech* escrito, aguardó la llegada del gran amigo de Horacio Man, que descendía del Capitolio, en medio de los trastornos de la guerra civil. Presentado Sarmiento al maestro, éste sacó del bolsillo interior los papeles de su discurso, entre sonrisas burlonas de los acompañantes del estadista, y con entonación hábil y vibrante, pues sabía que era algo sordo, fué leyendo sus rotundos y elevados períodos sobre la instrucción del pueblo en las campañas de nuestro continente, despertando cada vez mayor interés en el noble anciano, que se iba acercando para oirle mejor. Almafuerte, ex - maestro de declamación, lo hacía magistralmente, y todo su discurso iba *in crescendo* hacia un final tan elocuente, que dije la última frase, me refería, "entre los brazos de Sarmiento, y entre los aplausos ruidosos de todo el auditorio, no por mérito de lo dicho, sino

por la acogida del gran viejo. A los cortesanos que habían sonreído presumiendo impertinencias de *dómine escolar,* les faltaban manos y lenguas para congratularme!".

El ex - presidente, entre efusivas felicitaciones al maestro de campaña, le ofreció conseguirle un puesto importante en la Capital, que Almafuerte rehusó, diciéndole que la Pampa necesitaba más que Buenos Aires, escuelas y enseñanza moral. Almafuerte admiró siempre las grandes cualidades de Sarmiento, y en el "elogio" a Mitre le asigna un rol prominente en nuestra historia.

*
* *

Yo intimé relación con Palacios pocos años antes de morir, cuando era anciano, achacoso y venerable por su fama de literato, de caritativo y de maestro de escuela, con 30 años de servicios. En algunas confidencias me dijo: no me crea usted tan seráfico e inofensivo; sépase usted que he tenido tres duelos; que he trincado algunos comisarios de campaña en nuestras revoluciones; que me han tenido en la cárcel, habiendo dado y recibido golpes rudos, sin metáfora; y que he sido periodista de combate: de pobreza no le digo nada!

Fué presidente del primer comité radical de La Plata; y sobre su actuación política, me refirió Don Luis Monteverde un episodio que pinta los senti-

mientos generosos de Almafuerte, aún frente al peligro. Debía estallar una revolución con asalto a comisarías de un momento a otro; y el poeta y otros amigos se concentraron en casa de Monteverde para proceder; al llegar la hora, el vate ruega al dueño de casa hasta con lágrimas, que no salga de su casa porque es padre de numerosos hijos; que les permita llevar el asalto a los demás, sin riesgo de dejar hijitos en la orfandad!

Jamás olvidaba el infortunio de los niños, a quienes dedicó bellísimo discurso.

EXAMEN DEL LIBRO

El señor Antonio Herrero estudia las vastas proyecciones literarias, morales y humanitarias de Almafuerte, con lógica y urdimbre de sus propias obras y de la historia universal, haciéndolo centro y foco luminoso de un mundo nuevo, que alumbra, domina y orienta la humanidad con más verdad y justicia, porque consagra toda su evolución al perfeccionamiento del hombre en todas las esferas de la vida, sin disipar nada en obsequio de supersticiones vetustas, de extravíos de la imaginación, de avaricia de intereses ni despotismos políticos. Su pensamiento dominante es la autonomía del hombre para labrar su propio destino, por el trabajo, por la justicia, por la libertad y por su ascensión moral hacia el perfeccionamiento. Fijado el rumbo, desconoce

y derriba cuantos obstáculos se oponen a tan amplia y hermosa evolución, en las ideas, en los sentimientos, en los intereses, en el carácter y en la fraternidad de todos los hombres. Por eso el crítico anota las divergencias fundamentales entre el vasto plan moral de Almafuerte, y las escuelas, las religiones, los despotismos y las quimeras, de quienes sacrifican o deforman los atributos del hombre-soberano, al menos en su potencialidad para ascender a la gloria desde el abismo.



Con este plan expositivo, Herrero estudia el idealismo del poeta; lo declara "genio", al nivel de las más altas mentalidades; realza su carácter de acero; elogia su vida heroica, luchando con el mundo de tantos prejuicios y absurdos, entre miserias afligentes; rodeado de poetas y literatos envidiosos, egoístas o indiferentes, cuando no pérfidos; amante de la chusma y de los que sufren, poeta del hombre, filósofo de la vida humana; respetuoso de la mujer y del amor en la virtud y en la maternidad; ponderado ante los extremos de pesimismo e idealismo, de realidad y de ideal; moralista rígido y humano, condensa su religión al hombre; sin rebuscamientos, resulta artista del verso y de la elocuencia, por la claridad, lógica y perfección de la forma y del pen-

samiento; en fin, Almafuerte es luminoso exponente de la evolución argentina.

*
* *

En el capítulo III hace un retrato muy semejante al poeta, exhibiendo las transiciones bruscas de la cólera al afecto, de los temperamentos nerviosos. En el IV pinta con exactitud su carácter, y agrega: "Era incapaz de fingir. No sabía ni quería doblegar su regio espíritu. Era un vocán de sinceridad", sin "un átomo de Tartufo"; no obstante su inflexibilidad moral, "conservaba, aun en la hora de su muerte, la fe cándida y potente de los niños en la vida y en el bien, a pesar de su cósmica experiencia". Con mucha exactitud dice Herrero: "La vida de Almafuerte está tejida de férvido heroísmo: clamoroso y rugiente, de protesta airada, o ignorado y silencioso, de sacrificio austero; y siempre envuelto en el manto de la más absoluta soledad. De ello es ejemplo *La sombra de la Patria,* y su participación en algunas revoluciones"...

En otra parte agrega: "Era un héroe del Bien, un loco del Ideal y un Quijote del Ensueño". "Es, pues, este heroísmo el más solitario, el más abnegado y puro, el más santo y generoso, el más altivo y austero". En el capítulo V afirma: "Ningún poeta ha visto jamás tan claro como Almafuerte este problema moral: la necesidad en que se halla el hombre

de redimirse de la naturaleza y conquistar su ser moral, forjando, como él dice, "la sublime segunda naturaleza"... "predica y encarna la doctrina redentora de Jesús". Luego sienta que las ideas no modifican y elevan al hombre, sino el sentimiento, "y esto es lo que él cultiva y educa en toda su obra". "La esencia del cristianismo que Almafuerte poseyó tan hondamente, es el espíritu de altruísmo, de tolerancia y justicia universal". En ello "supera al cristianismo", y transcribe hermosos versos del misionero. "Almafuerte no fué como Jesús, un aristócrata. Descendió hasta lo más hondo de la chusma, cual si él fuese más vil que todos ellos, llevado por su amor trágico; no con el fin de evangelizar, sino de fraternizar. Así lo declaraba al afirmar: No soy el Cristo-Dios que te perdona,—soy un Cristo mejor: soy el que te ama". "Su moral contiene tres o cuatro mil años de evolución posterior y superior a la de la Biblia". Luego agrega: "Los poetas argentinos han permanecido, como es lógico, ajenos a la influencia de Almafuerte. Un genio de tal índole, se adelanta en varios siglos a su época. Los coetáneos apenas se enteran de que existe. Por otra parte, es posible imitar o plagiar al ruiseñor, mas no se imita el rugido de un león, ni se plagian los estruendos del volcán".

*
* *

En el capítulo VI acentúa el carácter peculiar de Almafuerte, con estas palabras: "Podría haber sido un poeta nacional, cantor de glorias, de damas y de próceres, amable y grato a la crasa aristocracia del oro. Entonces se habría visto agasajado, favorito de la prensa y los círculos sociales y glorificado en vida. Pero él no era un amante de la gloriola, de la vida galante ni del lujo. Amaba solamente el bien del hombre y anhelaba el más alto destino de justicia y de grandeza ideal para su patria". Apreciando el *"Dios te salve"*, exclama convencido: "No existe en toda la literatura una poesía de moral tan alta, y tan profunda psicología como esa en que se ha volcado todo el secreto del alma atormentada y formidable de los Redentores y los Cristos". "Ningún poeta pudo hasta hoy decir con Almafuerte: Como madre sensual dejé mi beso. — Sobre cada bubón de los leprosos"... En el VII precisa bien la tendencia poética de Almafuerte: "El desdeñaba la Naturaleza, despreciaba el Arte, odiaba el sensualismo y reducía las abstracciones a instrumento de ascensión humana y de perfeccionamiento moral del individuo", como lo ha expresado en una de sus poesías: Yo miro el Universo pasar delante, — Como a pelusa tonta, sin que me asombre, —Soy profeta, soy alma, soy como el Dante...

¡Yo no siento más vida que la del Hombre!" Luego agrega con hermosa energía: "sumergido en la chusma, ha descendido al fondo de ella para volver de allí, vibrante de ira justiciera, con los puños cargados de verdades, que arrojó violentamente al impasible rostro impío de esta humanidad pagana". Como síntesis de su libro, Herrero traza esta valiente y admirable conclusión: "Y ésta ha sido la más alta grandeza de Almafuerte; que él no fué literato, ni artista, ni poeta, ni maestro, ni creyente, ni discípulo de secta alguna. El ha dicho: "Ser algo es ser esclavo"; y declaró que no aceptaba lo definitivo sino como un corral donde se le quería aprisionar y empequeñecer: El ha sido sencillamente un hombre; un alma violentísima y apasionada de lo mejor; un espíritu integral, abierto a todas las altas orientaciones humanas, que manejaba su pluma como un cetro moral y ha grabado con ella las tablas de la ley del hombre nuevo. El ha sido un augur sacerdotal de los gloriosos tiempos futuros, poeta del dolor y del misterio humano; profeta y legislador que anuncia y que consagra el próximo reinado augusto del Hombre".

Termina el capítulo con vibrantes estrofas del poeta, sobre la Naturaleza y el Hombre, que acentúan la originalidad de su tendencia filosófica y humana.

*
* *

Al estudiar la filosofía de Almafuerte (capítulo VIII), sienta esta premisa: "La intuición es en él sabiduría (no la erudición que jamás ostenta), vasta y profunda sabiduría que, como la de Jesús prescinde de todo dogma y de toda verdad clásica y consagrada, y se convierte en una fuente de prístino y purísimo saber, exclusivo producto del espíritu. Mas no por eso sus enseñanzas son menos elevadas y profundas. Las más altas tendencias filosóficas del siglo, — Nietzsche, Stirner, Emerson, Carlyle, Schopenhauer, James y hasta el mismo Bergson, — hállanse contenidas y superadas en sus versos, no como seca doctrina, sino como intuición consciente, hecha carne y realidad en su propia vida". "Su obra está más allá de la *Crítica de la razón pura* kantiana"... El tema casi exclusivo de sus poesías es el ideal moral en sus diversos aspectos"... "Ningún poeta se ha elevado a una concepción tan alta y tan moral de la vida", exclama después de transcribir bellas estrofas de Almafuerte. Luego agrega: "Es como Platón, sintético, intuitivo, moralista absoluto, creyente en la eternidad de las ideas y del alma; ferviente adorador de la justicia y del bien; da un valor absoluto al pensamiento y al espíritu, y sólo el de instrumento al cuerpo y a la materia; y considera la ética como la

suprema autoridad que rige al universo. "Todas las cosas existen para el bien y éste es causa y origen de toda belleza". Tal principio, síntesis y base de la filosofía platónica, es también el que anima toda la obra de Almafuerte".

*
* *

En el capítulo sobre la mujer y el amor, rectifica errores flotantes atribuídos a rarezas del poeta, y dice: "Lo que Almafuerte no amaba, o mejor aún detestaba, es el sensualismo"... "Adoraba en la mujer lo que tiene de grande, de sagrado y puro: su instinto material, su bondad, su ternura, su idealismo y su belleza moral"... Tenía Almafuerte un concepto del amor mucho más alto y austero que el expresado por Platón en "El Banquete"... "Entre el "Cantar" de Almafuerte (mágicos versos primorosos, de pureza y de ternura) y el lúbrico y sensualista de Salomón, median muchos milenarios de evolución moral". Luego reproduce algunas estrofas amatorias de la poesía "En el abismo", prescindiendo de la hermosa composición de amor virtuoso y apasionado, que se titula "¿Por qué no mandas?", cuyas estrofas vibran de sentimiento y de belleza poética. Basta recordar estos finales: "¡Yo haré que todo el mundo conmovido, — Se postre de rodillas a tus plantas!" "Porque yo tengo, —Virtud en mi alma, — Para llenar de admiración

los siglos, — Si una mirada tuya me lo manda!". Herrero dice que Almafuerte quiere que el hombre vea en la mujer, "solamente un ser moral; la conceptúe una madre, una hermana, una amiga y una novia; la venere como a un templo, como a una fuente sagrada, de donde debe brotar el porvenir por los siglos de los siglos; y la forje y la moldee convirtiéndola en la imagen de su más alto ideal".

Es bueno comprender bien al querido poeta sobre este punto, para no suponerlo extravagante, ni confundirlo con los ascetas y monjes ridículos de todos los tiempos, que miran con orgulloso menosprecio al amor puro sexual de la naturaleza, que conduce al matrimonio, fundamento de la familia, pepinero de la humanidad moral, infinitamente más respetable que la presunta virginidad conventual o solitaria, y que los desórdenes de conducta de solterones calaveras. Almafuerte entona un himno a la "novia mía", a la "madre mía" y a la "hija mía", que son las pasiones más poderosas y más santas de la humanidad, las sólidas columnas de la familia legítima.



Al ocuparse Herrero del pesimismo y del optimismo de Almafuerte, expone con toda claridad las alternativas apasionadas de los grandes hombres y profundos moralistas, recordando a Goethe, Cer-

vantes, Byron, Dante, Leopardi, Edgard Poe, Baudelaire y Laforgue, Nietzsche y Schopenhauer. Es muy natural que acentuara en extremo sus juicios un poeta subjetivo tan exagerado como Almafuerte, que descendía a las ínfimas pocilgas de la chusma, del dolor y del vicio, aplicando el cauterio de sus reactivos en la carne dañada del fondo de las úlceras, para excitar la evolución saludable de tejidos sanos: La obra del censor implacable comprendía sentencias terribles; pero como su orientación moral y su bondad eran firmísimas e inagotables, el último de los caídos, el más hediondo y miserable, podía regenerarse. En muy breves páginas pinta estos vigorosos perfiles del poeta, sirviéndose de estrofas lapidarias, que marcan sus terribles condenaciones y la vía de salvación por espontáneo esfuerzo del caído:

"Los hijos de la sombra y del Prostíbulo,
Miente la compasión, no se redimen,
Nacieron con el síntoma del crimen
Y el fervor inefable del Patíbulo.

Y el mal es mal; lo mísero, lo inmundo,
Lo formado de pústulas y lamas,
Debe rodar al fondo de las llamas,
Para salvar de su contacto al mundo".

A este amargo pesimismo, le sucede una virilidad edificante en versos de oro, que debieran grabarse en todas las escuelas, para enseñar a sobreponerse a todas las adversidades de la vida, aun a las más angustiosas y deprimentes:

"Si te postran diez veces, te levantas
Otras diez, otras cien, otras quinientas...
Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
Nada más necesita la criatura;
y en cualquier infeliz se me figura
que se rompen las garras de la suerte...
Todos los incurables tienen cura
cinco segundos antes de la muerte!

"No te des por vencido, ni aún vencido:
no te sientas esclavo, ni aún esclavo;
trémulo de pavor, piénsate bravo,
y acomete feroz, ya mal herido...
¡Que muerda y vocifere vengadora,
ya rodando en el polvo tu cabeza!".

Nada más enérgico, varonil, moral y educador, se puede decir.

La realidad y el ideal del poeta, están descritos con acierto y pleno conocimiento de su vida, solitaria, dolorida, con relámpagos de felicidad infantil, para caer luego en amargas realidades, que irritaban su sensibilidad y lo llevaban al apóstrofe y a las condenaciones. "Conservaba, dice Herrero, la frescura, el candoroso optimismo y la expansiva cordialidad de un niño amoroso y bueno"... "El era un hombre entero, de una pieza, sin dualidad ni reserva alguna. Constituye esto en su vida un mérito esencial, que le alza por encima de los tiempos y de los más grandes hombres".



En página magistral expone Herrero la evolución histórica de las ideas morales y de progreso en

las edades, hasta que su accidentado desarrollo tropieza con los genios; y, "entonces, dice, se detiene de repente el correr velocísimo del tiempo, y alrededor de este hombre, hácese como un remanso de eternidad. Tal sucedió con Budha, con Jesús y con Sócrates. Este es el mismo milagro que Almafuerte revivió y actualizó... Repitióse, pues, con Almafuerte en los arrabales de La Plata, la eterna y áurea, y lamentable historia de Atenas y Galilea. Sólo que ahora los tiempos han cambiado. Estamos en América la libre y por lo tanto este profeta se libró del cruento sacrificio; mas fué, no obstante, inmolado en cada día de su existencia por la siniestra y sombría conjuración del silencio, y por la solapada indiferencia olímpica de los Zoilos consagrados".

Es fundamental el estudio de Herrero sobre la escuela moral del poeta. Nos dice: "El sentido moral es el solo centro y eje alrededor del cual gira toda la obra de Almafuerte... Porque Almafuerte nunca escribió por pasatiempo, ni con fines lucrativos, ni en calidad de artista. Escribía solamente cuando le apremiaba la necesidad interior de expresar una ley moral, de revelar un problema, un hecho del espíritu. Así, toda su obra es sólida y definitiva, de un máximo valor ideológico. Cada poesía representa un aspecto culminante de la evolución interna, de la evolución moral; y cada evangélica (hay 200) es conjunto de sintéticas, originales y profundas enseñanzas. Su obra es dogmática, afirmativa y rotunda; pero no es pontifical ni circunscripta. El no cierra los

límites del horizonte humano, sino los ensancha y los aleja"... "Es, por el contrario (la suya), una moral afirmativa, áspera y bravía como el mal, y fragante y delicada cual la inocencia y el bien".

Luego el noble amigo, discípulo y admirador del gran poeta, presenta en varias páginas una bellísima ordenación de las mejores evangélicas de Almafuerte, con forma impecable, claridad diáfana, y elevación moral incomparable. Se siente el lector en medio de un oasis de la vida, atraído por pensamientos de Marco Aurelio, por máximas de Budha, por moralejas del Nazareno, por fórmulas de vida sana, feliz y vigorosa, entre perfumes, armonías y manjares encantadores, que ascienden la personalidad humana a la virtud, a la perfección, al bien y a la luz. Si esas doscientas evangélicas de Almafuerte constituyen su tesoro de moralista, la selección y ordenamiento que presenta Herrero, son el cofre maravilloso que las contiene, adornado de pedrería resplandeciente. Aquí el discípulo está al nivel del maestro coloso, y es un gran honor para el ilustrado biógrafo.



El capítulo XIII está consagrado a exponer *la religión del Hombre,* de que aparece centro y creador Almafuerte, como escuela o vinculación humana diferente de todas las otras religiones, sin dogmas absolutistas, sin misterios ni ceremonias, sin sacerdotes

oficiantes. La Naturaleza, la Belleza, la Filosofía, las hipótesis teológicas, las revelaciones sobrenaturales, las supersticiones y divinidades fundadas en misterios, absurdos y tinieblas, — a pesar de su antigüedad fósil, de los brillantes corifeos que las han inventado, sostenido y explotado; no obstante los siglos y las multitudes que las han reverenciado; a pesar de las teocracias y del martirologio esgrimido sobre la humanidad que se rebelaba, — todo este conglomerado aparatoso de orígenes divinos, poetizados al cubo, con que se subyugó a los pueblos, con servidumbre mansa o crueldades infinitas, que impera hoy mismo en leyes y costumbres de la mayoría de las naciones, — todo eso resulta inútil, nocivo y peligroso para el concepto nuevo de la felicidad humana; y la obra de Almafuerte lo elimina para reemplazarlo por lo que Herrero llama la *religión del Hombre*, a cuyo perfeccionamiento y ascensión, nuestro poeta ha consagrado su enseñanza moral y los destellos mentales de su genio poético y de propagandista.

El estudio de Herrero es sobrio, erudito, lógico, claro y elocuente, iluminado por estrofas vibrantes de Almafuerte. En medio de un osario de mistificaciones religiosas y filosóficas, se levanta Almafuerte como un gigante del mundo nuevo moral, que se propone su perfeccionamiento, sus virtudes, su bienestar y su felicidad, todo conquistado por esfuerzo propio, en la escuela, en el trabajo, en el bien, en la vida honesta, con altruísmo y humanidad. Desde lue-

go la sola concepción de este capítulo, revela una mentalidad superior; y el desarrollo de las ideas, como la ilustración y la lógica de los argumentos, presentan algo elevado y hermoso.

Habría sido oportuno citar en ese capítulo, la poesía *Trémolo,* de Almafuerte, donde derriba todas las teologías, con aquellas interrogaciones formidables a todos los cultos, poniendo al desnudo sus absurdos, mentiras y desatinos, para concluir con más bríos que Lutero al desafiar el tráfico pontifical de las indulgencias, con su tremendo *ultimátum* a la Divinidad: *"¡Págame mi dolor!". "¡No doy un paso más!".*



Consagra dos capítulos el señor Herrero, al estudio de *Almafuerte como artista,* y su estudio resulta magistral, como crítica de la escuela decadente, del arte por el arte, de la rima, de la gimnasia verbal y del sonido, sin moral ni pensamiento, en busca del placer, de la adulación interesada para pasar buena vida, agrediendo con iras de mastines a los poetas de la virtud y de la civilización. En el primer capítulo, después de hacer constar el menosprecio que profesan a Almafuerte los literatoides de la charla, con sus "cocinitas literarias" y su escuela sensual y formulista, — derriba del trono de vanidades al Pontífice Oscar Wilde, colocando en su tumba una lápida

magnífica esculpida por Víctor Hugo. Los decadentes, que excluyen la moral y las ideas superiores, que solo juzgan la producción literaria como estetas y vividores, declaran que Almafuerte es un poeta mediocre, un bárbaro del arte, que en manos de esa escuela de sofistas y de cortesanos, produce vistosas flores sin olor, disciplinadas y extravagantes, como las parasitarias adheridas a las rocas o las que nacen en terrenos fangosos. Esos estetas no comprenden, ni siquiera estiman o respetan al hosco moralista, que de un zarpazo les arruina su jardín y su hartazgo de sensualidades, y le profesan instintivo desdén y odio implacable.

Herrero sintetiza muy bien la oposición de la poesía de Almafuerte con el decadentismo en auge: "Son enemigos de ella, dice, todos los estetas, todos los decadentes, los juglares, los bufones de todos los tiranos, los lacayos espirituales, los combinadores de "cocinitas literarias", los pedantes pontificadores, los amoralistas, los inútiles para el progreso, los partidarios del placer a toda costa, "los canflinfleros del dolor eterno"; y son admiradores de su obra, todas las almas sinceras y apasionadas, los amantes del bien y del progreso, los rebeldes conscientes y los libres, los peregrinos de rutas ideales, los hijos de la lucha y del dolor, los forjadores intrépidos de una nueva humanidad".

Cierro este punto con un párrafo magistral de Víctor Hugo, sobre Juvenal: "Los grandes aborrecedores del mal (Almafuerte) son aborrecidos por to-

dos los aduladores de la fuerza y del éxito. ¿Queréis saber quiénes son los que tratan de obscurecer la gloria de los grandes seres que toman a su cargo el castigo y la venganza? Pues son la turba de serviles sofistas, los escritores que se arrancan la piel con la rozadura de los collares, los historiógrafos matones, los escoliastas bien retribuídos, los cortesanos y los sectarios. Gruñen alrededor de las águilas. No hacen con gusto justicia a los justicieros y consiguen irritar a los señores e indignar a los lacayos. La indignación de la bajeza existe".

Herrero termina que la ira vengadora y justiciera de Juvenal, "fué superada por Almafuerte, que no era como aquel un ironista, sino un apostrofador jupiterino".

*
* *

De las generalidades sobre crítica literaria, el autor llega a su maestro amado, casi digo, a su ídolo: "Almafuerte, dice, ha sido un poeta de la índole de Homero y de Juvenal, pero de más elevados ideales. Homero fué el cantor de la epopeya griega, y Almafuerte ha cantado la epopeya interior del hombre actual. Juvenal fustigaba los vicios exteriores de su patria, y Almafuerte azota la maldad y la estolidez internas de todos los humanos. Pero además anuncia y practica una moral más alta y un ideal de ascensión y de perfeccionamiento. A quien se asemeja

más su índole, es al gigantesco Esquilo, en la creación de su Prometeo. Por eso no es él artista ni poeta en el concepto inferior y usual de la palabra. Encarna en grado máximo el poeta ideal, tal como Víctor Hugo lo imagina y define en su obra sobre William Shakespeare, cuya lectura recomendamos a todos los detractores de Almafuerte, sobre todo si lo son sinceramente por no haber comprendido la magnitud de su obra".

Con suma elegancia agrega: "Para Almafuerte es el arte sólo un vehículo; es el arco con que arroja la flecha envenenada de sus apóstrofes o la envoltura sutil y vaporosa que engalana y embellece su gran pureza moral en el *Cantar de cantares,* o el bronce en que vacía y moldea su espíritu en *El Misionero* y en *La canción de un hombre.* Pero siempre su arte es adecuado al pensamiento que expresa. Hay una fusión perfecta en sus poesías entre la forma y el fondo. Una y otro están fundidos en unidad ideal. No hay una sola palabra que resulte forzada, ni verso ni ritmo alguno disonantes. Tiene esa rotundidez articulada y vibrante, que es la característica del genio. Parece que sus versos estuvieran esculpidos y grabados: "en duras piedras y solemnes bronces".

"El ritmo de su poesía, agrega, es siempre rotundo y resonante como un batir de yunques, como un martilleo de forja, como un redoble marcial".

¡EL APOSTROFE!

Luego Herrero pasa revista a las grandes creaciones poéticas de Almafuerte, con dianas triunfales, buen gusto y fidelidad crítica. Sólo deseo destacar su juicio sobre la última producción estupenda contra el kaiser alemán, aclamada aquí, en las trincheras de Francia y en los países de la alianza; y odiada por germanos y germanófilos vergonzantes, de aquí y del exterior. En medio de esta tragedia mundial, Almafuerte, que ya había producido su altanera beligerancia contra el nuevo Atila en trozos elocuentes, — tuvo la gallarda espontaneidad de "alumbrar" ese formidable cañón 42 de la literatura (según frase de Castellanos), que llamó *"Apóstrofe"*, y cuyas andanadas poderosas derribaron moralmente al cesarismo teutón. Hice algunas armas en su defensa, y me place sobre manera, hallar en el libro de Herrero, tan autorizada coincidencia. Oigámosle al respecto: "Esta última poesía, sobre todo, que ha despertado la ira y la indignación de los mediocres, por las palabras violentas y apasionadas que contiene y la forma original en que está escrita, es la más grande y más bella que como forma poética y contenido ideológico y moral existe en la literatura castellana (lo dice un español, "A pesar de que el señor Rafael Alberto Arrieta la considera tan defectuosa, y el señor Alberto Mendioroz juzgue que ni merece el nombre de poesía"). Libre

de toda rima y de métrica uniformidad, sin más elemento poético que el ritmo, la acentuación trisilábica sobre la cual está compuesta, y que le da un vigor y agilidad marcial, una solemnidad imprecatoria y un ímpetu iracundo, que tal vez no podría alcanzarse en ningún otro idioma, y que con seguridad no podría haber expresado ningún otro poeta, — constituye el ejemplo más típico y más alto de poesía libre; y conserva a la vez los caracteres esenciales del verso, tanto o más que la poesía más armoniosa.

"Recorre allí el poeta todas las formas y matices del sentimiento: ora impreca indignado, apostrofa, maldice y fulmina; ora se apiada y conmueve y gime enternecido; ora canta melodioso como un arpa y se lamenta nostálgico ante la horrenda desolación, o hace estallar su desprecio formidable sobre este mundo efímero; y termina sepultando en los infiernos para eternamente y en la cola compañía de Satán, al autor del espantable, universal fratricidio.

"Ningún otro poeta que Almafuerte ha podido escribir una poesía, que por su arte y su sentimiento y su violencia intensísima, haya estado a la altura de la infernal tragedia presente, abarcando y superando, por sublimidad moral, el espectáculo horrendo, apocalíptico y repugnante del salvajismo desenfrenado y triunfador. Pero ese ímpetu, esa furia, la energía colosal que representa, y que late y refulge de igual modo en todas las poesías funda-

mentales de Almafuerte, — en el magnífico *"Dios te salve"*, en la vasta *"Inmortal"*, en el gigantesco *"Misionero"*, en *"La sombra de la Patria"*, — es algo que ofende profundamente a los pobres literatos academicistas, eunucos del sentimiento, a las insignes y oscuras medianías, que ofician de Pontífices sacramentales y que, según es fama, han llegado en su ridículo heroísmo de analfabetos espirituales, en calidad de catedráticos, a *"suspender"* a sus alumnos por citar a Almafuerte en los exámenes, o por considerarle un gran poeta".

Corona su admirable estudio Herrero, transcribiendo una página brillante de Víctor Hugo, que conviene recordarla, ya que tenemos la gloria de po seer un Almafuerte, y la vergüenza de no haberle comprendido:

"Los genios, los espíritus como Esquilo, como Isaías, como Juvenal, como el Dante y como Shakespeare, son seres imperativos, tumultuosos, violentos, furiosos, extremados, jinetes en caballos alados, seres *"exagerados"*, que *"pasan de raya"*, proponiéndose un fin propio, que *"exceden los límites"*, caminando a pasos que, por lo grandes, son escandalosos, saltando bruscamente de una idea a otra, y del polo Norte al polo Sur, recorriendo el cielo en un momento, poco clementes con los que tienen cortos alientos, agitados por los vientos del espacio, y al mismo tiempo seguros en los saltos que dan sobre el abismo, indóciles con los Aristarcos, refractarios a la retórica oficial, ásperos con los lite-

ratos asmáticos, rebeldes a la higiene académica, y seres, en suma, que prefieren la espuma del Pegaso a la leche de burra. Los bravos pedantes son tan bondadosos, que les tienen lástima. La ascención provoca la idea de caída. Los paralíticos piadosos tienen compasión de Shakespeare. ¡Está loco! ¡Sube demasiado alto! La muchedumbre de pedantes se atonta y se incomoda; Esquilo y el Dante obligan a cerrar los ojos a estos críticos. ¡Esquilo está perdido! ¡El Dante va a caer! Remóntase un Dios y estas gentes exclaman: ¡Que te rompes la crisma!"

ALMAFUERTE EN NUESTRA HISTORIA

Por fin, Herrero desea ubicar al gran poeta del "Misionero" en la escala de la evolución argentina, expresando los más renombrados antecesores de su vasto programa ideal y de renovación moral del hombre.

En su opinión, "el genio más cercano, más análogo, al espíritu prócer de Almafuerte, en el pasado argentino, es el borrascoso y férvido Sarmiento: su violencia, su entusiasmo combativo, su fe en el porvenir y su iracundo amor al progreso, culminaron más tarde en Almafuerte, quien poseía, además, el genio metafísico, la inspiración poética y un amor desesperado hacia los siervos y los tristes. El Emperador indiscutible del pensamiento argentino, como le llamó Almafuerte, no renovó ni acreció

fundamentalmente el pensamiento humano, pero fué ejemplo magnífico y fecundo del hombre de pensamiento y de acción renovadora, y en el sentido espiritual el digno precursor del poeta profético que había de abrir nuevos rumbos a la orientación moral e ideológica del hombre. Pero en sentido integral, Almafuerte no ha tenido antecesor. Su espíritu esencialmente metafísico y abstracto, no tiene precedente en toda la literatura castellana".

"Hasta el momento en que un pueblo no ha producido un genio universal, no puede figurar en el concierto del mundo superior de la cultura. En ese mundo imperecedero, que constituye el tesoro permanente de la especie humana, Grecia está representada por una pléyade entre la cual destacan Esquilo, Sócrates, Platón y Homero; Inglaterra por Shakespeare; Italia por Dante; Francia por Víctor Hugo; Alemania por Nietzsche, Kant y Goethe; España por Cervantes; Norte América por Poe y Emerson, y la Argentina, por Almafuerte.

"Desde luego que tal afirmación será tachada de absurda y excesiva por los detractores del poeta, y de aventurada y prematura por los que no tienen fe en su propio juicio y esperan a conocer la sanción universal antes de consagrar con su admiración a un genio contemporáneo; y más aún, si es connacional; pero los hechos se encargarán de justificar sobradamente el concepto expresado. En el porvenir moral e ideológico de la Argentina, ejer-

cerá la obra de Almafuerte una profunda influencia".

Concluye Herrero su gran libro con estos párrafos de intensa significación para nuestra nacionalidad:

"En un pueblo en formación, destinado a engendrar una nueva raza forjada en el crisol de las anteriores, y por lo mismo predestinada a producir un tipo más alto de humanidad, pues según Galton, el cruce de las razas es favorable a la aparición del genio y de tipos humanos superiores, — Almafuerte ha concebido y ha fundado una moral más perfecta y un arquetipo del hombre, que será el eje de un nuevo orden moral y el faro de una ascensión ilimitada hacia las cumbres; la base de una más justa, más humana, más integral civilización.

"Almafuerte sintetiza todo lo que hay de grande, idealista y noble en el alma argentina, y reune en sí a la vez, como en un foco, las aspiraciones y tendencias más puras y elevadas del espíritu humano en un ideal altísimo, que podría calificarse de divinización del hombre, o forjación del hombre integral. Este poeta servirá al pueblo argentino de firmísimo cimiento para su ascensión renovadora, y llegará a convertirse en lo futuro, en el símbolo más alto de la nacionalidad ideal".

SINTESIS

Ahí termina el libro profundo y brillante de don Antonio Herrero sobre la personalidad del poeta argentino, elevándolo a un Olimpo envidiable. Y eso que no ha compulsado o exhibido la prosa del publicista, entre la cual sobresale como el *"Apóstrofe"*, el proceso implacable a las universidades de Alemania contenido en la carta al doctor C. Madariaga sobre *"neutralidad"*; ni la evangélica a Miss Cavell; ni su labor periodística enorme; ni multitud de otras producciones llenas de mérito; ni su apostolado de maestro de 30 años; ni sus magistrales discursos y conferencias, etc. Así y todo, el libro de Herrero es de oro y plata labrada, que, a la vez, consagra dos grandezas, la del poeta y moralista estupendos, y la del noble crítico, que exhibe en esos admirables capítulos, su talento de escritor y la generosidad de su propósito, entre envidias, rencores y pequeñeces de los literatos argentinos, mudos y ciegos; entre el estruendo y los resplandores de la culminación de Almafuerte. ¡Era necesario que un joven publicista europeo, nos descubriera su grandeza! ¡Pero ahí queda, magnífica, desafiando la dentellada de ofidios y de lebreles, y la carcoma del silencio y de la soledad!

Hay que apreciar las dificultades con que habrá tropezado Herrero para conocer la mejor producción literaria de Palacios, dispersa y rarísima, cuan-

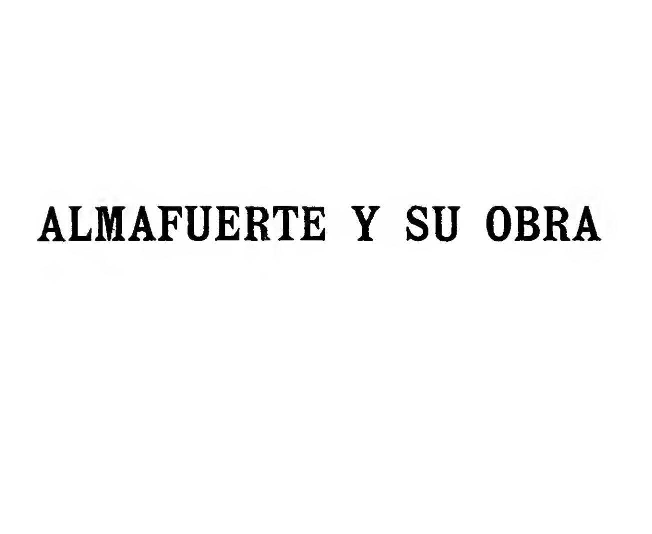
do no deformada por los piratas clandestinos de imprenta. Espero que pronto, el comité encargado de editar las obras de Almafuerte y de levantar un monumento a su memoria, sacuda la indiferencia y el olvido, arreglada la testamentaría del vate y acumulando recursos, desde la escuela más lejana, hasta el tesoro de la Nación y de los ricos generosos. Entonces se podrá apreciar la obra inmensa del moralista, y propagar su vastísima enseñanza y producciones selectas.

Mientras tanto, este libro de Herrero es un tesoro de mentalidad y de glorificación de Almafuerte, que en Francia le habría valido las palmas académicas y una renta perpetua.

¿Costeará entre nosotros los gastos de impresión?...

F. A. Barroetaveña.

Buenos Aires, 7 de Abril de 1918.



ALMAFUERTE Y SU OBRA

PORTICO

Quien, humilde y austero, de un noble genio explora
Las místicas tinieblas ayuda al Porvenir
Y de lauro eviterno de lumbre se decora,
Pues ve de una gran alma la corriente fluir,

Bajo los puros astros de Dios, bajo la aurora
Del vivir, bajo el frío véspero del morir,
Y, al transformar en ciencia su visión incorpora
A los hechos terrenos un sublime sentir.

Ubérrima y fecunda la mente que analiza,
Si no siente, es cual ojo de fúnebre ceniza.
Amigo, tú posees fuerza, razón, pasión.

Del poeta que hoy lloran la patria y los humanos
En urna de oros trémulos el rojo vino danos,
El vino cuyas viñas fuera su corazón.

Arturo Vázquez Cey.

DATOS BIOGRAFICOS

Pedro Bonifacio Palacios nació el 13 de mayo de 1854 en el partido de Matanza, provincia de Buenòr Aires; murió el 28 de febrero de 1917 en su casita de La Plata, sita en la calle 66, número 530. Era el quinto hijo de una familia compuesta de siete hermanos, de los cuales sobreviven dos.

Su madre, doña Jacinta Rodríguez, murió, todavía muy joven, en 1859. Su padre, D. Vicente Palacios, falleció en 1876 a los 56 años de edad. La infancia del poeta transcurrió en casa de sus abuelos, donde fué educado por una tía suya soltera, Carolina Palacios, a quien él nombraba madre y como a tal quería.

En su artículo "La hora trágica" refiere Almafuerte las impresiones de su infancia y su primera educación, formada por lecturas de la Biblia y biografías de los próceres argentinos.

Conforme afirma Emerson, los grandes genios tienen las más cortas biografías. Así la de Almafuerte es toda interior. Su vida estuvo siempre consagrada a la enseñanza y al periodismo.

Educóse en la escuela del Pilar, sita en la calle Santa Fe, entre Montevideo y Paraná, en Buenos Aires; y allí mismo empezó su oficio de maestro, que ejerció en aquella escuela durante cinco años, hasta 1875.

En las escuelas de Balvanera fué profesor de dibujo y declamación durante cuatro años.

Aficionado al dibujo, en el que descolló, hizo una solicitud en demanda de pensión para estudiar pintura en Europa y le fué denegada.

Desde 1881 a 1887 ejerció el profesorado en Mercedes y Chacabuco.

Desde 1887 a 1894, en que fué nombrado maestro de una escuela de Trenque - Lauquen, fué redactor del "Buenos Aires" de La Plata, de "El Oeste" de Mercedes; fundó "El Progreso" en Chacabuco y redactó "El Pueblo" de La Plata.

También fué durante dicha época maestro de escuela en El Salto, donde escribió su primera poesía "Interrogante" que empezó a hacer famoso su pseudónimo de Almafuerte.

Hasta 1896, en que fué declarado cesante—¡por carecer de título, él que podía dar lecciones a todos los titulados! — ejerció de maestro en Trenque-Lauquen.

En agosto de 1896 se le nombró pro - secretario de la Cámara de Diputados de la Provincia, cargo del cual se le despojó a los dos años, quedando el poeta entonces en la miseria, sin más recursos que una jubilación de 45 pesos. Para poder vivir con

tan exigua suma, alquiló por 5 pesos un rancho de madera en las afueras de La Plata, acto heroico que le mereció el calificativo de loco.

Entonces atravesó la época más amarga de su existencia. El, que necesitaba por imperioso impulso moral, socorrer toda miseria que a su puerta llamase, encontrábase privado hasta de lo más indispensable para su propia subsistencia. Abandonáronle sus antiguos admiradores y quedó convertido para las gentes en una especie de ogro maldiciente y misántropo, cuyas palabras eran como dardos penetrantes contra la vileza humana. En tal estado afligente y desolado, víctima de todos y de todo, transcurrió para el poeta una época amarguísima en la que apuró todo el escarnio y toda la barbarie de la injusticia y la estolidez de los humanos. Al fin lograron unos amigos suyos que el gobierno de la Provincia le concediera una suma por concepto de jubilación con cuyo importe compraron para él la casa que habitaba, que gravó luego con hipoteca para servir a un mal amigo, que lo clavó.

En septiembre de 1913 dió sus lecturas en el *Odeón,* que si no tuvieron, ni remotamente, el éxito merecido, diéronle cierta aureola de triunfo algo tardío.

Después de estas lecturas dió algunas conferencias en distintos puntos del interior de la República en las cuales fué aclamado con fervoroso entusiasmo, mejorando muy poco, sin embargo, su precaria situación.

Y en esa tarea incesante de enseñar y predicar, joven aún y viril, en la plenitud de su intelecto, sorprendióle la muerte, sin que todavía se hubiese decidido a publicar sus obras, a pesar de tener ese propósito desde hacía largo tiempo, y haberle ya hecho ofertas en tal sentido algunos editores.

Para aliviar su pobreza, poco antes de morir, acordóle el Congreso una pensión de ¡200 pesos! mensuales, previo un discurso apologético de Oyhanarte y otro del doctor Joaquín V. González, sancionándose por unanimidad en las dos Cámaras del parlamento la glorificación del poeta; primer caso en la Argentina.

I

IDEALISMO DEL POETA

Y os daré corazón nuevo y pondré espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y daros he corazón de carne.

EZEQUIEL. — *Cap. XXXVI. v. 26.*

Que las aguas relumbran como un espejo,
que los cielos sonríen y se coloran...
¡todos esos primores yo los motejo
desde la cueva misma de los que lloran!

ALMAFUERTE. — *Confiteor Deo.*

La obra entera de Almafuerte constituye un universo, un nuevo universo humano, superior al antiguo y más perfecto, aunque moralmente de origen antiquísimo. Hay en este universo un mundo social donde el hombre se revuelve y lucha, se somete y se humilla o se rebela y asciende, mostrando los resortes íntimos de su alma. Hay también un infierno pavoroso en que traman y meditan sus diabólicos, pérfidos planes, "los satanes, los malditos,

los que nacen tenebrosos, los que son y serán larva, los que nunca, nunca en seco... se podrán regenerar", y cuyo príncipe es el nefando, el "feliz Luzbel hediondo". Y encima de este infierno siniestro y fragoroso, como un cielo seráfico de paz, pero henchido de amor y de dolor, resplandece inmaculado y fulgurante el paraíso de los puros, donde moran los heroicos, los perfectos, los locos de ideal, los sicarios del Bien,

Espíritus soberbios de modestia,
gemas incorruptibles de diamante;

los que son nebulosas de amor mismo, gotas puras del Bien absoluto y también vasos infames del Dolor.

Entre el paraíso y el infierno existe el purgatorio, donde trabajan y luchan, agitándose furiosamente como titanes encadenados, con rugidos de fieras enjauladas, los millones de siervos que transforman la tierra, que alimentan la vida, que repujan el globo, cual si fuese una joya; la dolorosa "chusma sagrada", la informe recua humana prometeica, la innúmera caterva delirante,

que por lo mismo que delira es bestia.

Al margen del purgatorio, fuera de la evolución universal, progresiva y ascendente; sumido en sombra y en sopor eternos, como imagen de lo yerto y de lo estéril, se halla el limbo, donde yacen y sue-

ñan como espectros, los nulos y los idiotas, cuyas palabras cayeron

a la nada sin nada de la Nada;

los cobardes cuya espalda no puede soportar "ni dos haces de trigo"; los inofensivos y correctos "que aguardan en silencio la implantación de cualquier reforma, para presentarse, después, con el plato en la mano para recibir su parte de pitanza, los canflinfleros del dolor eterno".

Misionero y redentor, legislador y profeta de este universo, es el propio Almafuerte, quien después de absolver en su conciencia a todos, pues

el más vil... es un alma destinada
como el propio Jesús a su calvario,

emprende la redención de los caídos para lo cual no predica el bien, sino que lo practica él mismo iracundamente, repartiendo su pan a los hambrientos y cediendo su lecho a los míseros; implorando piedad y misericordia en favor de los débiles, para lo cual se puso "a los pies de tales reyes que no podrían ser ni sus lacayos"; azotando con su látigo el rostro de los grandes y las espaldas de los siervos para empujarles al más allá; flotando, como un andrajo, en la cruz de los abyectos.

En este universo estallan también las tempestades y florecen risueñas primaveras, brillan como relámpagos las maldiciones y restallan y braman los

apóstrofes; sonríen los ideales, cual arcángeles, y brilla por encima, como un cielo, suprema y divina aurora de bondad.

Tal universo es análogo al de la vida real, pero infinitamente superior; en el universo humano reina la diosa Naturaleza; rige Karma, el dios impío de la causa y del efecto. En el de Almafuerte, en cambio, preside toda la vida un ideal de bondad y de ascensión; hay una ley moral inexorable que obliga a elevarse al hombre, que empuja a la ciega Chusma hacia las áureas cumbres de la luz; que señala como cima y como meta el celeste reinado interior, la aparición del hombre moral, la forja atormentada y prometeica de

> la sublime segunda naturaleza.

Pero a pesar de ser verdadero este universo moral,

> de la línea del Hecho va tan distante
> como la más lejana de las estrellas.

Y así ha pasado a millones de kilómetros por encima de las testas de los hombres actuales, sin que éstos hayan, siquiera, sospechado la grandiosidad ideal que atesoraba.

La chusma, sin embargo, se ha retorcido de dolor e indignación, flagelada por los latigazos del Profeta; los satanes iracundos, le han inyectado el veneno de sus lenguas ofidias; los que rigen "cual resaca" los destinos de la chusma le han cubierto

con sus babas ponzoñosas y le han crucificado y afrentado en la infamante cruz de la Calumnia. Pero él ha seguido enhiesto, inexorable, hasta el último minuto, predicando su evangelio, azotando a los malvados, escupiendo su desprecio y su furioso anatema sobre las testas malditas de los Príncipes del Mal.

Tal ha sido el milagro que realizó Almafuerte. Sobre una tierra fecunda y promisora en cuyas cumbres morales ha florecido el más alto idealismo, pero que vióse al fin invadida por la codicia universal; en el desolante y árido desierto de la civilización presente, hecha de odios y de lucha, de avaricia y de concupiscencia, él por la sola virtud de su alma ubérrima, ha creado un mundo perfecto, regido férreamente por el Bien y el Amor, y cuyo centro y eje es la ley moral.

En este magno universo de Almafuerte no impera el sensualismo, no triunfa la mentira, no halla acogida el odio, ni predomina orgulloso y entronizado el mal; ni prospera la insaciable y vil codicia, como sucede en el mundo de los hombres.

Pero él no ha elaborado una utopía, no ha imaginado un mundo, fantástico, rosado e irreal, como suelen hacer los idealistas; ha forjado y amasado con sus propias entrañas una vida más alta y un hombre más perfecto; ha descendido a los antros más sombríos de la civilización actual y se ha elevado a las cumbres del espíritu humano; y ha dictado su pragmática del bien con la soberbia de un

César, el renunciamiento estoico de un cenobita y la fiebre de amor de un Francisco de Asís.

Se ha elevado por encima de la Naturaleza, ha domado y subyugado los sentidos; ha borrado con su genio la realidad exterior y ha implantado el reinado del ideal, la dictadura suprema de la "Suma Voluntad de lo Perfecto".

II

ALMAFUERTE, O EL GENIO

> Un monólogo en el cual habla toda una nación, o una raza, o habla una voz de la naturaleza, he aquí el genio.
> —El genio es aquel grado supremo de la síntesis, donde el pensamiento, originalmente y en una relación lejana, descubre la Verdad.
>
> G. BOVIO. — *El Genio.*

Almafuerte ha sido una de las más completas, de las más integrales y perfectas encarnaciones del genio que hasta el presente hayan existido.

El mismo nos ha dado en su poesía "En el abismo" o "La canción de un hombre", al describir su propio espíritu, la más alta definición moral del genio.

También está descripto magistralmente en su evangélica titulada "Para los que no nacimos genios".

Es el genio una potencia formidable que concentra y enfoca en su conciencia todas las fuerzas cósmicas, que posee una potestad enorme de crea-

ción; que transforma, descubre y realiza por sí solo más que toda una raza, más que siglos enteros de labor paciente, más que el esfuerzo continuo de toda la humanidad.

La civilización entera es la obra exclusiva de los genios; ellos trazaron como arquitectos lo que los hombres, después, realizaron torpemente como inexpertos albañiles.

Y es que el hombre vulgar — que en mayor o menor grado lo somos todos los hombres fuera de los genios, — es un esclavo abyecto de la rutina y de la sensualidad; ama sólo el placer de sus sentidos y se aferra al pasado ciegamente. El genio es, por el contrario, una violenta fuerza moral, una imperiosa voluntad ascendente, una potencia ideológica disparada hacia el futuro.

Existe en la masa humana tal inercia, tan terrible fuerza de gravitación hacia el pasado, que si los genios desaparecieran, y con ellos sus obras, es de temer que el hombre emprendiera el camino de la regresión y volviese a andar de nuevo en cuatro patas.

Porque el genio, es como un cóndor, que sólo habita las cumbres, que otea desde las cimas los vastos horizontes, que señala a los hombres las rutas ideales y hostiga a la recua inerte para que salga del pantano y ascienda a las alturas.

Es el genio una síntesis; en él se encuentran y funden cual los colores del iris en el rayo de sol, los instintos más contradictorios y los más locos an-

helos; y Almafuerte es una síntesis de síntesis, es una acumulación de humanidades; en él se reconcentran y depuran los productos de todas las civilizaciones con un ansia formidable de superación.

Y el genio de Almafuerte es de la más pura casta, de la aristocracia más excelsa; es un genio del Bien y de la Moral; fué aún más esencialmente moralista que Buhda y que Jesús, quienes, sobre todo, eran dos grandes iniciados en la ciencia de la evolución y la ascensión espiritual, dos aristócratas interiores, uno de la inteligencia y el otro del espíritu. Almafuerte ha sido un moralista puro. Ha puesto a la moral por encima de Dios y del destino, por encima de los orbes y de la Fatalidad. Ha hecho de la moral un cetro humano y la exclusiva potencia divinizadora. Ha hecho también, de ella, un yugo y una cruz para los malvados y los déspotas.

Mas la moral de Almafuerte no es la moral histórica, ni convencional; no es la moral del pasado, no es la moral del rebaño ni la del individualista; es una pura esencia de moral ascendente en que se funden los más supremos intereses del hombre con los de la humanidad.

Almafuerte no abdicó jamás, no aceptó ni sancionó ningún error; no transigió, como Jesús, con la vieja ley mosáica, con el bárbaro código judío. No transigió siquiera con el propio Jesús, de quien afirma:

Cuando el Hijo de Dios, el inefable,
perdonó desde el Gólgota al perverso...
¡puso sobre la faz del Universo
la más horrible injuria imaginable!

El perdón es la mácula de cieno
puesta sobre la clámide de un nombre...
¡Porque tengo amarguras ya soy hombre;
y porque soy un hombre, ya soy bueno!

El autor de "El Misionero" era una fuerza natural, virginal y expontánea, fatal y fulgurante; era como un meteoro, como un bólido, como un sistema solar; pero era, al mismo tiempo, razón pura, conciencia luminosa, inexorable ley moral que conducía, como la escala de Jacob, desde los más oscuros antros del alma humana hasta el esplendor radiante del hombre-dios.

Y la genialidad, en definitiva, no es más que ley moral; de la obra del genio sólo queda el sentido moral que ha impuesto al mundo; la belleza es transitoria, como la fuerza; no son más que vehículos y envolturas de la ley moral; y cuando no son esto, no son nada.

Es en vano que Oscar Wilde, el genialoide, nos diga que la moral no le interesa; en sus obras, sin embargo, late un soplo ideal de bondad y de justicia, y las más grandes de todas las escritas por él son aquellas en que brilla más profundo el sentido moral: "La balada de la cárcel de Reading" y "De Profundis". No obstante su exquisitez, Verlaine se marchitará, como una flor, por no existir en él más que expresión y forma; y "Las flores del

mal" le sobrevivirán porque aunque los miopes cerebrales no quieran reconocerlo hay en ellas un sano y elevado sentido moralista, un espíritu austero y religioso de individualización y de estoicismo.

La moral y el idealismo de Almafuerte son mucho más reales y vitales que los de los genios anteriores; no es como el Dante estático y ortodoxo, sino dinámico y libérrimo; no es, tampoco, un soñador, como los forjadores de utopías y los predicadores de religiones, desde Jesús y Platón hasta Swedenborg y Antich, que es el más realista de ellos. Con razón se sonreía Emerson de estos olímpicos inmortales que dialogan entre sí a través de los tiempos, en un idioma desconocido para los hombres, cual orates ilustres. Estos genios han imaginado que todos los hombres eran de su pasta. Hablan como si hubiese uniformidad en la evolución humana. Desconocen, por error magnánimo, la tremenda diferencia de evolución que hay de unos hombres a otros. Parece que no se hayan enterado de que ellos se adelantan en millares de años a su propio siglo, de que han nacido póstumos, como dijo Nietzsche, y que todavía el hombre de las cavernas convive y se codea con el superhombre y aun con frecuencia dispone de sus destinos.

Pero Almafuerte no se equivoca: ha bajado a los antros más horrendos de la proterva conciencia humana; él contempla y reconoce las realidades más pavorosas; no cierra los ojos voluntariamente ante el abismo que le separa del inferhombre; pero salva

esta distancia con su trágico amor ilimitado hacia la chusma, a la cual, no obstante, asesta los más duros trallazos de su alma.

El afirma iracunda y bravamente:

Los hijos de la Sombra y el Prostíbulo
Miente la Compasión, no se redimen.

Llama al pueblo a quien adora, y por quien se sacrifica, recua inmensa, chusma ruín, rey enfermo, vil canalla. Y al hablar de la cruz, la muestra como el signo.

que besan y besan *las hordas* que pasan.

En *Apóstrofes* impreca airadamente a toda la humanidad con acentos tan rudos y violentos como no existen en toda la poesía universal, según demuestra la siguiente estrofa con que termina aquella poesía:

Si vacía, si pomposa,
Sí ruin, sí delictuosa,
Sí maligna, sí cobarde,
Sí proterva, sí bestial humanidad
Pon la faz arrebolada
Más abajo de la nada,
Más abajo, todavía,
Pues te voy a maldecir y apostrofar.
Soy tu padre, tu poeta,
Tu maestro, tu profeta,
Tu señor indiscutible,
Tu verdugo sin entrañas y tu juez!
No me asustas: te domino,
Te someto, te fascino
Con la luz esplendorosa,
Con el hierro incandescente de la fe!

Este aspecto realista y viril suyo que espanta y horroriza a los estetas adamados, es una de las más altas cualidades de su genio y lo eleva por encima de los más grandes poetas conocidos.

III

CARACTER DE ALMAFUERTE

Cuando ví a Almafuerte por primera vez tuve una gran sorpresa y me hizo honda impresión. Imaginé hallar un poeta, un literato, y me encontré con un hombre. Era un hombre fuerte y vivo, candoroso y rudo, que daba la impresión de un águila caudal. Casi todos los hombres actuales no son más que las sombras de otro tiempo. Están hechos de retazos de los seres que existieron en las muertas edades. Les ahoga el convencionalismo y sólo brilla en ellos una chispa diminuta envuelta entre cenizas. Pero Almafuerte era un hombre que vivía plenamente su instinto y su razón. En él no existían residuos de las vidas anteriores. Era como un manantial originario de donde brota la fuerza primitiva de la inmortal naturaleza. Pero tampoco hablaba en él la naturaleza, sino el pensamiento humano, el fuego prometeico, la chispa de los dioses. Ardía su corazón como una hoguera. Era su verbo la palabra de Dios que brotaba entre humo y llamas. Vivía en combustión perpetua. Daba impresión de un vol-

cán transformado en corazón o del mar humanizado y consciente de sí mismo.

Era, el poeta, recio y bajo, de apostura altiva; cara redonda y sacerdotal, picada de viruelas; ojillos grises, inquietos y acerados; afilada y aguileña la nariz, a semejanza de la del Dnte; frente redondeada y tez broncínea, que le daba el aspecto de los santos de piedra, curtidos por los soles y los vientos en lo alto de una torre. Hablaba en voz tonante, violentamente y por estallidos. Su pensamiento saltaba sobre montañas. Vibraba su alma siempre a una tensión altísima. Su voz tremaba al hablar y se agitaban sus labios, sus manos y su cuerpo como por una interna trepidación.

Jamás permanecía quieto durante diez segundos. Parecía que rugiesen los leones adentro de su pecho. Para calmar su inquietud fumaba constantemente.

Cuando se sentía alegre y amable prodigábase en bondades y atenciones; entregaba todo entero su corazón señorial, era amable y exquisito con la férvida ternura de una madre.

Cuando estallaba su indignación rugía como una fiera y bramaba como una tempestad; brotaban sus insultos igual que dardos lanzados con violencia huracanada... Pero apenas pasada la tormenta volvía a ser apacible y dulce como un niño. Era un alma desmedida que no cabía entre los hombres. Incapaz de fingir y contenerse, no reconocía otros lí-

mites su formidable impulsividad que los que le señalaba su bondad, más formidable aún.

Estas dos cualidades de su espíritu hicieron un calvario de su vida. Por un lado cosechaba odios y enemistades, especialmente de aquellos cuya vanidad hería cruelmente; y por otro abría su puerta y entregaba su casa y su lecho y su pan a todas las miserias que llamaban a su enorme corazón. Su casa era una agencia de caridad, pero no de caridad oficial y organizada, sino imprevisora e impulsiva.

Yo recuerdo dos momentos que representan bien su carácter. Le había ya visitado varias veces y habíale hablado de Nietzsche, cuyas ideas él detestaba cordialmente; fuí a verle cierto día, hallándose él en cama, algo indispuesto; me recibió afablemente, como siempre; mas no sé qué palabra proferí mientras hablábamos que despertó al punto su cólera; entonces se desató en improperios contra mí; me enrostró mi admiración por Nietzsche, que según él demostraba mi egoismo, y con su tonante voz apocalíptica me acribilló de injurias y denuestos. Yo que le veneraba profundamente, no hice mérito de sus insultos y procuré calmarle con mis excusas. Pasados los momentos de su ira, se trocó por completo su carácter y me pedía avergonzado que olvidara lo ocurrido y perdonase sus violentas expresiones, rogándome que almorzase en su compañía.

Otro día me obsequió con la lectura de su poesía "En el abismo". Fué un espectáculo único que

nunca olvidaré. Estábamos los dos solos y el poeta recitaba cual si se hallase delante de una vasta multitud. Lo gigantesco de las imágenes y lo sublime de las ideas se fundían en unidad perfecta con lo grandioso de la expresión y la intensidad del sentimiento. Yo, sin poder contenerme, también expresaba a gritos mi entusiasmo, sin que él se curara de ello. Parecía transfigurado en un Moisés, legislando desde el Sinaí, circundado de rayos y de truenos. Sus palabras cobraban realidad y volaba el poeta en pleno infinito, desvanecidos los límites del espacio y del tiempo. Yo le seguía arrebatado, en alas de su genio fulgurante.

Quien hubiera presenciado aquella escena, sin participar de la emoción que a los dos nos poseía, nos hubiera imaginado locos.

IV

SU VIDA HEROICA

La lucha es la esencia misma de la existencia. El heroismo es fuerza moral que desborda por encima de la lucha y se sobrepone al riesgo, al dolor y aun a la muerte. En la fase primitiva de los pueblos, la lucha que predomina es la guerrera, la competencia salvaje por el mutuo exterminio. Al avanzar las civilizaciones aparece la lucha civil y el esfuerzo de los hombres por someter la Naturaleza. En la última etapa de la evolución, los hombres, asociados entre sí, lucharán únicamente contra sus propios defectos y contra las fuerzas naturales. Y tal acción requiere, también, el heroismo y aún el más puro heroismo. Este heroismo civil, que no había sido cantado hasta Carlyle, es el que en toda su vida desplegó Almafuerte. Y esa es la más alta clase de heroísmo: porque exige energías mil veces más potentes que el heroísmo guerrero; porque es un heroísmo silencioso, solitario y sin testigos; porque reclama una voluntad indomable y formidable; porque es la lucha de un hombre contra todas las fatalidades conjuradas de la naturaleza y la sociedad;

porque produce la vida mientras el heroísmo guerrero da la muerte. Y en este obscuro heroísmo también se juega la vida; y no tan sólo la vida, sino lo que vale más: la estimación de los demás hombres y aun la sanción o reprobación de la propia conciencia atormentada, corroída de dudas y dolores.

La existencia de Almafuerte fué una continua guerra civil; vivió enseñando y luchando con la fiebre combativa de un conquistador; mas no ya como Sarmiento contra enemigos externos, fáciles de vencer y someter, aun cuando también para ello se requieran titánicas energías, sino contra fuerzas invisibles e implacables: las pasiones inferiores, la ignorancia moral, la maldad, la vileza, la estupidez y el odio.

Y contra tales terribles enemigos nunca poseyó otras armas que su palabra, su pluma, su carácter indomable y su árida pobreza.

El primer irreductible combatiente que necesitó vencer, fué su propia alma cesárea y su corazón leonino. Porque Almafuerte tenía médula napoleónica. Había nacido para dominar, para dirigir las multitudes. Para ser caudillo y guía de los pueblos. Pero tenía alma de niño. Era incapaz de fingir. No sabía ni quería doblegar su regio espíritu. Era un volcán de sinceridad. No podía acallar su genio durante dos minutos. En su fiera alma explosiva no había un átomo siquiera de Tartufo, que es la fuerza indispen-

sable para dominar los pueblos, sobre todo desde las alturas trágicas en que se cernía su inteligencia.

Muchas veces Satanás se presentaría ante él, como ante Jesús en otros tiempos, ofreciéndole la fama y el dominio de las cosas deseables de la tierra. Pero él rechazó siempre la diabólica oferta, que en su espíritu sólo equivalía a los treinta dineros que Judas recibió por vender a su Maestro.

Y así aceptó heroicamente la pobreza y el desprecio, el olvido y la calumnia, para vivir plenamente la totalidad radiante de su sólida razón y su rígida conciencia.

Así conservó el derecho de arrojar sobre los hombres las más trágicas verdades y los más duros apóstrofes; de poner por tendencia y por costumbre su saliva en las montañas. Así pudo conservar hasta el último minuto la pristina, inmaculada, virginidad de su espíritu.

Y no sólo rechazó las glorias mundanales para guardar incontaminada la pureza de su enorme corazón de santo, sino que tampoco se vendió por el precio tentador de los sentidos.

Sócrates, al morir calumniando a la vida, según demuestra la fábula del gallo, era un alma carcomida por un escepticismo sensualista, bajo el cual se escondía, probablemente, su amor inconfesado a los sentidos.

Almafuerte, al contrario, conservaba aún en la hora de su muerte, la fe cándida y potente de los

niños en la vida y en el bien, a pesar de su cósmica experiencia.

Y ello es porque jamás había claudicado ante el dolor ni ante el placer.

Para convencerse de ello, basta leer y meditar su poesía "Vade retro". Decid si existe en la literatura un concepto semejante que no haya sido inspirado por dogma alguno, sino por un sentido estricto de moral.

La vida de Almafuerte está tejida de férvido heroísmo: clamoroso y rugiente, de protesta airada, o ignorado y silencioso, de sacrificio austero; y siempre envuelto en el manto de la más absoluta soledad.

De ello es ejemplo "La sombra de la Patria", su participación en algunas de las revoluciones cívicas del radicalismo, y su defensa de ellas, que refiere él mismo: "Vencida la Revolución del Parque, me puse de parte de ella, no por romanticismo político, sino porque la sentí una fuerza, una aspiración del fondo, una tentativa hacia lo mejor".

Y expone así esta faz de su vida luchadora:

"Vine a La Plata donde dirigí y redacté yo solo, durante cerca de dos años, el diario "El Pueblo", que había fundado D. Roque Caravajal.

"Lo que dije en aquel diario, escrito está en él, y todavía estoy aquí después de quince años, para declararme su autor responsable. Pero sépase que puse en aquella violentísima hoja, como más tarde en "La Provincia", toda la sinceridad y buenas

intenciones de que es capaz mi alma, que le entregué mi reputación y mi cerebro, todos los días y a todas las horas del día; que no saqué de ella provecho pecuniario ni provecho político, sino una enorme cosecha de odios y de envidias; que en sus columnas hice vibrar el civismo de la juventud al diapasón de lo sublime; que nunca jamás aquella página cantó laudatorias serviles a los prohombres y caudillos de mi partido; y que no agredí, ni una sola vez con mi pluma, a ninguno que no estuviese en condiciones de contestarme el mismo día con una onza de plomo en mitad del pecho".

Algunas de las "evangélicas" que publicó Almafuerte en el periódico a que hace referencia, contenían violentísimas injurias y acusaciones tremendas, todas harto fundadas, pero que nadie más que él se atreviera a expresar tan descarnadamente, contra los hombres más poderosos y encumbrados de aquel tiempo, por su funesta y despótica actuación política.

Esa lucha implacable contra toda injusticia y despotismo la sostuvo Almafuerte toda su vida sin apoyarse en pedestal alguno, sin ampararse en ningún partido, pues sólo perteneció al radicalismo en los momentos más graves y adversos para éste. Almafuerte siempre luchó solo. No se afilió a ninguna religión o secta, ni siquiera la fundó.

Pretendí ser el único, el más solo,
El que no se apoyase en vida alguna,
Y estoy como un expósito sin cuna
Bajo la noche frígida del polo.

Y esto no por egoísmo, ni por misantropía o torremarfilismo, sino porque su prédica y su acción se dirigían a toda la humanidad, venían desde una cumbre inexplorada y no podían limitarse en ningún cerco.

El tenía por escenario la tierra entera; su público eran todos los humanos; su época la eternidad, y su doctrina el esfuerzo ascendente del espíritu.

Era un héroe del Bien, un loco del Ideal y un Quijote del Ensueño.

Mas no del vano ensueño del Arte y la Belleza, sino del sacro ideal de la Bondad y el Amor; del que llevó a Cristo a la Cruz y a Francisco de Asís a la Miseria y al Dolor.

Pero estos tenían su dios, que les prometía la recompensa y les alentaba al sacrificio; y Almafuerte, en cambio, luchaba contra ese mismo Dios, arrojándole a la cara, como un dardo, la acusación de crueldad.

Es, pues, este heroísmo el más solitario, el más abnegado y puro, el más santo y generoso, el más altivo y austero.

El señalaba, por tanto, la aparición del superhombre y anunciaba para un próximo futuro la realización de la sagrada, la perfecta superior humanidad.

V

ALMAFUERTE Y LOS POETAS

El poeta es un gonfalonero del ideal. Mantiene viva la llama del ensueño. Inflama y enardece los espíritus en el soplo sagrado de la Quimera. Es un Incitador y un Inquietador. Transforma el mundo visible y substituye la realidad con los sueños de su mente. Un solo poeta máximo basta para dar a un pueblo el don de la inmortalidad; así Homero a la Grecia; Dante a Italia, y a Inglaterra, Shakespeare.

El poeta más completo que ha existido es Goethe; es un hombre integral que abarca los dos polos opuestos de la vida; es armónimo, sereno y fuerte. Pero su espíritu es frío como un témpano, y aun cuando parezca arder a veces, como en Werther, es sólo cerebralmente y por motivos personales. Es un hombre todo inteligencia y sentimiento consciente, mas sin sentido moral. Es un plácido burgués que admira a la aristocracia y adora las jerarquías y distinciones sociales; que juega con el mundo de las ideas y tras de gozar la vida, se entretiene en descifrarla, como a un enimga. Es una abeja grie-

ga que sabe extraer de la vida y del dolor la dulzura y la poesía. Intensifica y eleva el espíritu, pero le aisla y le acorcha en su mundo interior.

Dante, por el contrario, es el poeta del dolor, del amor y la bondad. Con hondo sentido trágico penetra en las entrañas de la existencia y anatematiza el mal y sepulta en el infierno a los malvados. Pero es un poeta teológico, es ideológicamente un lacayo del catolicismo, del cual ni por un instante se emancipa. Y solamente condena la maldad clásica; al juzgar el bien y el mal se atiene a los valores consagrados, a los cánones establecidos. No descubre nuevas zonas de la vida del espíritu, ni señala nuevos rumbos. Y tiene mucho de hiena versificando en las tumbas, según le llamara Nietzsche. Hay en su alma el odio y la pasión implacables de los italianos.

Shakespeare es un demiurgos. Por su linterna mágica pasan agigantados los hombres y los héroes. Nos muestra un mundo más grande y maravilloso que el real, aunque realísimo también, magnificado por el soplo de lo infinito. Pero si bien sobrepasa el mundo externo, no sale jamás de él. Apenas si entrevé el mundo moral, que solamente llega a plantearse en Hamlet como un problema, como pavoroso enigma de la esfinge, la cual devora al héroe.

Homero fué sólo un niño, un niño gigantesco, hechura del alma griega, y al igual de ésta, puro, equilibrado y grandioso; pero jamás sospechó los trágicos dolores de la vida interior, que son el pa-

trimonio de la existencia moderna y que entonces se desconocían; él fué, pues, el poeta de la epopeya exterior.

Modernamente, el alma se ha complicado más, se ha desdoblado e intensificado; ya encarnan ese matiz, prometeico y sufriente, Byron, el epicúreo atormentado, que medita y blasfema en "Manfredo" y "Caín"; Hugo, el profeta lírico de la democracia, fustigador de tiranos, sublime y superficial; Baudelaire, el satánico; Verlaine, el exquisito sensualista; Rollinat desesperado, y Laforgue sutil; y más que todos Poe, el genio del Misterio, de lo Abstracto y de la tortura interna.

Estos poetas encarnan la tensión violenta del espíritu, la exasperación del alma que se agita en la duda y el vacío; pero a excepción de Víctor Hugo, carecen de ideales y de ley moral, no aman el porvenir y desdeñan al hombre; no creen en el progreso ni en la ascensión humana, ignoran el sufrimiento de la masa social y sus ansias de justicia y de liberación.

Víctor Hugo, que al decir de Pío Baroja, constituye la vulgaridad más exquisita, es un genio del lirismo ideológico y sentimental, mas no aporta ninguna nueva idea al espíritu humano, ni encarna ni concibe un ideal definido de superación humana. Es un panideista y un panteista. Carece, mentalmente, de la facultad de síntesis y de selección. No profundiza ni soluciona ningún problema interior.

Como una reacción violenta contra el auto-ensa-

ñamiento interno de los decadentes, aparece en Norte América Walt-Whitman, el homérida de la epopeya individual, que consagra y santifica todos nuestros impulsos y sentimientos, que despierta y fortalece nuestro instinto. Este poeta significa la exaltación del hecho y la glorificación del esfuerzo humano, sea cualquiera el aspecto que presente y el camino que tome. Es una bestia que piensa y canta con cabeza de hombre, sin renegar en ningún instante de sí mismo. Es como Ibsen, un exaltador de la voluntad humana, y como Nietzsche, un apologista del instinto. Pero también, como ellos, y tal vez aún más que ellos, desconoce la moral.

En nuestro mundo hispano-latino aparece últimamente esta evolución interna hacia la poesía subjetiva, rezagada como siempre. El primero de todos fué Darío, el exquisito creador de bellezas interiores, el ruiseñor de la forma, de mentalidad cristiana y de espíritu pagano. Después siguieron otros: Juan R. Jiménez, los Machado, Carrére, Villaespesa, Herrera Reissig, Lugones y, sobre todo, el aristócrata del verbo, el genial Valle Inclán. Pero estos, más que poetas en el alto sentido de esta palabra, son artistas, son juglares; no cantan el dolor universal, sino su propio dolor; padecen un incurable provincianismo. El más noble y elevado de todos estos es el austero Antonio Machado.

En el ambiente moralmente achatado de Hispano-América, Almafuerte ha pasado casi inadvertido para las gentes de letras, quienes, en cambio, rin-

dieron homenaje y erigieron en pontífices a Darío y a Rodó. Ambos eran preciosistas del lenguaje y expresaban las modernas inquietudes como maestros del idioma. Pero ninguno de ellos aportó una nueva idea a la evolución humana; y sin que ello signifique desdén hacia su obra, ni menoscabo de sus talentos, puede afirmarse que al lado de Almafuerte eran dos intelectos de salón.

Recientemente en España entablóse una polémica sobre el respectivo mérito, como poetas, de Darío y Almafuerte, en la que sostuvo Julio Cejador la superioridad de este último sobre Darío. Desde el punto de vista puramente artístico, y considerando el arte, según quiere Oscar Wilde, como absoluto predominio de la forma, Rubén Darío es el maestro insuperable del idioma poético moderno; pero como el arte es transitorio, y lo único imperecedero es el ideal, Almafuerte vivirá a través de los siglos, "proyectando su luz como los astros", mientras Rubén Darío quedará relegado a las antologías, como un hito indicador de la iniciación de una nueva era en la poesía castellana y como el representante de una época de transición en la permanente evolución ascensional del espíritu.

Almafuerte apenas tiene de común con todos los poetas ya citados, más que el haber escrito en verso. Por eso él ni los nombra; sólo una vez menciona al Dante, que es quien más se acerca a él por su misticismo humano. Los poetas, en general, son siervos de la Belleza; ella es su becerro de oro. Son

borrachos del vino de la emoción. Y como sus emociones son ante todo estéticas, ellos son estetas puros. Para ellos la moral carece de sentido, o si acaso, lo tiene secundario; y sólo llegan al bien por el camino del arte.

Almafuerte representa el polo opuesto; a él no le interesan nada el arte y la belleza por sí mismos. Pocos han sido los genios que hayan llegado a esa altura de predominio moral. Tolstoy también profesaba ese principio, pero era por ascetismo religioso. Carlyle, que quizá era el genio más afin al de Almafuerte, expresaba una vez algo semejante, dirigiéndose a Emerson: "El arte es una ilusión... Un día vendrá un arquitecto que consultando tan sólo la hosca necesidad dirá a los hombres: "Voy a construír un ataúd para los muertos seres que sois y los muertos propósitos que albergáis; pero carecerá de todo adorno".

Almafuerte desdeña la belleza y cierra los ojos voluntariamente ante los encantos de la maga naturaleza; no porque sea incapaz de comprenderlos, ni carezca de sensibilidad, sino porque para él tan sólo existe el dolor y la angustia de los hombres, y la moral que es el hilo de oro por el cual ascienden éstos a la cima de su redención, emancipándose de la bestia que hoy les gobierna y esclaviza.

Ningún poeta ha visto jamás tan claro como Almafuerte este problema moral: la necesidad en que se halla el hombre de redimirse de la naturaleza y conquistar su ser moral, forjando, como él dice,

la sublime segunda naturaleza.

Almafuerte, en realidad, es el primer poeta que predica y encarna la doctrina redentora de Jesús. El cristianismo que otros han cantado y han prescripto, era, más que cristianismo, teología; y residía en la cabeza, pero no en el corazón; era dogma en vez de ser espíritu.

El mismo León Tolstoy, más que un cristiano, era una conciencia perturbada que, en su profunda desorientación, asióse al Evangelio como el náufrago a una tabla.

Almafuerte comprendió que las ideas no son las que modifican a los hombres; pues igual que los paganos quemaban a los cristianos primitivos, los cristianos, después, quemaron a los herejes. Lo que únicamente puede modificar y elevar al hombre es el sentimiento hecho conciencia, y esto es lo que él cultiva y educa en toda su obra.

La esencia del cristianismo que Almafuerte poseyó tan hondamente es el espíritu de altruismo, de tolerancia y justicia universal que empieza por aplicarse a los siervos y los tristes, los caídos y los réprobos; y es, sobre todo, el imperio de la vida moral e interior sobre la externa y natural.

Y no sólo Almafuerte fué cristiano, sino que supera el cristianismo. El no se consideraba santo y puro; no hacía de redentor y de pontífice; se humillaba y prosternaba ante los viles y abyectos y se

erguía con altivez ante los grandes. Así lo expresa en "El Misionero":

Yo miré con espanto al miserable,
Con el espanto del Caín primero,
Cual si yo — ¡pobre sombra! — todo entero
Fuese de su miseria responsable.
Yo veneré genial de servilismo
En aquel que por fin cayó del todo
La cruz irredimible de su lodo,
La noche inalumbrable de su abismo.

Almafuerte no fué, como Jesús, un aristócrata. Descendió hasta lo más hondo de la Chusma, cual si él fuese más vil que todos ellos, llevado por su amor trágico; no con el fin de evangelizar, sino de fraternizar. Así lo declaraba al afirmar:

No soy el Cristo Dios que te perdona,
Soy un Cristo mejor; soy el que te ama

Esto demuestra lo vano y limitado del concepto que enunció Alfredo Palacios al definir a Almafuerte como poeta bíblico. Lo era, sí, por su tono apocalíptico; pero su moral contiene tres o cuatro mil años de evolución posterior y superior a la de la Biblia.

Los poetas argentinos han permanecido, como es lógico, agenos a la influencia de Almafuerte. Un genio de tal índole se adelanta en varios siglos a su época. Sus coetáneos apenas se enteran de que existe. Por otra parte, es posible imitar o plagiar al ruiseñor, mas no se imita el rugido de un león ni se plagian los estruendos del volcán.

Así la poesía argentina sigue su evolución, que es la hispano-latina en general. Se imitan y recogen las enseñanzas de Darío y de los franceses decadentes. Son los vates argentinos poetas de intimidad y de dulcedumbre, un poco amanerados y femeninos. Entre los poetas argentinos de la nueva antología destácanse los siguientes: Arrieta, el más correcto y vulgar, el más adaptado al gusto de un vulgo bien educado; Amador, parisino y modernista; Bravo Mario, proletario y sentimental; Carriego, sutil y sugerente; Delheye, el más eufónico y musical, el más fino rimador; De Diego, original; Fernández Moreno, amable; Federico A. Gutiérrez, ironista y rebelde, original y libre; Ghiraldo, el anarquista; Lugones, el más fuerte y personal, renovador e ideólogo, pero algo extravagante y poco moralista: Marasso Roca, armonioso y razonante; Mendióroz, elegante, demasiado elegante, y Ugarte y Rojas, que son muy poco poetas, aunque regulares rimadores.

El poeta más fuerte de esta generación es Arturo Vázquez Cey, a quien por lo mismo se le aisla; espíritu idealista y metafísico que tiene una concepción propia del mundo, es el único, también, que al igual de Almafuerte, aunque en forma distinta, hállase penetrado de un profundo sentido moral.

No hay que decir que Almafuerte no ha sido comprendido por la crítica. No habría él estado tan alto si se hallase al alcance de los críticos. El dictador del cenáculo "Nosotros", señor Roberto F.

Giusti, descalificó al poeta, como es justo. Ya que no puede aspirar a la gloria de Homero, se apropia la de Zoilo. Más y Pí fué quizá el único que si no interpretó al poeta íntegramente, al menos lo admiró cual merecía. José de San Martín le dedicó un estudio en sus "Profetas locos" que tuvo la virtud de indignar al poeta. Escrito en un estilo vargasvilesco y disparatado, no se sabía si en él elogiaba o insultaba al autor de "La inmortal".

Los dos más grandes admiradores, entusiastas, conscientes y sinceros, de la obra del poeta, entre los intelectuales, son el doctor Francisco A. Barroetaveña, presidente de la Comisión de Homenaje Nacional a Almafuerte y autor de varios artículos elevados y fervientes en defensa del mismo, y el doctor Victorio M. Delfino, quien en las diversas conferencias que ha consagrado al estudio y difusión de las altas creaciones de este vate profético, ha hecho plena justicia a su grandeza, con el cariño y el entusiasmo propios de un generoso y elevado espíritu y que tanto repugnan y aun indignan a los seres mediocres, siervos y cortesanos de la pálida Envidia.

Los demás profesionales de la pluma han pensado más o menos como el crítico incipiente, con arrestos de filosofoide, que desde esa tribuna vulgarizante que se llama "El Hogar" injuriaba la memoria del poeta tachándole de inculto por el hecho de no ser pedante como él, y afirmando con descomunal aplomo que no se puede juzgar que Almafuerte haya sido un gran poeta hasta que no lo haya demostrado alguna autoridad académica!!...

VI

EL POETA DE LA CHUSMA Y DEL DOLOR

Podría haber sido Almafuerte un poeta nacional, cantor de glorias, de damas y de próceres, amable y grato a la crasa aristocracia del oro. Entonces se habría visto agasajado, favorito de la prensa y los círculos sociales y glorificado en vida. Pero él no era un amante de la gloriola, de la vida galante ni del lujo. Amaba solamente el bien del hombre y anhelaba el más alto destino de justicia y de grandeza ideal para su patria.

Así, prefirió arrojarse al mar embravecido del dolor y elegir para su musa la Chusma sudorosa y maloliente. Era ése el destino impuesto a su alma formidable. Porque él era un titán entre pigmeos. No podía revolverse en los salones ni doblegar su corazón homérico a cumplidos y mentiras. Estallaba su sinceridad con la violencia del rayo. El sólo podía vivir entre la inocencia y el dolor, entre los miserables y los niños. No le interesaba nada en el universo salvo el sufrimiento humano.

El lo ha dicho genialmente en sus estrofas:

Como las vibraciones de un necio ruido
ni Wagner, ni Rossini me dicen nada,
pero si por acaso gime un gemido...
¡me traspasa las carnes como una espada!

Cargué la Cruz sobre mi espalda recia
Con la fé de un jayán de ardientes nervios
Y aquella Cruz no es carga de soberbios...
¡No es un deporte olímpico de Grecia!

Nadie penetró jamás tan hondamente como el autor de "El Misionero" en el abismo espantoso del dolor. Porque él no era un literato que analiza las almas fríamente como en un laboratorio y descubre y expone sus lacerias. Era un explorador del alma humana que se hundió en la selva virgen del sufrimiento, abrasado por el ansia de aniquilar el mal y de calmar la angustia de sus hermanos o de hurgar en sus llagas para excitar en ellos el deseo de curarlas.

El lo ha dicho también en una de sus conferencias en el Odeón: "dijo que su musa era una musa extraña, poco amada de los poetas modernos; ella era el amor al bien de los hombres, el amor al hombre mismo. Y como el hombre mismo — agregaba — no es otra cosa que un haz vibrante, que un manojo ardiente de dolores, mi musa es la musa del dolor, tiene que ser la musa del dolor".

Esa fué la inagotable fuente de energía en que se inspiró el poeta. En ninguna obra humana, ni siquiera en el impío y anticristiano infierno dantesco que parece todo él una maldición gitana, o venganza calabresa, canta y ruge el dolor universal tan deses-

peradamente como en toda la obra de Almafuerte.

Porque él no pinta un dolor externo ni canta sus dolores personales, aun hablando de sí mismo. Expresa solamente el trágico dolor que es la esencia misma de la existencia. No es como Verhaeren, con quien se le ha comparado, un torturado neurótico que mira la existencia y la describe a través de su alma perturbada de refinado hiperestésico. Almafuerte es un alma equilibrada y pura cuyo magno corazón sufre con el dolor de toda la humanidad. El no siente dolores personales, más que aquellos que brotan del alma universal. Es él mismo el Cristo negro, santo hediondo, Job por dentro, vaso infame del dolor, de su "Dios te salve";

el que aguanta en sus dos lomos
como el peso indeclinable,
como el peso punitorio de cien orbes, de cien siglos,
de cien razas delincuentes.

No existe en toda la literatura una poesía de moral tan alta, y tan profunda psicología, como ésa en que se ha volcado todo el secreto del alma atormentada y formidable de los Redentores y los Cristos.

La gran pasión de Almafuerte, su ídolo más querido, a quien consagró lo más intenso y hondo de sus poesías y también sus más rudos apóstrofes, fué la "Chusma sagrada", en cuya tosca alma enorme, él esculpió la excelsa figura del superhombre futuro, luchando contra Dios que la moldea.

Y esto no lo realizó en la poesía solamente, como

algunos poetas populares que aun cuando cantan al pueblo se alejan de él y hasta lo reniegan, sino con su vida misma, debatiéndose en medio del barro humano, amasando con las manos de su espíritu el alma informe de los miserables para forjar un alma mejor.

Tal obra es superior a la realizada hasta hoy por los poetas, cuya bestia negra fué precisamente el pueblo, porque las finas manos ducales y femeniles de los portaliras no se humillaron jamás a estrechar las manos puercas y callosas de las almas de combate, de los hijos del trabajo y del dolor, ni menos se atrevieron a palpar las fétidas lacerias y la trágica sarna de la Chusma, por miedo de contagiarse.

Ningún poeta pudo hasta hoy decir con Almafuerte:

Como madre sensual dejé mi beso
Sobre cada bubón de los leprosos;
Y aquellos besos... ¡ah! son espantosos,
¡Pudren hasta la médula del hueso!

VII

EL POETA DEL HOMBRE

Pasaron ya los tiempos en que el poeta era sólo un trovador que narraba las grandes hazañas militares y los hechos de los viejos cronicones, un historiador en verso, especie de trompeta de la fama que sólo tenía tres cuerdas en su lira: las de la guerra, el amor y el comentario de las costumbres. El poeta moderno es más complejo, más interior y más amplio. Canta el amor también, pero no el de los sentidos, sino un amor más intenso, más sutil y más amargo. Ha perdido la ufanía ingenua y la simplicidad del clasicismo. Expresa las inquietudes y el dolor del espíritu, la duda corrosiva y la acerba desesperación. Los más representativos son el prometeico Baudelaire, ese cantor rugiente de las más turbadoras letanías de la angustia y el hastío; el fúnebre y macabro Rollinat; Laforgue, el amarguísimo; Verhaeren y Verlaine, hiperestésicos y Corbière el funámbulo; Poe también es un genio atormentado, devorado por la fiebre de la vida y explorador de las sombras. Todos estos poetas han expresado las hondas inquietudes del espíritu mo-

derno. Pero en ellos el hombre se desvanece ante la hoguera de las pasiones que les atormenta, ante el oscuro misterio que les ofusca o el sensualismo exacerbado que domina en sus obras. Walt Whitman ha consagrado en sus poesías al hombre, pero al hombre natural; y más que al hombre al hecho, a la realidad total del universo.

Ningún poeta ni escritor ha dedicado su obra tan absolutamente como Almafuerte, a engrandecer y exaltar al hombre con absoluta exclusión de toda otra realidad. En los unos domina lo abstracto, la metafísica o la teología, y en los otros la Naturaleza, el Sensualismo o el Arte.

Pero en Almafuerte no existía ni la sombra siquiera de todo esto, en cuanto pudiera aminorar o sobreponerse al hombre, que es quien domina en su obra por completo.

El desdeñaba la Naturaleza, despreciaba el Arte, odiaba el sensualismo y reducía las abstracciones a instrumento de ascensión humana y de perfeccionamiento moral del individuo.

El lo ha expresado en una de sus poesías:

Yo miro el Universo pasar delante
Como a pelusa tonta, sin que me asombre:
Soy profeta, soy alma, soy como el Dante...
¡Yo no siento más vida que la del Hombre!

Esta ha sido la gran preocupación, la obsesión exclusiva de toda su existencia. En su acción, en su vida, en sus poesías y evangélicas, Almafuerte

no ha tenido otro propósito ni ideal que redimir y elevar al hombre, señalarle el camino de su ascensión y despertar y afirmar en él rotundamente la personalidad moral.

El no ha sido, como Darío, el poeta de una aristocracia intelectual, ni de una casta social; ha sido el poeta del Hombre. Y como el hombre se halla actualmente, en su mayoría, confundido en la masa, sumergido en la chusma, ha descendido al fondo de ella para volver de allí, vibrante de ira justiciera, con los puños cargados de verdades, que arrojó violentamente al impasible rostro impío de esta humanidad pagana.

Y al exaltar y afirmar al hombre no se ha referido al hombre externo, sino al hombre interior, a la esencia, al espíritu ascendente y perfectible del hombre. Porque éste constituye para él la suprema energía de crecimiento y de elevación moral, el instrumento de Dios, que lleva a Dios en sí mismo; la fuerza directriz del universo y creadora del destino.

Casi todos los poetas que han existido son siervos y adoradores de la Naturaleza a la que toman por arquetipo. Cual los hombres primitivos, son idólatras del sol. Siéntense subyugados por el grandioso espectáculo de la Naturaleza y se prosternan ante ella. Son ingenuos como niños, o serviles y retóricos copistas.

Oscar Wilde al rebelarse contra la Naturaleza

se declaraba esclavo del Arte. Porque él tampoco era un hombre, sino un artista.

Y esta ha sido la más alta grandeza de Almafuerte; que no fué literato, ni artista, ni poeta; ni maestro, ni creyente, ni discípulo de secta alguna.— El ha dicho: "Ser algo es ser esclavo" y declaró que no aceptaba lo definitivo sino como un corral donde se le quería aprisionar y empequeñecer; — él ha sido sencillamente un hombre, un alma violentísima y apasionada de lo mejor, un carácter durísimo como el acero; un espíritu integral, abierto a todas las altas orientaciones humanas, que manejaba su pluma como un cetro moral y ha grabado con ella las tablas de la ley del hombre nuevo.

El ha sido un augur sacerdotal de los gloriosos tiempos futuros, poeta del dolor y del misterio humanos; profeta y legislador que anuncia y que consagra el próximo reinado augusto del Hombre.

Almafuerte, por eso, marca el fin del reinado actual de la Naturaleza, a la cual despreciaba, porque encarna el ciego imperio de la inconsciencia, como afirma en estos versos:

Para mí, la gran Natura,
Por su cielo y por su tierra
Nada dice, nada encierra
Que cautive mi emoción.

Por lo mismo — porque nunca
Ni vacila ni fracasa
Y es eterna y sólo pasa
Por el riel de lo cabal—
No la tengo yo por sabia
Como el sabio que la escruta:

Fuerza misma, fuerza bruta
que no sabe adonde va.
. . . .

Y jamás de los jamases
Me absorvieron las esferas,
Ni el verdor de las praderas,
Ni el desierto, ni la mar,
Ni las aves, ni las flores,
Ni los ríspidos insectos:
Serán bien, serán perfectos,
Mas lo son sin voluntad.

¿Quién dirá que la Gioconda
Modeló sus propios labios
Y esos fríos ojos sabios
Que Leonardo eternizó?...
Así el sol, así los astros
De más fúlgida apariencia:
Luminarias sin conciencia
Que dan luz y dan calor.

Nada saben, nada quieren,
Nada buscan, nada inventan;
Ni reforman, ni violentan
Ningún fin, ninguna ley,
Y a pesar de que circulan
Por el éter tan audaces,
Son idiotas incapaces
De pensar y resolver.

Y opone a esa inconsciencia, en estos otros versos, la luminosa y fecunda conciencia humana:

Pero el Hombre, pero el Genio
Más que un sol en el abismo,
Por sí solo, por sí mismo
Marcha mal o marcha bien;
Tiene rumbos preconceptos,
Con sus planes y su equipo
Y ha forjado el arquetipo
Supra excelso de su ser.

Y persigue aquel modelo
Por más leyes que lo impidan,
Por más fuerzas que coincidan
Y le arrastren hacia atrás:
Presidiario incorregible
Que la ergástula no arredra
Y en el hierro y en la piedra
Va y escribe: ¡libertad!

VIII

FILOSOFIA DE ALMAFUERTE

Su concepto de la Naturaleza y de la Vida

Más que poeta, Almafuerte es un filósofo. Pero no es, sin embargo, un frío razonador que predique una doctrina lógica, pues en tal caso no sería poeta, sino versificador; él es poeta verdadero, porque las ideas que expresa están cristalizadas en sentimientos y son nacidas de la intuición. Pero este sentimiento que en los poetas no es más que emoción externa objetivada, cuya substancia ideológica la forman las ideas y conceptos de su época o de épocas anteriores, en Almafuerte es una emoción absolutamente interna y personal fundada sobre conceptos y principios que se adelantan en siglos a los de su época. La intuición es en él sabiduría, vasta y profunda sabiduría que, como la de Jesús, prescinde de todo dogma y de toda verdad clásica y consagrada, y se convierte en una fuente de pristino y purísimo saber, exclusivo producto del espíritu.

Mas no por eso sus enseñanzas son menos ele-

vadas y profundas. Las más altas tendencias filosóficas del siglo — Nietzsche, Stirner, Emerson, Carlyle, Schopenhaüer, James y hasta el mismo Bergson — hállanse contenidas y superadas en sus versos, no como seca doctrina, sino como intuición consciente, hechas carne y realidad en su propia vida.

Justifica así y confirma la afirmación de Peladán, de que los grandes poetas son los más sabios de los hombres, y aun ellos son los únicos de todas las edades que han penetrado el misterio.

Su obra está más allá de la "Crítica de la razón pura" kantiana. Aunque habla en él la razón, trágicamente, no es un esclavo de la lógica. Ha superado el dominio de la razón. Su espíritu se mueve en el imperio de las realidades trascendentes. Todo en él es subjetivo, pero de una subjetividad tan depurada que a su vez se hace objetiva, pues sus ideas no son personales, ni limitadas, sino humanas y universales.

El tema casi exclusivo de sus poesías es el ideal moral en sus diversos aspectos. Disparado hacia el futuro, colócase en el centro de la evolución humana ascendente; y abarcando el conjunto de todos los ideales y tendencias capaces de elevar al individuo, reforzar su voluntad, fortalecer su carácter y depurar su conciencia, arroja sus enseñanzas como ubérrima semilla sobre el espíritu humano y fustiga la inercia y el rebajamiento de los hombres.

Su concepto filosófico del mundo y de la vida es de una unidad perfecta, dentro de la vastedad de su conjunto que a veces se manifiesta en contradicciones aparentes, pero que confirman la unidad del fondo. El encarna esa cima característica del genio en que como observa Bovio se unifican y confunden en uno solo todos los principios más elevados. Conviene, pues, a su obra, singularmente, la siguiente afirmación de dicho autor:

"La unidad moral del hombre de genio no es más que la prefiguración ideal del hombre venidero en el cual religión, moral y política, no serán términos hipócritamente separados, como hoy, como ayer, como en todo tiempo, en que se ha podido decir que un mismo hecho es inmoral, pero es jurídico, es político y aún religioso! Esta separación que es fondo de toda maldad humana no se encuentra en el hombre de genio, a cuya síntesis no puede escapar la conexidad de los términos éticos, y no se encontrará en la sociedad ideal predeterminada por la evolución, que, bajo el respecto ético es una creciente traducción de la moral en derecho, de la equidad en religión, de la justicia en política. La disidencia entre la intención y el acto no es desdoblamiento psíquico, es una alienación moral, que se encuentra todos los días en el vulgo, pero que es repugnante al genio".

La idealidad de Almafuerte pertenece a la esfera del conocimiento místico. Pero su misticismo

no es teológico ni metafísico, es humano, o más bien suprahumano. Para él la fuente del misterio y la clave del destino residen en el hombre únicamente. El hombre, en su concepto, no es una cosa conocida, ni un hecho terminado, como parece serlo para todos los poetas y aun la mayoría de los filósofos. Es la síntesis de la existencia y se halla sometido férreamente a la ley moral que es la escala por la cual asciende a sus futuros destinos. Es una fuerza preñada de misterio y en marcha hacia el porvenir.

A la Naturaleza, por el contrario, la considera una fuerza ciega, inconsciente y cruel, que crea y destruye al azar, como la fatalidad viviente:

fuerza misma, fuerza bruta
que no sabe a donde va.

Por eso él no canta nunca a la Naturaleza, porque no es un esteta ni un jilguero, ni se postra ante dioses impasibles:

Sólo vibra mi salterio
Pensativas notas graves;
Yo no sé como las aves
"Saludar al padre sol".
Para mí la gran Natura,
Por su cielo y por su tierra
Nada dice, nada encierra
Que cautive mi emoción.
. . . .

Yo la siento un mecanismo
Que no piensa, que no fragua—
Cual su gas, como su agua,
Que proceden porque sí—

Un recurso, un instrumento,
Del propósito divino.
Un vehículo en camino
Con un fin que no es su fin.

Ningún poeta se ha elevado a una concepción tan alta y tan moral de la vida. Quien se acerca más a ella es Oscar Wilde, aunque no en sentido ético, al decir que no es el arte quien imita a la Naturaleza, sino que la Naturaleza imita al Arte.

El concepto que Almafuerte expresa de la Naturaleza ha sido también expuesto por Peladán en "La ciencia del amor", al afirmar: "La diferencia más grande que hay de la naturaleza al hombre es la de que ella no tiene otro ideal que su realidad misma, en tanto que el hombre extiende su pensamiento sin límites: puede elevarse o descender casi hasta el infinito".

Para Almafuerte la vida es una ascensión que eleva las fuerzas naturales y las transforma en fuerza moral. Ella es la que dirige y gobierna el mundo. La perfección del hombre está en someter y dominar a la Naturaleza, en superar el plano de los instintos, viviendo solamente la vida moral, punto de la evolución que raramente se alcanza. Esto es lo que afirma el poeta al decir: "Metiéndose dentro de la naturaleza física, no se hace camino muy largo; apenas, sí, el que media entre la cuna y el sepulcro. Evadiendo la tiranía de los instintos, se traspasa el límite de la bestia, y se

salva la tumba dejando en ella nada más que lo que gravita".

Y en este otro pensamiento hállase contenido sintéticamente su concepto de la evolución y de la vida.

"Cada acción humana tiene una historia interesantísima: es el resultado de una lucha incipiente entre la bestia que quiere ser bestia, porque es bestia y la bestia que no quiere serlo".

En esa lucha moral por desbestializarse, está para Almafuerte el objeto y el fin de la existencia.

Tal concepto sobrepasa el plano espiritual del alma pagana cuya moral era la satisfacción de los sentidos; y que hasta ahora no había sido superado; pues el cristianismo, que es la tentativa más seria en tal sentido, es demasiado teológico, poco consciente de sus fines humanos y harto desviado de ellos, al colocar en el más allá el centro y el objeto de la existencia.

Almafuerte, en cierto modo, es un continuador del platonismo. Niega valor a la experiencia y al testimonio de los sentidos.

> Como chispa fugaz o estrofa trunca
> palpita lo absoluto entre los pechos:
> La verdad miserable de los hechos
> no es la misma verdad ni será nunca.

Su espíritu esencialmente sintético es enemigo del análisis:

El afán del análisis es propio
del imbécil, del pérfido y del niño.

Es, como Platón, sintético, intuitivo, moralista absoluto, creyente en la eternidad de las ideas y del alma; ferviente adorador de la justicia y del bien; desdeñador del arte; da un valor absoluto al pensamiento y al espíritu y sólo el de instrumento al cuerpo y a la materia; y considera la ética como la suprema autoridad que rige al universo. "Todas las cosas existen para el bien y éste es causa y origen de toda belleza". Tal principio que es síntesis y base de la filosofía platónica es también el que anima toda la obra de Almafuerte.

Según Emerson, "Platón es la filosofía y la filosofía es Platón — gloria y vergüenza a la vez de la especie humana, puesto que ni sajones ni romanos han conseguido agregar ninguna idea a sus categorías".

Eucken afirma también, que la filosofía platónica es la cúspide de la obra espiritual de Grecia y una de las más altas concepciones sintéticas de la vida.

Pero Platón es consciente y frío, es inteligencia pura y poco sentimiento; acepta la esclavitud y sacrifica el hombre a la abstracción; es demasiado asiático, poco individualista y algo dogmatizante; cierra los ojos a la realidad, oponiendo a ella sus dogmas; en este último sentido dice Bergson que nacemos platónicos. Almafuerte es más violento, más humano, más individualista y nada

dogmático. Acepta libremente la realidad, de la que extrae sus enseñanzas y no establece más dogma que el imperio absoluto de la ética.

También están contenidas en la obra de Almafuerte las teorías filosóficas más representativas de la antigüedad: la austeridad renunciadora y la heroica altivez del estoicismo, condensadas en el lema: "soporta y abstente", que ostentaba aquella escuela; el precepto nirvánico del budismo de aniquilación de las pasiones para llegar a la divinización del espíritu:

De la más ruin pasión a la más alta
pasan frente de mí sin que yo sepa.
Llegué por fin. Ya estoy sobre la estepa
Donde la sombra de sí mismo falta.

Todas, en fin, las más altas tendencias del espíritu hállanse sintetizadas en la vida y la obra del poeta.

Pero el pensador que tiene más analogías y coincidencias con el idealismo de Almafuerte, es el fundador de la escuela neoplatónica, "el divino Plotino", de quien afirma Eucken que ha ejercido influencia en todas las épocas y que hoy en día no está todavía agotado como pensador original y puede aún inspirar una obra fructífera.

Plotino es el filósofo que más alto ha elevado el concepto del espíritu humano. Dividió la realidad en tres reinos: el de lo subconsciente, lo consciente y lo superconsciente, correspondientes a las tres esferas: de la naturaleza, el alma y el espí-

ritu. Sostenía que hay que liberarse de la sensibilidad, lo que reclama una purificación del sér, una vuelta completa de la voluntad hacia adentro. "No cedamos a las impresiones del medio ambiente y aceptemos indiferentes lo que el destino nos depara; paremos con orgullosa altivez, ante la misma naturaleza y la actitud quejumbrosa de la masa, como hábiles atletas, los golpes del destino. Esta purificación de la materia y de los acontecimientos exteriores es a la vez la entrada en el reino de la libertad. Está en nosotros librarnos de la sensibilidad y encontrar la libertad en el mundo suprasensible".

El grado inferior de la vida íntima es la naturaleza. Libre, por encima de la materia, está la vida del alma para sí; lleva ella misma su fuerza y también su responsabilidad; no está impulsada desde fuera, sino que decide por sí misma.

El conocer es replegarse a su propio ser.

Era contrario a la reflexión, como Almafuerte, a la que oponía el pensamiento creador.

Afirmaba que el pensamiento en su interiorización máxima se convierte en religión y como tal domina toda la vida.

Concebía el mundo como una sucesión de círculos, de jerarquías interiores, a través de las cuales, "las fuerzas ascienden y descienden y se pasan los cubos de oro".

Lo sensible, para él, es despreciable en cualquier forma. Conceptúa que la belleza no puede

estar en la proporción, sino en la victoria de lo superior sobre lo inferior, de la idea sobre la materia, del alma sobre el cuerpo, de la razón y el bien sobre el alma. En consecuencia, el arte no significa para él una imitación de la naturaleza, sino que ésta imita a aquél. El arte debe construir una nueva realidad enfrente del mundo sensible que nos rodea.

Lo bello descansa sobre el bien como el valor por excelencia y no puede separarse de él; la apariencia exterior sólo tiene un carácter secundario; lo bello no nace de la asociación de lo interno con lo externo, sino de lo íntimo y para lo íntimo.

Todas estas ideas que constituyen el fondo de la filosofía de Plotino, han sido llevadas a su máxima realización por Almafuerte — sin haberlo leído, desde luego — y constituyen sólo una parte de su vasta concepción del hombre y de la vida, en la que están sintéticamente comprendidas y superadas las conquistas más fundamentales realizadas hasta hoy por el espíritu humano.

IX

DE LA MUJER Y DEL AMOR

Con motivo de las conferencias que dió Almafuerte en el Odeón se dijo por un crítico que Almafuerte no amaba a la mujer. Semejante afirmación, más aún que disparate, es una calumnia, una de tantas calumnias con las que se fomentaba el odio del vulgo contra el gran poeta. Lo que Almafuerte no amaba, o mejor aún detestaba, es el sensualismo. Su profundo sentido moral, repudiaba ese bajo sensualismo que es el alma de la poesía moderna, que con el nombre de amor, consagra e idealiza los más bajos instintos sexuales. Odiaba esa poesía corruptora que envenena el alma de las jóvenes generaciones rebajando el sér humano al nivel de la bestia, o más abajo aún, por la exacerbación del sensualismo.

El amor, para él, era algo sagrado, supremamente moral, como cumbre y fuente que es de la existencia. Amaba a la mujer más profundamente que ninguno de los literatos actuales. Por eso precisamente no la endiosaba en su aspecto carnal ni la dedicaba vanos galanteos. Pero estaba muy lejos

de profesar el ascetismo insensato y farisáico que predicaba Tolstoy en sus últimos tiempos. Adoraba en la mujer lo que tiene de grande, de sagrado y puro; su instinto maternal, su bondad, su ternura, su idealismo y su belleza moral. Y por eso mismo detestaba en ella la hipertrofia sensualista que hoy la caracteriza, y que sobre todo es obra de los hombres, a cuya imagen y semejanza se moldea moralmente la mujer.

Tenía Almafuerte un concepto del amor mucho más alto y austero que el expresado por Platón en "El Banquete".

Contestando el poeta la falsa imputación que se le hacía de desamor hacia la mujer, dijo así en la tercera de sus lecturas en el "Odeón", expresando bellamente su alto criterio moral respecto de la mujer y el concepto que de ella debe tener el hombre:

"Es ya de pública voz y fama, que el viejo Almafuerte ni amó ni ama a la mujer; pero el viejo Almafuerte carga con esa cruz como con cualquiera otra — él no las elige, — y hace su jornada sin dar a la calumnia otra respuesta que una vida más ponderada, que un alma mejor, dentro de lo posible... ¡y a veces dentro de lo imposible!

"Porque amé y amo a la mujer, en lo sano y en lo limpio, la apostrofé cuando me pareció, cuando a mi amor por la mujer le pareció necesario, indispensable, el apóstrofe; el amor masculino que

no tiene algo de amor paternal, es un afecto incompleto; porque no llena enteramente sus fines.

"Perdonadme aquellos apóstrofes, señoras, si así lo encontráis a bien, si así lo teneis por digno de vuestra alteza, de vuestra magnanimidad; y aquí tenéis mi cerebro, y he aquí mi lengua que habló y mis manos que escribieron, para que las fulminéis de un solo golpe de vuestra cólera, si ese corazón, como el de las diosas del Olimpo, no sabe perdonar.

"Entretanto, permitid que deje constancia, — no en mi defensa, sino en defensa de vuestra majestad de seres humanos — que deje constancia, repito, de que toda filosofía, toda organización social, todo arte, — por más excelso que él sea, — deben concebir y tratar a la mujer como a la compañera insubstituible del hombre, como a la copartícipe de las angustias y los ensueños del hombre, como a la madre del hombre y la madre y la maestra de los hijos del hombre".

En los versos amorosos de Almafuerte no existe rastro siquiera de sensualismo, al cual condena y fulmina en "Vade Retro". Sus poesías consagradas al amor están todas inflamadas por un fuego ideal en donde arde el más puro sentimiento. Y la única vez que canta a la mujer es en "Cantar de cantares", en cuyos mágicos versos primorosos hay tal pureza y ternura que parece una oración. Entre el "Cantar" de Almafuerte y el lúbrico y sensualista de

Salomón median muchos milenarios de evolución moral.

Su concepto del amor y la mujer está sintéticamente contenido en estas dos décimas de su poesía "En el abismo":

Mi hogar, si tuviese hogar,
sería un huerto sellado;
tan solemne, tan aislado,
como una roca en el mar.
Nido azul, — nido y altar,—
todo en él, luz y armonía;
pero a la primer falsía...
¡todo en él, espanto y duelo,
como si el alma de Otelo
resplandeciese en la mía!

Yo respeto en la Mujer
a la Madre, nada más;
y jamás, nunca jamás,
por su igual me ha de tener.
Virgen roja en el taller,
toga ilustre en los procesos,
verbo mismo en los congresos
y genio mismo en las artes;
pero allí y en todas partes...
¡catedrática de besos!

No considera inferior a la mujer por sus aptitudes y talentos sino por su enfermizo predominio del sensualismo, que hace, en ella, subalternas todas sus facultades.

En estos tiempos de feminismo, en que la mujer pretende emanciparse de las condiciones secundarias en que se halla socialmente, debido al concepto primitivo que de ella tiene el hombre, y al abandono en que, moralmente, la deja, es conveniente

afirmar que la verdadera emancipación y dignificación de la mujer, consistirá en libertarse del sensualismo para que el hombre vea en ella solamente un ser moral; la conceptúe una madre, una hermana, una hija y una novia; la venere como a un templo, como a una fuente sagrada de donde debe brotar el porvenir por los siglos de los siglos; y la forje y la moldée convirtiéndola en la imagen de su más alto ideal.

Tal es, en síntesis, el concepto que Almafuerte tenía de la mujer y del amor.

X

PESIMISMO Y OPTIMISMO

Si se juzga pesimismo la visión descarnada y cruel de la vida, no hay genio verdadero que no sea pesimista. La aparente placidez del mismo Goethe, y la risa burlona de Cervantes, no son más que una máscara bajo la cual apenas ocultan su honda desolación. Amargos y pesimistas fueron Byron y Dante, Leopardi y Edgardo Poe, Baudelaire y Laforgue, Federico Nietzsche y Schopenhaüer. Este último, sin embargo, llevó demasiado lejos el pesimismo pues llegó a convertirlo en un sistema.

La beata placidez y el cándido optimismo son propios solamente de inconscientes. El genio tiene un concepto cruelísimo de la vida; ve que toda la existencia se compone de contradicción y de crueldad; sabe que la vida humana es una lucha implacable de la voluntad y del pensamiento contra las fuerzas adversas de la ciega y feroz fatalidad. Comprende que en el hombre se libra una batalla permanente del ángel contra la bestia y con frecuencia es ésta la triunfante.

Desde las altas cimas de su ideal contempla el

genio la vida como pudiese observar el naturalista una colonia de insectos. Para él la sociedad es un hormiguero. Ve y abarca el conjunto de la lucha y de los locos afanes, pero sin mezclarse en ellos más que para sufrir con el dolor de los homúnculos. Al comparar con sus ideales el espectáculo de la vida, le parece ésta un infierno.

Nadie ha sentido de un modo tan desgarrador como Almafuerte este contraste. Con un altísimo ideal moral, en absoluto desconocido por su siglo; ajeno a todas las luchas y ambiciones que preocupan y absorben a los humanos, él habita entre los hombres como entre sombras, convertido en sombra él mismo, unido a la existencia solamente por los lazos inmortales del amor y del dolor.

El penetra en los pliegues más recónditos de todas las existencias y descubre las vilezas que anidan en cada pecho; ve flotar y envolverle la injusticia y el mal, y triunfar la mentira y el crimen. Baja a los más sombríos antros del infierno social, y se identifica con las más abyectas almas y se siente responsable de los más crueles destinos.

Así centellea la ira en sus estrofas, restallantes cual látigos. Rugen enfurecidos sus dolores, como tigres hambrientos en casi todas sus poesías, especialmente en "Incontrastable" y "Trémolo", en "Vigilias Amargas", "Mancha de tinta" y "El Misionero".

Apuró hasta las heces la copa del dolor y descendió a las regiones más sombrías del corazón del

hombre. Su concepto del mal hállase contenido en estos versos:

Los hijos de la Sombra y del Prostíbulo,
Miente la Compasión, no se redimen,
Nacieron con el síntoma del crimen
Y el fervor inefable del Patíbulo

Y el Mal es mal; lo mísero, lo inmundo,
Lo formado de pústulas y lamas
Debe rodar al centro de las llamas
Para salvar de su contacto al mundo.

Tal es el pesimismo de Almafuerte que no es más que la vasta y profunda comprensión de la existencia, la enunciación de la ley kármica.

Pero su espíritu no se estanca en este pesimismo; no le abruma la montaña del Dolor. Con sus robustos hombros de Atlante carga sobre sus espaldas ese espantable fardo bajo el cual otro cualquiera perecería. El lo lleva, sin embargo, casi alegremente. Y todavía le resta fuerza bastante para profesar un hondo y potente optimismo. Tiene una ciega fe en el porvenir; en la fuerza evolutiva y ascendente del espíritu humano. Digérase que posee los hilos providenciales y conoce el fin último a que se dirigen los hechos y sufrimientos de los hombres.

Por eso les azota despiadadamente para que triunfen de los instintos y conquisten la soberanía de su sér moral. Y su optimismo es tan grande que recoge y absuelve a los más viles y proclama la inocencia de los réprobos, estimulando a todos los seres a dominar e imponerse sobre sus propios desti-

nos, y a no perder jamás la fe en las propias fuerzas:

Si te postran diez veces, te levantas
Otras diez, otras cien, otras quinientas...

Obsesión casi asnal, para ser fuerte,
Nada más necesita la criatura,
Y en cualquier infeliz se me figura
Que se rompen las garras de la suerte...
¡Todos los incurables tienen cura
Cinco minutos antes de la muerte!

XI

LA REALIDAD Y EL IDEAL

Almafuerte conocía la realidad plenamente. No había en él nada de ciego, ni de iluso. Aceptaba la existencia en su aspecto más duro y más cruel, a pesar de la distancia casi infinita que había entre ésta y sus ideales. Así estos ideales no eran el sueño rosado de un espíritu cándido e ingenuo, que, obstinado en sus quimeras se empeña en cerrar los ojos a las hoscas realidades. Más hondamente que nadie penetró él en dichas realidades, que, sin embargo, no aminoraban su idealismo, porque éste era una suprema aspiración de su alma hercúlea que bajaba a los antros más siniestros para volver con los puños cargados de verdades que arrojaba iracundo al impasible rostro de los poderosos y contra el alma pétrea del indiferente.

Por eso la realidad era para él una fuente de infinitos sufrimientos que mantenían constantemente su corazón inflamado y candente como un ascua. Si en algunos momentos parecía feliz era porque su afecto desbordaba ante cualquier impresión grata y amable. Mas su ambiente natural era el dolor,

la tensión interior y la violencia. Esto es lo que le daba fama de loco y apartaba de su lado a las gentes normales que no podían comprender aquella dolorosa exasperación. Para explicarse, no obstante, su dolor y su violencia bastará recordar la observación de Poe de que la irritabilidad de los poetas proviene de que tienen una percepción muy clara de lo bello y por consecuencia de lo feo, de lo verdadero, de lo falso, de lo justo y de lo injusto; según él, quien no es irritable no es poeta; también está explicado su dolor por la profunda observación de Lacuria en "Les harmonies de l'être": "La dicha es una ecuación o una armonía perfecta entre el ideal y la realidad, y el ideal es todo aquello que puede concebir la inteligencia. Los que menos sufren sobre la tierra son aquellos cuyo ideal es más limitado; los que ponen muy alto su ideal, padecen infinitos sufrimientos morales".

A pesar de su intenso padecer, Almafuerte no fué nunca un amargado, aunque a veces sus palabras semejasen flechas envenenadas. Conservaba la frescura, el candoroso optimismo y la expansiva cordialidad de un niño amoroso y bueno.

Ello se debió, ante todo, a que en su espíritu y su vida no separó jamás la realidad del ideal. El vivió plenamente la realidad total de sus ideas, de sus conceptos morales, que practicaba aún más que predicarlos. En él no había dos hombres como ocurre casi en todos los humanos y más aún entre escritores y moralistas: uno el que piensa y escribe, o

el que predica o proclama, y otro el que vive y actúa. El era un hombre entero, de una pieza, sin dualidad ni reserva alguna.

Constituye esto en su vida un mérito esencial, que le alza por encima de los tiempos y de los más grandes hombres. La vida está compuesta, principalmente, de dos principios opuestos que eternamente luchan entre sí disputándose el dominio de los seres: la carne y el espíritu, la realidad y el ensueño, el más allá y el presente, la pasión y la razón. Todos los hombres, también, están formados de una doble personalidad, correspondiente a estos dos principios, aun cuando en algunos prevalezca el ideal y en los demás los sentidos. Su vida está dividida entre las dos corrientes opuestas, y alternativamente se entregan al predominio del espíritu, o se dejan arrastrar por la fuerza sensual de sus pasiones. Pero en los héroes morales, en los genios más altos, y figuradamente en los dioses, la naturaleza se unifica, fúndense en una sola las dos tendencias y el alma vive a la vez lo ideal y lo real; el corazón quema sus pasiones y se divinizan los sentidos; la carne se espiritualiza y el espíritu se torna realidad. De este modo, las ideas eternas que en todos los tiempos flotan por encima de los hombres, en remotas lejanías inalcanzables, se convierten por obra de estos genios en un hecho viviente, en una llama clarísima y real, en una chispa divina que habita un cuerpo humano. Entonces se detiene de repente el correr velocísimo del tiempo, y alrededor de este hombre,

hácese como un remanso de eternidad. Tal sucedió con Budha, con Jesús y con Sócrates. Este es el mismo milagro que Almafuerte revivió y actualizó. En Almafuerte no había intereses, ni fines, ni deseos accidentales. Todo él estaba animado de intereses y propósitos eternos. Sus amores y sus odios, sus anhelos e ideas pertenecían a la inmortalidad. En él no alentaba un hombre sino toda una raza, no hablaba un solo individuo sino el Sér. Era la naturaleza transformada en espíritu humano. Los que odiaban a Almafuerte encarnaban las pasiones de los jueces de Sócrates y de las turbas que pedían el sacrificio de Jesús. Los pocos que le amaban y le seguían encarnaban también los altos sentimientos en que se inspiraron los discípulos del nazareno y del filósofo. Repitióse, pues, con Almafuerte, en los arrabales de La Plata la eterna, y áurea, y lamentable historia de Atenas y Galilea. Sólo que ahora los tiempos han cambiado. Estamos en América la libre y por tanto este profeta se libró del cruento sacrificio; mas fué, no obstante, inmolado en cada día de su existencia por la siniestra y sombría conjuración del silencio y por la solapada indiferencia olímpica de los Zoilos consagrados.

XII

LA MORAL DE ALMAFUERTE

El sentido moral es el solo centro y eje alrededor del cual gira toda la obra de Almafuerte. Las evangélicas constituyen un evangelio moral para el hombre moderno y sus poesías son la anunciación de las más altas leyes morales, que jamás habían sido proclamadas tan rotunda y elevadamente.

Porque Almafuerte nunca escribió por pasatiempo, ni con fines lucrativos, ni en calidad de artista o literato. Escribía solamente cuando le apremiaba la necesidad interior de expresar una ley moral, de revelar un problema, un hecho del espíritu. Así, toda su obra es sólida y definitiva, de un máximo valor ideológico. Cada poesía representa un aspecto culminante de la evolución interna, de la evolución moral; y cada evangélica es un conjunto de sintéticas, originales y profundas enseñanzas. Su obra es dogmática, afirmativa y rotunda, pero no es pontifical ni circunscripta. El no cierra los límites del horizonte humano, sino los ensancha y los aleja. Posée, como nadie más, el que llamó La-

forgue sexto sentido, o sea el sentido de lo infinito. No se apoya en la autoridad exterior de una creencia, o de un dogma, sino en la autoridad de su conciencia propia, de su firme sentido moral y de su honda intuición. No se dirige tampoco al cerebro del hombre, sino, sobre todo, a su alma, a su conciencia, a su personalidad total, que él procura exaltar y desenvolver, elevándola al más puro idealismo, pero sin salirse de la realidad. Su palabra es una fuerza envolvente y ascendente que vigoriza y eleva al hombre.

La moral que él enseña y practica no es jamás la moral clásica, hecha de prohibiciones y preceptos negativos, de carácter restrictivo y formalista, que atrofia al individuo y paraliza el alma, inmovilizando los resortes motrices del espíritu. Es, por el contrario, una moral afirmativa, áspera y bravía como el mal, y fragante y delicada cual la inocencia y el bien. Se dirige a las fuerzas interiores y las impulsa y despierta para que tomen el predominio y la dirección sobre las fuerzas externas y los instintos inconscientes.

El dice, en sustancia, al hombre: Ante todo, sé tu mismo; ten el valor de tu sinceridad; ya sea en el mal o en el bien; yérguete sobre tu propia personalidad. "Satán tiene una virtud que es su cinismo". Afirma y constituye tu carácter; hazte cuenta que eres solo en el universo y con tus únicas energías tienes que luchar contra todo el resto de los seres y las fuerzas naturales. No te entre-

gues confiado jamás a nada ni en nadie. "Aunque residas entre alienados, calcula; aunque vivas entre mujeres, teme; aunque duermas entre niños, vigila. Hasta los lobos reposan entre los lobos; pero tú no duermas tranquilo — ¡no! ¡nunca! — ni sobre el corazón de tu propio hijo; nada te ama".

Trata de ser independiente. "Sé grande en miniatura, reposa sobre tí mismo. Manéjate de manera que nadie pueda exigirte fidelidad. Esquiva la dirección extraña como a una mutilación vergonzosa; y la ocasión de la gratitud como a una cadena, como a una argolla de hierro en la ternilla de la nariz. Haz todos los sacrificios imaginables a fin de que no te veas alguna vez en la espantosa necesidad de devorar tu misma persona moral, en el pan de cada día.

"Erígete señor de algo: impera, aunque más no sea, sobre tu propia insignificancia cerebral y sobre tu propio estómago hambriento. Un instante de pie sobre la propia miseria, vale toda una vida de hartura, arrastrada sobre las rodillas.

"Tener carácter en el sentido social de este vocablo, es tener en sí mismo soberanía bastante para subordinar las circunstancias ambientes, o por lo menos, para resistirlas con éxito. Los fuertes, los indomables, los irreductibles, tienen un locatario siempre vigilante dentro de sus pechos que replica sin intimidarse nunca, cada vez que llaman a su puerta. Los que carecen de ese guardián han deja-

do de ser hombres; o, mejor dicho: no han llegado a serlo.

"Marchar por entre estoques que amenazan y no claudicar; por entre manoseos voluptuosos y no olvidarse de sí mismo por entre cabezas que se agachan y no erguirse más altanero; por entre frentes soberanas y no agacharse... ¡eso es tener carácter!

"Subir, ascender, prosperar, en el mejor sentido de las palabras, no es encaramarse en los sitios más visibles como los gatos en las chimeneas. Subir es evolucionar; evolucionar es desbestializarse; desbestializarse es adquirir la prerrogativa de ser creído y ser seguido; asumir el derecho del mando, que es el más alto de los derechos porque es el que impone más deberes.

"Que sirvas de algo, que produzcas algo, que dejes el recuerdo de algo; los árboles que no dan fruto o que no dan madera o que no dan leña son inferiores a las patatas.

"Refiere todos tus actos al bien ageno, pero muy pocos de ellos al juicio ageno. Sé prudente, discreto y conciliador, pero no tanto que reniegues de tí mismo. No tengas el afán de parecer sino el afán de ser. No rehuyas el dolor.

"No seas ciudadano correcto e inofensivo; sé hombre útil y azotador de inútiles y perjudiciales. Lucha contra tus propias imperfecciones, que no son nada más que las imperfecciones de todos, pa-

ra que surja al cabo de los tiempos, el hombre perfecto, la humanidad luz.

"Haz lo que mejor te parezca si quieres hacer lo que debes; y haciéndolo así no tiembles. Aquel que no siente el orgullo de sí mismo todos los días y después de cada una de sus acciones, ya no es antes de dejar de ser, *no ha sido nunca.*

"La solidaridad humana es tan necesaria para cada individuo como la gravitación universal para cada uno de los astros. La naturaleza culmina en el sér humano más que en los astros, se manifiesta dentro de él cada vez más armoniosa y más ideal.

"Como se ejercitan y desenvuelven metódicamente los órganos materiales y las facultades psíquicas, sin olvidar ni una sola fibra ni menospreciar una sola célula, así, también, deben ser cultivados y ordenados en series los sentimientos en el corazón del hombre; todos ellos son indispensables para el fin individual y para el bien general, que es el Progreso. La verdadera moral, el perfecto estado de moralidad es el equilibrio de la totalidad de los sentimientos, la posesión de todos ellos, y el uso de cada uno, en su oportunidad misma y para su solo objeto.

"Educa y regimenta los sentimientos con que hayan nacido tus hijos, de una manera integral: y serás un buen padre".

Tal es lo culminante de sus enseñanzas, extraídas de sus evangélicas. Pero donde se contie-

nen sus ideas más eminentes y sus conceptos más profundos, es en las poesías, que no pueden extractarse por la intensidad de todas ellas; y es allí, sobre todo, donde se muestra como una cumbre su espíritu idealista y filosófico y su vasta alma integral.

XIII

LA RELIGION DEL HOMBRE

Para la literatura y la filosofía, el hombre ha sido siempre una cosa secundaria y subalterna. Por sobre de él han pesado, abrumadoras y absorbentes, todas las abstracciones. Los artistas han cantado y exaltado a la Naturaleza y la Belleza o a los hechos exteriores. Los filósofos se han extraviado en la discusión de los conceptos absolutos o en la investigación de los orígenes y de las causas finales. Y los teólogos han hecho del hombre un juguete en las manos del Destino, denominado por ellos Dios o Providencia. Tal vez es ésta la causa de que en oposición a los adelantos maravillosos de la mecánica haya el hombre, hasta hoy, permanecido moralmente estacionado.

El primero que trató de libertarnos del yugo de la abstracción — ya fuese la de Dios o la de los ideales — fué aquel poeta - filósofo que se llamó Federico Nietzsche. Pero éste, en cambio, llevó demasiado lejos aquella aspiración liberadora, y al suprimir la moral en absoluto hizo al hombre instrumento de sus instintos. Falto, además, de base

espiritual para cimentar la vida humana, al abolir la ética, creó a su vez otro ídolo para reemplazar los anteriores, y así nació ese mito del Superhombre que es un nuevo fetiche en cuyas aras pretende continúe sacrificándose la especie humana.

Emerson y Carlyle han sido precursores en este movimiento afirmativo de la personalidad, que ha tenido últimamente un impulsor de poderoso aliento en el joven escritor italiano, Giovanni Papini, quien se dirige a la conquista de la divinización humana por medio de la acción, licenciando para ello a la filosofía, como a instrumento inútil.

Otro exaltador del hombre y fundador de un ideal de ascensión humana, es el autor de "Andrógino". José Antich, creador de una redentora concepción social ego-altruísta y de un nuevo arquetipo más alto y más humano que el Superhombre.

Pero nadie, jamás, como Almafuerte, ni siquiera entre los antes mencionados, habíase consagrado en absoluto a la elevación y exaltación del alma humana. Para Almafuerte no existe la Naturaleza porque carece de vida propia y de conciencia; el arte es un instrumento para gritar a los hombres la Verdad; los ideales son medios y caminos para superarse y ascender; Dios es la ley moral que rige al universo y cuyo código lleva el hombre escrito en su conciencia; y lo único, por tanto, que constituye una absoluta y suprema realidad es el hombre mismo, que lleva en su alma los cielos y la divinidad.

Pero no es al hombre abstracto al que Almafuerte canta y exalta, sino al hombre real, cualquiera que sea su índole y condición, y más aún a los bajos y caídos; a la humana conciencia en cada sér; a las más altas, más locas, más puras y sublimes aspiraciones.

Padece su alma una fiebre de amor que le devora, hacia los miserables y los tristes. Mucho más intenso aún que el fervoroso amor místico de Teresa de Jesús por la imagen ideal del Nazareno es el que siente Almafuerte por la chusma irredenta y que ha expresado, entre otros, en los siguientes versos:

Yo siento por el dolor
de la chusma miserable,
la suprema, la inefable
maternidad del amor.
Yo siento el mismo fervor
del Cordero supersanto,
fervor tan profundo y tanto
que tendrá que vaporarme
y en la miseria regarme
como un diluvio de llanto.

Pero aunque ama tan locamente al hombre, no le ama ni lo concibe como un hecho consumado, como un sér ya perfecto, sino como una fuerza ascendente que se depura y se transforma, según expresa en "El Misionero":

El mejor no eres tú, pálido rastro,
tímida tentativa en la redoma...
....
Vas a tu superior, a tu distinto
y ese no te tendrá ni amor ni envidias.

....
El que vendrá después, el Prometido,
sólo será un cerebro con dos alas.

Y no sólo desea la elevación del hombre, sino que siente un ansia ardentísima, un ímpetu ferviente hacia lo mejor y por eso fustiga sin piedad a la recua inerte y abomina y reniega del ansia de quietismo:

Felicidad total: maldito nombre,
consigna del cobarde y del tirano...
¡La perfección en sí del cuadrumano
tal vez hubiese suprimido al Hombre!

Y cual palanca suprema de la vida, canta al dolor y al esfuerzo en estrofas magistrales:

Dolor, santo dolor: sol iracundo
que a las almas estólidas caldea,
que tortura las fibras de lo inmundo
hasta que se hacen leña y se hacen tea!
Padre de lo mejor, amo del mundo,
generador supremo de la Idea,
draga de remoción, llama expiatoria,
que convierte las pústulas en gloria!

Odio por lo tranquilo y uniforme,
y ansia de otro nivel y de otro aspecto;
fiebre de perfección en lo deforme,
y hambre de super-luz en lo perfecto;
soberbias de Luzbel; vacío enorme
en el alma sombría del insecto...
Eso requiere Dios para sus planes:
angustias de Satán... ¡Somos Satanes!

No hay en toda la obra de Almafuerte una sola palabra que no esté consagrada a la educación, a la enseñanza moral, al mejoramiento de los hom-

bres. Sus ideas no pueden encerrarse en ningún molde ni dogma; si alguna calificación se le puede aplicar es la de integralista: él aceptaba todas las ideas, todos los principios, con tal de que sirvieran para elevar y fortalecer el alma humana. A lo que aspiraba él es a que el hombre fuera un sér integral, en posesión de todas sus facultades, dueño y señor de sí mismo, capaz de concebir y practicar la más alta ley moral y en constante evolución hacia lo más puro y perfecto.

Almafuerte ha fundado con su obra la religión del Hombre, que substituirá en el porvenir a las religiones ya agotadas de los dioses; y cuando empiecen sus ideas a trascender al alma popular y a penetrar en la conciencia humana, sobre el fundamento inquebrantable de su idealismo, se levantará una nueva humanidad más perfecta y consciente que la antigua e iniciadora de una civilización moral, en reemplazo de la externa que ahora existe.

La influencia futura de Almafuerte está bien expresada por Guyau en el párrafo siguiente de su obra "El arte desde el punto de vista sociológico":

"En último análisis, el genio y su medio nos dan el espectáculo de tres *sociedades* ligadas por una relación de mutua dependencia: 1° la sociedad real preexistente, que *condiciona* y en parte suscita al genio; 2° la sociedad idealmente modificada que concibe el genio mismo, el mundo de voluntades, de pasiones, de inteligencias que crea en su

espíritu y que es una especulación sobre lo *posible;* 3° la formación consecutiva de una sociedad nueva, la de los admiradores del genio, que realizan más o menos, en sí mismos, por *imitación* su *innovación.* Es un fenómeno análogo a los hechos astronómicos de atracción, que crean en el seno de un gran sistema un sistema particular, un nuevo centro de gravitación".

XIV

ALMAFUERTE COMO ARTISTA

Cuando se habla de Almafuerte suele ensalzarse en él al pensador y al filósofo, no siempre comprendido y aun atribuyéndole un valor muy subalterno; y sobre todo se pondera del poeta el carácter indomable y el espíritu heroico que luchó tan tenazmente por la justicia y el bien; pero en cambio se le considera un artista mediocre. ¿Cuál es el fundamento de este juicio? ¿Es verdadero y justo?

En la época moderna ha descendido el concepto esencial de la poesía. Se juzga generalmente que el poeta es un cantor canoro, un creador de belleza, un músico del sonido y la palabra y un colorista del verbo. Es el criterio que ha impuesto el modernismo decadente. No queremos lapidar a éste como hacen los clasicistas, los fanáticos admiradores de los moldes caducos. Pero tampoco aceptamos las mezquinas conclusiones de los modernos juglares.

Estas ideas del decadentismo han sido sintetizadas por el más representativo de esa escuela, el aristocrático y paradógico Oscar Wilde; y pueden

ser concretadas en las siguientes afirmaciones tomadas de su ensayo "El crítico como artista".

"Discernir la belleza de una cosa es el punto más alto a que puede llegarse. Un sentido del color es más importante en el desarrollo del individuo que un sentido de lo justo y de lo injusto. La estética es más alta que la ética. El arte es inmoral. El artista verdadero es el que procede no del sentimiento a la forma, sino de la forma al pensamiento y a la pasión.

"De tiempo en tiempo gritan ciertas gentes contra algún encantador poeta y artista porque "no tiene nada que decir" para usar su estúpida frase. Pero si tiene algo que decir lo dirá probablemente y el resultado será tedioso. Justamente porque no tiene ningún nuevo mensaje es por lo que puede hacer una obra bella. Tomará de la forma su inspiración, de la forma únicamente como lo hará todo artista verdadero. Una pasión real lo arruinaría. Toda mala poesía procede de sentimientos genuinos. La ciencia y el arte están fuera del alcance y de la esfera de la moral. La moral reside, pues, en la más baja y menos intelectual de las esferas".

No hay duda que Almafuerte sería un poeta secundario, anodino y hasta fastidioso, desprovisto de arte y de belleza, si se le juzga con el criterio de este príncipe de los estetas, de este héroe del dandismo.

Si no se le supone a la existencia objeto moral alguno, si la finalidad exclusiva de la vida es el

placer, entonces es innegable lo que Wilde afirma. Es lo mismo que en otro orden expresa Manuel Machado:

> No hay placer en los amores,
> No hay amor en el placer.

Pero adoptar por criterio y por medida la norma del placer, equivaldría al derrumbamiento de la vida social y a la disolución progresiva y absoluta de todos los fundamentos de la existencia.

He aquí el porqué constituye la poesía de Almafuerte una piedra de toque para los espíritus. Son enemigos de ella todos los estetas, todos los decadentes, los juglares, los bufones de todos los tiranos, los lacayos espirituales, los combinadores de "cocinitas literarias", los pedantes pontificadores, los amoralistas, los inútiles para el progreso, los partidarios del placer a toda costa, "los canflinfleros del dolor eterno"; y son admiradores de su obra, todas las almas sinceras y apasionadas, los amantes del bien y del progreso, los rebeldes conscientes y los libres, los peregrinos de rutas ideales, los hijos de la lucha y del dolor, los forjadores intrépidos de una nueva humanidad.

Aquel campeón del arte por el arte a quien nos hemos referido, Oscar Wilde, el idólatra del placer y la belleza, fué a purgar en una cárcel las consecuencias de su concepto inmoral del arte y de la vida. Y entonces, solamente, se reveló a su espíritu el aspecto más profundo de la existencia, que

antes se hallaba oculto para él bajo el manto sombrío del dolor. Y hostigado por el látigo implacable de este maestro cruel, escribió sus páginas más bellas y trascendentales, impregnadas de tristeza, de dulzura y bondad y animadas por el soplo de una moral muy pura, aun cuando siguiera él repudiando este concepto.

Mas dejemos a los decadentes y opongamos a su voz meliflua el verbo potente y cálido de Víctor Hugo. He aquí el alto concepto viril y humano que tenía de la poesía aquel gran lírico que reunió en sí la dulzura de Horacio y de Verlaine y la iracundia fulminadora de los profetas bíblicos:

"Existen dos clases de poetas: el poeta de la inspiración y el poeta de la lógica; pero existe también un tercer poeta, compuesto de ambos, que corrige, completa y resume ambos en una entidad más alta. Es decir, dos grandes figuras en una. Este tercer poeta es el más grande. Tiene la inspiración por cuanto obedece a su impulso, mas tiene la lógica por cuanto cumple el deber. El primero escribe *El cántico de los cánticos,* el segundo *El Levítico,* el tercero *Los Salmos* y *Las Profecías.* El primero es Horacio, el segundo Lucano, el tercero Juvenal. Y en otro sentido el primero es Píndaro, el segundo Hesiodo y el tercero Homero.

"No pierde la belleza por ser buena. ¿Acaso el león es menos hermoso que el tigre por tener la facultad de enternecerse? Las quijadas que se abren para dejar el cachorro al abrigo de la madre ¿afean

en algo la majestad de las melenas? ¿Desaparece el verbo inmenso del rugido porque la horrible boca que lo produce haya acariciado y lamido a Androcles? El genio que no acudiera a prestar socorro, sería deforme. Ser grande y no amar, es ser monstruoso. ¡Sí, sí! ¡Amemos!...

"Ser útil es no más que ser útil, ser bello es no más que ser bello; pero ser útil y bello es ser sublime. Esto es lo que son San Pablo en el siglo I, Tácito y Juvenal en el II, el Dante en el XIII, Shakespeare en el XVI y Milton y Molière en el XVII".

Y refiriéndose a Juvenal, cuya ira vengadora y justiciera fué superada por Almafuerte, que no era como aquel un ironista, sino un apostrofador jupiterino, agrega Víctor Hugo:

"Insistamos de nuevo en Juvenal. Pocos poetas han sido tan insultados, tan combatidos y tan calumniados como él. La calumnia contra Juvenal fué creada a tan largo plazo que todavía dura. Una pluma la deja y otra la toma. *Los grandes aborrecedores del mal son aborrecidos por todos los aduladores de la fuerza y del éxito.* ¿Queréis saber quiénes son los que tratan de obscurecer la gloria de los grandes seres que toman a su cargo el castigo y la venganza? Pues son la turba de serviles sofistas, los escritores que se arrancan la piel con la rozadura de los collares, los historiógrafos matones, los escoliastas bien retribuídos, los cortesanos y los sectarios. Gruñen alrededor de las águilas. No

hacen con gusto justicia a los justicieros, y consiguen irritar a los señores e indignar a los lacayos. La indignación de la bajeza existe".

Almafuerte ha sido un poeta de la índole de Homero y de Juvenal, pero de más elevados ideales. Homero fué el cantor de la epopeya griega y Almafuerte ha cantado la epopeya interior del hombre actual. Juvenal fustigaba los vicios exteriores de su patria, y Almafuerte azota la maldad y la estolidez internas de todos los humanos. Pero además anuncia y practica una moral más alta y un ideal de ascensión y de perfeccionamiento. A quien se asemeja más su índole, es al gigantesco Esquilo, en la creación de su Prometeo.

Por eso no es él artista ni poeta en el concepto inferior y usual de la palabra.

Encarna en grado máximo el poeta ideal, tal como Víctor Hugo lo imagina y define en su obra sobre William Shakespeare, cuya lectura recomendamos a todos los detractores de Almafuerte, sobre todo si lo son sinceramente por no haber comprendido la magnitud de su obra.

Para Almafuerte es el arte sólo un vehículo; es el arco con que arroja la flecha envenenada de sus apóstrofes, o la envoltura sutil y vaporosa que engalana y embellece su gran pureza moral en el "Cantar de cantares", o el bronce en que vacía y

moldea su espíritu en "El Misionero" y en "La canción de un hombre".

Pero siempre su arte es adecuado al pensamiento que expresa. Hay una fusión perfecta en sus poesías entre la forma y el fondo. Una y otro están fundidos en unidad ideal. No hay una sola palabra que resulte forzada, ni verso ni ritmo alguno disonantes. Tiene esa rotundidez articulada y vibrante que es la característica del genio. Parece que sus versos estuvieran esculpidos y grabados.

en duras piedras y solemnes bronces.

Almafuerte, ante todo, es un sintético. Todos sus conceptos y poesías son grandes bloques de síntesis. Todo "El único y su propiedad", en lo que tiene de fundamental y verdadero, está, sin que él lo haya leído, expresado en su poesía "Mancha de tinta". La teoría de Schopenhaüer sobre la vida hállase contenida y superada en el "Jesús". En "El misionero" y "La inmortal" están acumuladas en una magna síntesis las más altas teorías del idealismo humano. Y según afirma Emerson todo gran artista lo ha sido por la síntesis.

La forma y la expresión que da a su verso Almafuerte es perfectamente clásica. Sin embargo no se atiene a los moldes ni a los ritmos consagrados, ni a las palabras arcáicas. Incorpora a su lenguaje términos populares y modismos criollos. Es que él habla un idioma natural y espontáneo, no respeta ni acata los límites estrechos del academicismo. En

el prólogo a "Alemania contra el mundo" ha expuesto genialmente su criterio sobre el arte, fulminando a los literatoides, femeniles tejedores de frágiles encajes con palabras bonitas.

El ritmo de su poesía es siempre rotundo y resonante como un batir de yunques, como un martilleo de forja, como un redoble marcial.

Es, sin embargo, a veces, musical y cristalino, como en las "Milongas"; religioso y solemne, cual música sagrada en "Confiteor Deo", "Gimió cien veces" y en el rugiente y doloroso "Trémolo"; o restallante y ciczagueante, como látigo y centella, en el magnífico "Apóstrofe".

Esta última poesía, sobre todo, que ha despertado la ira y la indignación de los mediocres (1) por las palabras violentas y apasionadas que contiene y la forma original en que está escrita, es la más bella que, como forma poética y contenido ideológico y moral, existe en la literatura castellana. (A pesar de que el señor Rafael Alberto Arrieta la considere tan defectuosa, y el señor Alberto Mendióroz juzgue que ni merece el nombre de poesía).

(1) Véase una nota al final del número extraordinario de la revista "Nosotros" consagrado en homenaje a Rubén Darío, con motivo de su muerte. Y en cuanto al concepto que tienen de Almafuerte los críticos de "Nosotros", léanse los artículos zoilescos de Roberto F. Giusti, ese campeón insigne de la mediocridad pontificante. Es de notar que "Nosotros" publicó un extraordinario a la muerte de Darío y otro a la de Rodó, y cuando murió Almafuerte sólo le consagraron un artículo en el que juzgaban su obra despectivamente.

Libre de toda rima y de métrica uniformidad, sin más elemento poético que el ritmo, la acentuación trisilábica sobre la cual está compuesta, y que le da un vigor y agilidad marcial, y una solemnidad imprecatoria y un ímpetu iracundo que tal vez no podría alcanzarse en ningún otro idioma y que con seguridad no podría haber expresado ningún otro poeta, constituye el ejemplo más típico y más alto de poesía libre; y conserva a la vez los caracteres esenciales del verso tanto o más que la poesía más armoniosa. Recorre allí el poeta todas las formas y matices del sentimiento: ora impreca indignado, apostrofa, maldice y fulmina; ora se apiada y conmueve y gime enternecido; ora canta melodioso como un arpa y se lamenta nostálgico ante la horrenda desolación, o hace estallar su desprecio formidable sobre este mundo efímero; y termina sepultando en los infiernos para eternamente y en la sola compañía de Satán, al autor del espantable, universal fratricidio.

Ningún otro poeta que Almafuerte ha podido escribir una poesía que por su arte y su sentimiento y su violencia intensísima haya estado a la altura de la infernal tragedia presente, abarcando y superando por sublimidad moral, el espectáculo horrendo, apocalíptico y repugnante del salvajismo desenfrenado y triunfador.

Pero ese ímpetu, esa furia, la energía colosal que representa y que late y refulge de igual modo en todas las poesías fundamentales de Almafuerte—

en el magnífico "Dios te salve", en la vasta "Inmortal", en el gigantesco "Misionero", en "La sombra de la patria" — es algo que ofende profundamente a los pobres literatos academicistas, eunucos del sentimiento, a las insignes y oscuras medianías, que ofician de pontífices sacramentales y que según es fama, han llegado en su ridículo heroísmo de analfabetos espirituales, y en su calidad de catedráticos, a "suspender" a sus alumnos por citar a Almafuerte en los exámenes, o por considerarle un gran poeta.

Para tales señores representantes de la literatura oficial vamos a reproducir — ya que no admiten ellos otra autoridad que la de los nombres consagrados — este párrafo de Víctor Hugo, en el cual hallarán sintetizadas sus objeciones contra Almafuerte, y donde tal vez se sientan aludidos:

"Los genios, los espíritus como Esquilo, como Isaías, como Juvenal, como el Dante y como Shakespeare, son seres imperativos, tumultuosos, violentos, furiosos, extremados, jinetes en caballos alados, seres "exagerados", que "pasan de raya", proponiéndose un fin propio, que "exceden los límites", caminando a pasos, que, por lo grandes, son escandalosos, saltando bruscamente de una idea a otra, y del polo Norte al polo Sur, recorriendo el cielo en un momento, poco clementes con los que tienen cortos alientos, agitados por todos los vientos del espacio, y al mismo tiempo seguros en los saltos que dan sobre el abismo, indóciles con los

Aristarcos, refractarios a la retórica oficial, ásperos con los literatos asmáticos, rebeldes a la higiene académica, y seres, en suma, que prefieren la espuma del Pegaso a la leche de burra. Los bravos pedantes son tan bondadosos, que les tienen lástima. La ascensión provoca la idea de caída. Los paralíticos piadosos tienen compasión de Shakespeare. ¡Está loco! ¡Sube demasiado alto!. La muchedumbre de pedantes se atonta y se incomoda; Esquilo y el Dante obligan a cerrar los ojos a estos críticos. ¡Esquilo está perdido! ¡El Dante va a caer! Remóntase un dios y estas gentes exclaman: "¡Que te rompes la crisma!"

XV

SIGNIFICADO DE ALMAFUERTE EN LA EVOLUCION ARGENTINA

En el sentido espiritual, que es el más representativo de Almafuerte, no es éste una aparición única en la Argentina. Su anhelo de progreso, de justicia, de mejoramiento humano, están ya representados en los orígenes argentinos por Moreno, Rivadavia, Echeverría, y muy especialmente por el vidente Alberdi y el genial Sarmiento; su espíritu rebelde, ardoroso y violento, propicio al anatema contra los tiranos, tuvo por antecesor a Mármol en sus poesías contra Rosas; y su alma popular y justiciera, amiga y aun hermana de la chusma, está representada en el pasado por el autor de *Martín Fierro*.

El genio más cercano, más análogo al espíritu prócer de Almafuerte, en el pasado argentino, es el borrascoso y férvido Sarmiento: su violencia, su entusiasmo combativo, su fe en el porvenir y su iracundo amor al progreso, culminaron más tarde en Almafuerte, quien poseía además el genio metafísico, la inspiración poética y un amor deses-

perado hacia los siervos y los tristes. El Emperador indiscutible del pensamiento argentino, como le llamó Almafuerte, no renovó ni acreció fundamentalmente el pensamiento humano, pero fué ejemplo magnífico y fecundo del hombre de pensamiento y de acción renovadora; y en el sentido espiritual, fué el digno precursor del poeta profético que había de abrir nuevos rumbos a la orientación moral e ideológica del hombre.

Mas, en sentido integral, Almafuerte no ha tenido antecesor. Su espíritu esencialmente metafísico y abstracto, no tiene precedente en toda la literatura castellana; (Calderón era un cura con todos los dogmatismos y limitaciones de su casta) y muy difícilmente en la poesía universal. Guerra Junqueiro con quien le ha comparado alguien es una mente vulgar al lado de Almafuerte; Carducci era moderno, renovador y rebelde, pero poco metafísico; y Verhaeren, de quien se ha hablado también, es un poeta exterior, aunque subjetivo, y sin sentido moral. Era sólo una conciencia exasperada por el dolor moderno.

Almafuerte es un genio en el sentido más alto de esta palabra; y ése es un don que los pueblos obtienen difícilmente y más aún los pueblos jóvenes como lo es la Argentina. Hasta el momento en que un pueblo no ha producido un genio universal, no puede figurar en el concierto del mundo superior de la cultura. En ese mundo imperecedero, que constituye el tesoro permanente de la especie hu-

mana, Grecia está representada por una pléyade entre la cual destacan Esquilo, Sócrates, Platón y Homero; Inglaterra por Shakespeare; Italia por el Dante; Francia por Víctor Hugo; Alemania por Nietzsche, Kant y Goethe; España por Cervantes; Norte América por Poe y Emerson, y la Argentina estará representada por Almafuerte.

Desde luego, que tal afirmación será tachada de absurda y excesiva por los detractores del poeta, y de aventurada y prematura por los que no tienen fe en su propio juicio y esperan a conocer la sanción universal antes de consagrar con su admiración a un genio contemporáneo, y más aún si es connacional; pero los hechos se encargarán de justificar sobradamente el concepto expresado.

En el porvenir moral e ideológico de la Argentina, ejercerá la obra de Almafuerte una profunda influencia.

Dice Bovio en su obra sobre "El genio" que "en la soledad el genio elabora la propia ascensión, para presentarla como modelo a la ascensión humana"; y afirma que "cada raza que prepara su advenimiento histórico, envía por heraldo al genio".

Tal ha sido la obra de Almafuerte y el significado que ella tiene para el porvenir de la Argentina.

En un pueblo en formación, destinado a engendrar una nueva raza forjada en el crisol de las anteriores, y por lo mismo predestinada a producir un tipo más alto de humanidad, pues según Galton el cruce de las razas es favorable a la aparición del

genio y de tipos humanos superiores, Almafuerte ha concebido y ha fundado una moral más perfecta y un arquetipo del hombre, que será el eje de un nuevo orden moral y el faro de una ascensión ilimitada hacia las cumbres; la base de una más justa, más humana, más integral civilización.

Almafuerte sintetiza todo lo que hay de grande, idealista y noble en el alma argentina, y reune en sí a la vez, como en un foco, las aspiraciones y tendencias más puras y elevadas del espíritu humano en un ideal altísimo, que podría calificarse de divinización del hombre, o forjación del hombre integral.

Este poeta servirá al pueblo argentino de firmísimo cimiento para su ascensión renovadora, y llegará a convertirse en lo futuro, en el símbolo más alto de la nacionalidad ideal.

XVI

PRINCIPALES PRODUCCIONES DEL POETA

Breve síntesis y comentario de las mismas

Después de haber estudiado en su conjunto las obras y la vida de Almafuerte vamos a tratar de hacer una ligera síntesis de sus principales producciones para dar una idea de ellas a aquellos de los lectores que las desconozcan:

Milongas clásicas. — Empieza por declarar que va a cantar al pueblo, a su "chusmaje querido", y que va a plegar sus alas para que sirvan de escoba y estropajo en las piezas de los miserables. Hay aquí una soberbia inaudita y una elocuente grandiosidad al hablar de sí mismo; y al definir los motivos por los cuales se acerca y canta al pueblo, pone todas posibilidades del mal y del bien. Es ello la integral comprensión de la vida y sus instintos contradictorios. Los versos se deslizan cantarinos y suaves como el agua de un arroyo por un álveo de arena. Y cada estrofa contiene una elevada sentencia. Son flechas de

idealismo arrojadas desde lo hondo del pantano hacia las más remotas estrellas. Son todos estos versos una admirable fusión de la más alta y honda metafísica, con la clásica llaneza del alma popular.

Olímpicos. — En estos versos el poeta designa cuáles son los más altos y excelsos timbres que señalan al hombre como digno de serlo, como héroe y elegido: son los presentimientos de una vida más alta; el estoicismo en el dolor; la amargura y la nostalgia en el placer; la visión interior de una luz lejana; la conciencia de ser centro de un mundo invisible y manantial de bondad.

Cristianas. — Todo tiende a la suprema perfección en la armonía final del universo. Cada ser calificado como espíritu del mal, no es más que una potencia que ocultamente trabaja para el bien, por caminos opuestos, en apariencia, a la senda de la vida. Son energías desviadas o que no han llegado aún a su total perfección. Pero en ellas también brilla la sacra chispa ideal. Y con genial intuición adivina el poeta los destinos más altos que se esconden en cada pecho protervo; y ve las cimas remotas hacia las que se dirigen todos los tortuosos caminos.

¡No; no cabe la noche completa
allí donde gira la estrella de un alma!
¡Vive un juez prisionero en el hombre
que jamás prevarica ni calla!
¡Hay un golpe de luz en el fondo
de aquellas más viles vilezas humanas!

Mancha de tinta. — Es la afirmación rotunda de la absoluta soledad del hombre en el desierto de la vida. Quiere saber el poeta quién le ama. Busca al pueblo, al "cardumen muerto de hambre" que le rodea, y éste le pone en la picota. Va tras de los amigos y le engañan todos; la mujer a quien amaba, le traiciona; muerto de dolor, entonces se remonta a los cielos y se dirige a "la dorada puerta Pía" y al acercarse no había "ni luz, ni puerta, ni nada". Esta es la crueldad consciente de la vida. Quien no haya pasado por este sentimiento, aun no ha nacido. En este verso está contenida toda la filosofía de Max Stirner. Pero aquí no es razonamiento, sino sentimiento hecho idea; lo cual es más rotundo y verdadero.

Apóstrofes. — Es esta una bellísima poesía, donde se hermanan admirablemente lo sublime del fondo con la perfección absoluta de la forma. Para abarcar las ideas tan sabias y tan hondas, tan bellas y tan altas que se contienen en ella, sería preciso hablar extensamente. Esta sola poesía merece un libro. Encierra toda la sabiduría de la evolución humana y del destino. Concentra y funde en sí los dos acentos contradictorios de la fatalidad y de la libertad. Es el poema de la ascensión del espíritu humano, cuya libre voluntad vive esclava del Destino. Baja el poeta al fondo del sér y sorprende allí los más hondos secretos. Vibra y ondula su verso, gracioso y terso, bajando a los abismos y ascendiendo a las nubes. Es tan

vasto que comprende a toda la humanidad y tan sutil que penetra lo más recóndito del espíritu. Y termina el poeta con un apóstrofe, imprecando airadamente a toda la humanidad, a quien somete y domina:

Con la luz esplendorosa
Con el hierro incandescente de la fe!

Trémolo. — Honda nota sombría de angustia y de dolor, terriblemente desoladora, que se alza de las entrañas del espíritu humano como un grito prometeico hasta la faz de Dios. ¿Qué valen al lado de esto las protestas de Job, sus llagas y sus dolores? El poeta recoge los lamentos del dolor universal sintetizados en su alma y se presenta ante Dios para acusarle de crueldad. Siéntense crugir aquí los andamiajes del universo, se remueven los cimientos de la vida y vacilan cuarteados los pilares que sostienen el cosmos. Es que ha nacido una nueva concepción más alta que destrona y substituye y arroja del Olimpo a la concepción judaica. El poeta prometeico se presenta ante el Júpiter del Olimpo cristiano, exigiéndole cuentas estrechísimas de su implacable dureza. El corazón del poeta y las plantas de sus pies están hechos una llaga, como el cuerpo de Job. Gimen los gemebundos algarrobos y braman los leones prisioneros en la cárcel de su instinto. Y en tanto se refugian como liebres los Genios de la Luz y Dios vive feliz en sus Edenes, rodeado de sus

vírgenes. "¡Tirano sin control!... ¡Vete a tu cielo! ¡No mereces ser Dios!" exclama soberbiamente el poeta que había soñado un dios más bueno; y se presenta ante él para exigirle que le pague su dolor. Las notas de estos versos resuenan clamorosas, con siniestra y solemne amargura, como un canto "De profundis" donde se hubiese volcado todo el humano dolor. Por su vasta y compleja ideación y su ritmo acompasado y grave de religiosos acentos, esta poesía parece recordar el coro de los peregrinos en el Tanhauser. Pero aquí hay un infinito desgarramiento que tortura el espíritu, y lo arrebata y eleva a la cumbre moral de la vida desde la cual se abarca y se juzga el universo.

Gimió cien veces. — El alma del presidio formula sus pesares y se erige severa como un juez ante la sociedad que la condena. Canta la hórrida angustia de su destino en tristísimos versos tan solemnes y graves como un "Miserere". Pide misericordia el alma del presidio, pide la misericordia de la muerte. Y se presenta ante los intachables, los perfectos sin lucha, para acusarles por su maldad, por el orgullo con que la insultan y la soberbia que muestran de su pureza irresponsable.

Ella, el alma del presidio, es también irresponsable.

"¿Les dije yo a mis padres... Pude decirles

que amasaran mis carnes con azucenas?", exclama tristemente el presidario.

Y la suprema, total pureza sobre todos los destinos brilla aquí como un sol de mediodía, que alumbrara la vida con una nueva luz. En estas altas, magníficas estrofas, zumban como saetas las palabras de Nietzsche en su canto "Del pálido criminal". Pero no es que las repita, no que expresen lo mismo, sino que están aquí comprendidas y superadas. Allí sólo hay conocimiento: aquí hay bondad consciente, magna bondad trocada en sabiduría y en integral potencia de ascensión, de anhelo de lo perfecto.

Siete sonetos medicinales. — Al leer las más grandes obras de la literatura universal, las más alentadoras y exaltadoras del hombre, encontraréis en Ibsen la ambición infinita, en Nietzsche la dureza más rotunda, en Carlyle la exaltación del heroísmo, la individualización en Stirner, en Emerson la afirmación del yo interior y en Walt Whitman el ímpetu marcial. Pero leed después estos "Siete sonetos medicinales" y decidnos si no está aquí contenido, sintetizado, todo el poder idealista y ascensional de aquellas obras, formulado de un modo absolutamente nuevo y personal. Ved también si en aquel desprecio con que se habla de los leones, no hay un sentido más alto de valoración del hombre, por encima de la Naturaleza, que jamás se había expresado antes de ahora.

Aquí están superados y desvanecidos cuantos fantasmas pudieran encadenar al hombre. Este reina de un modo soberano, y su voluntad y su energía se exaltan y endurecen, se acrisolan y depuran en los sonetos estos, como en la forja de un dios.

La sombra de la patria. — Idealista y sublime clarinada guerrera que llena los espacios infinitos con su protesta airada y dolorida; que levanta sus acentos hasta el trono de Dios y hace estallar allí fulminador el volcán de sus ansias, reduciendo a pavesas la dorada ilusión providencial; que baja luego a la tierra y ruge sombríamente al comprobar que la virtud y el bien, la libertad y el derecho, únicamente son palabras resonantes, ilusión y mentira. Y el poeta, enloquecido de dolor, apostrofa a la Mente invisible que debiera regir el universo, y la acusa de todos los males que constituyen la esencia de la vida. La sombra prostituída de la patria pasa ante el alma del poeta, y éste siente la noche de los siglos acumularse en su mente y gravitar sobre sí todo el peso de los orbes. Y tras de haber llamado a juicio a la Naturaleza y a los dioses, diríjese a la juventud para pedirle que salve y redima y eleve a la patria mancillada.

Un acento sublime de dolor y de ira santa hay en toda esta poesía, que parece la voz de los profetas.

Aquí el espíritu humano se remonta a una

fusión altísima del yo individual con el alma de un pueblo y el destino de una raza en la suprema aspiración del bien, a pesar y por encima de la fatalidad del mal que rige a la naturaleza.

La canción de un hombre (En el abismo). — Esta poesía es un autoretrato psicológico del poeta, una autodefinición moral del genio.

Las más altas verdades filosóficas, las más profundas afirmaciones morales y las averiguaciones ideológicas más modernas y altivas, hállanse contenidas en estos versos que pueden muy bien marcar lo sumo a que hasta hoy ha ascendido el espíritu humano. Es la expresión suprema de la intuición consciente. Es la individualidad afirmándose con rotunda fiereza, pero abarcando y conteniendo en sí la conciencia colectiva, el alma universal. Es el hombre elevándose por encima de la naturaleza, del tiempo y el espacio y proclamándose síntesis universal y eterna. Tenemos la convicción de que en ningún idioma existe otra afirmación tan formidable, tan integral y tan alta, aunque tan breve, que sintetice como ésta el espíritu del genio y la divinización del hombre.

Jesús. — Con altísimo vuelo ascensional y nítida pureza de idealismo, dibuja aquí el poeta el mágico perfil del Nazareno. No hay en esta poesía, al hablar de Jesús, ni la ciega admiración de los creyentes, sean católicos o no, ni el concepto mezquino de los "espíritus libres", como el mis-

mo Nietzsche. Hay nada más que comprensión, una comprensión total del espíritu de Cristo, una definición superabstracta y metafísica del fenómeno de la Redención y de las doctrinas de Jesús. Cierto es que aquí se contiene, como no podía menos, la afirmación de Schopenhauer: "el mundo es nuestra representación"; pero también está comprendida la de Nietzsche: de que el bien y el mal son valores convencionales. Sólo que estas afirmaciones no tienen en aquellos filósofos el valor y el sentido que Almafuerte les da. Al decir Schopenhauer que el mundo es nuestra representación, como él no cree en otro mundo que el visible, aniquila totalmente la Realidad y cae en el nihilismo, en el pesimismo. De igual manera Nietzsche al comprender que los valores morales son un convencionalismo, destruye el bien absoluto y sólo crea un bien un mal para el hombre fuerte, para el individuo que es la única realidad en la cual él cree. Pero Almafuerte, no; si afirma que es ilusión el mundo externo, es para sostener que nuestras ilusiones son la única realidad, y que en nuestro espíritu está Dios, la eternidad y el destino; de lo cual se deduce, contrariamente a Schopenhauer, un optimismo absoluto y consciente; y al asegurar aquí el poeta que el bien y el mal humanos son palabras vacías, no atribuye a los hombres, como Nietzsche, la facultad de crearse otro bien y otro mal personales y egoístas, sino que a la vez, proclama un bien

absoluto, eterno, y un transitorio mal que se cambiará por fin en bien. Estas afirmaciones, pues, en Almafuerte no son individualistas, ni engendradoras de pesimismo. Exaltan y glorifican la individualidad humana, pero unida al espíritu absoluto; destruyen el mundo externo para imponer el reinado de la vida interior; aniquilan los valores transitorios y humanos, pero proclaman el Bien eternal y divino.

La inmortal. — Baja el poeta al fondo de la "chusma sagrada" y vuelve de allí cargado de amargas verdades que arroja a los poderosos, a la faz de los grandes de la tierra. La inmortal es la chusma que labra y forja el mundo con su esfuerzo, que con su sangre ha regado toda la tierra y ha impregnado con la esencia de su sér hasta las aguas del mar. De ella sale, de su seno y sus entrañas, la chispa luminosa de los genios y el amoroso fuego de los santos. Y sin embargo es la esclava y la condenada, la sometida y la proscripta. Pero ella ve o adivina la justicia y la razón y por eso a los códigos del bien que le dictan los amos, a las divinas pragmáticas que se le imponen, contesta con una risa demoníaca y sarcástica, con una risa de bestia libre de freno, carcajada desgarrante que conmueve y desgaja los cimientos sociales y las columnas de los cielos; carcajada nihilista que desmiente y destruye todas las perfecciones y progresos conquistados aparentemente por la humanidad. Como los canes

que vuelven a la madrugada y arañando y aullando en la puerta solicitan albergue de sus amos, así los genios más grandes, los consagrados y los héroes aguardarán el día de la justicia ante las puertas de bronce que separan la sombra de la luz.

Tú, poderoso y señor, no temas nada, aunque se hunda el templo, mientras queden creyentes. Teme, sí, cuando tu ley sin ley moral, tu concepto salvaje de cruel egoísmo, de déspota sin freno, penetre hasta el fondo mismo de la chusma; cuando ella vea que no va su ración en la carga y se canse de ser pedestal y abandone la cruz; porque entonces se desquiciará todo el mundo presente.

Este poema es el más extenso de Almafuerte y también el más vasto, el más grandioso. Es de una grandeza cósmica y de un altísimo sentido moral. ¿Cuándo se escribió nada tan profundamente justo y moral como ésto? Aquí no hay la conformidad burguesa y la complicidad del silencio que se ve en todos los poetas respecto a la gravísima transgresión moral que implica la injusticia humana, el predominio de la fuerza y de la astucia. Pero tampoco hay las "rebeldías necias de lacayo" que constituyen la protesta anarquista, ni el desconocimiento de la ley moral que profesan los ácratas. El alma y la esencia de este poema es una ley interior sublime que cual hilo de oro corre por encima de los hombres, sin que haya

llegado nadie, hasta hoy, a reconocerla ni acatarla. Almafuerte, como un dios, restablece el imperio de esta ley, y la pone por eje espiritual y por cimiento y base de los pueblos.

Aquí sintetiza el poeta, más que en ninguna otra de sus producciones, la tendencia de toda su obra a realizar lo que podría llamarse apocatastasis humana, es decir, a reintegrar en la humanidad todas las almas y a dar a cada espíritu la conciencia de toda la humanidad.

Tiende también su acción a realizar lo que ha llamado Saint - Ives "sinarquía", o sea gobierno de los principios, de las leyes morales. Pero Almafuerte no predica esto, como no predica nada. Con su genial vista interior vislumbra la ley moral desconocida por todos y él la enuncia y la obedece. Esta es, en síntesis, su misión y su obra.

El misionero. — He aquí el más bello, el más rotundo y trascendental de los poemas de Almafuerte. En él está formulada y concretada toda su vida y su fe. Cada estrofa es una sentencia de bronce y todo él está escrito, no "con sangre y medio loco", como Nietzsche decía, sino con la esencia misma de su existencia. Porque las afirmaciones que aquí se contienen las ha amasado el poeta con su propio dolor, en una lucha heroica y solitaria contra el cieno y el mal.

Larga y difícil tarea sería el señalar ahora todas las altas verdades definitivas, absolutas, de iniciación reciente o antiguamente expresadas por

los más altos espíritus y por él coloreadas con un matiz personal, que se contienen profusamente en este poema. El es un evangelio de idealismo, de bondad, de sabiduría interior, y merece profundos y extensos comentarios que desentrañen y formulen la honda filosofía encerrada en sus versos. Hállanse aquí sintetizadas, como hemos dicho, las más modernas ideologías, pero a la vez están superadas por la visión integral del poeta, por su ímpetu inexorable de ascensión, por la llama que arde en él de heroica y de fierísima bondad. El vasto ideal que le inspira de liberación total y superación del hombre, de imperio del espíritu y de bondad consciente, solamente lo hemos visto expresado con igual intensidad en José Antich, el autor de Andrógino, apóstol y fundador, filosóficamente, del ideal de divinización humana.

Pero como poeta propiamente, como hombre que canta en verso y encarna en su existencia sus propios ideales, no le encontramos semejanza ni antecedente alguno.

Es el primero que toma como único sujeto de sus cantos al hombre, al espíritu del hombre, de manera sintética y ascendente, con un criterio nuevo y audacísimo de moral ego - altruista.

En todo este poema se destaca la figura del Cristo dictador, del heroico creador de una nueva ley moral, del tirano del bien, cuya cruel energía

se consagra íntegramente a servir e imponer el ideal de amor.

Apóstrofe. — Esta poesía ha coronado y sintetiza toda la obra y la vida del poeta. Lacerada su alma por el bárbaro espectáculo de la fuerza agresora y humanicida que pisotea el derecho y pretende erigirse en dictadora y soberana de la humanidad, busca al principal culpable de este cataclismo, con el seguro instinto de su intuición, y alzándose por encima de todas las cobardías y vacilaciones que atan el pensamiento universal, él apostrofa y condena al responsable de la horrorosa tragedia con la violencia infinita y la sagrada indignación que sólo pueden prestar un alma gigantesca y un corazón sin mácula. Ya hemos hablado de la forma de esta poesía — tan reprobada por los estetas y por los vasallos espirituales del déspota germano — y por lo tanto no insistiremos en su análisis. Pero sí aseguramos que sobrevivirá como un monumento humano de rebeldía consciente, de alto sentido moral y de espíritu altruista y justiciero.

Evangélicas. — Las "Evangélicas" de Almafuerte son una serie de artículos compuestos de pensamientos en forma de versículos.

En ellos se razona y sentencia sobre todas las cosas divinas y humanas, pero siempre desde el punto de vista del sentido moral y de la vida interior del hombre.

Contienen una filosofía áspera y ruda, original

y bravía; recuerda los aletazos de las águilas y el selvático olor que las fieras exhalan. Pero el criterio y el fondo de todos estos pensamientos es fuerte y sano, edificante y austero. Expresan un concepto de rigidez moral, de dureza consciente, de individualismo interno, a la vez que de bondad exquisita y de suprema civilización humana.

Son estas evangélicas un verdadero código moral, un método de individualización; despiertan y fortalecen, humanizan y elevan.

A pesar de que, sin pretenderlo, reflejan las corrientes de pensamiento actuales, tienen además una originalidad singularísima por su brusca expresión, por su tono candente de realidad. Compréndese muy bien que no son pensamientos de hombre sentado, como decía Nietzsche; que han sido elaborados no ya andando, sino viviendo; que se los ha forjado en el yunque de la vida y con el martillo de la idea.

Elévase también aquí el poeta a cumbres de idealidad formulando profundas y penetrantes sentencias, al hablar del carácter, al definir el genio, al meditar sobre el hombre y sobre la vida.

Consideramos como uno de los más conscientes y hondos pensamientos éste que forma parte de una de sus evangélicas: "El estado perfecto del Hombre es un estado de ansiedad, de anhelación, de tristeza infinita: una tremulación interrogante de tentáculo".

Discursos y conferencias. — Muchas son las producciones de este género que existen del poeta y todas ellas versan sobre temas morales. Se caracterizan por la construcción de largos períodos sostenidos en que el poeta se elevaba a las cumbres de la ideación, con la tenaz insistencia, la intensa pasión moral para expresar una idea hasta en sus consecuencias más remotas y en su sentido más recóndito, que era lo más peculiar y lo más resaltante de su genio. Los límites obligados de este trabajo no nos permiten entrar en el análisis de esa parte de su obra; pero señalaremos entre las más bellas de sus piezas oratorias el discurso sobre Mitre, la conferencia "La gran misión", el discurso en homenaje de Carducci y la conferencia sobre el niño.

ORACION FUNEBRE A ALMAFUERTE

Pronunciada en la muerte del poeta ante un público invisible

Señores:

Ha muerto el poeta del Hombre. Se ha sumergido en la sombra, para siempre, aquella lira inmortal. No hay un hecho más trágico y sombrío para el espíritu que este súbito aniquilamiento de una de esas montañas de Dios, de esos focos solares de la conciencia humana que habían encadenado en su palabra al tiempo y parecín destinados a la eternidad.

Ello nos da una tremenda evidencia de la muerte, que parece en tal momento rozarnos el corazón con su ala yerta. Y es que cada vez que muere una de estas cimas muere también algo dentro de nosotros mismos. Parece a nuestra conciencia que en la caída de estos gigantes debiera vestirse de luto la Naturaleza entera. Sin embargo, el Universo no se conmueve, y aun a veces ni siquiera se constrista ni se entera la inculta humanidad.

Así ha muerto Almafuerte, calladamente, como se abisma un astro en la noche; circundado de som-

bra y de silencio. Un joven amigo suyo que le asistía me ha contado sus últimos momentos, tan solemnes, tan graves y tan puros como lo fueron moralmente todos los actos de su vida. Aunque estaba muy enfermo, nadie sospechaba su fin próximo; cuando, hallándose un momento solo con él, este joven observó que las lágrimas se deslizaban por las mejillas augustas del poeta. Inquirió alarmado el joven y Almafuerte le tranquilizó; indicóle que alejara de su lado a sus otros amigos que le cuidaban y se quedase solo con él. Entonces le habló grave y serenamente como lo puede hacer sólo un alma olímpica en estos instantes únicos de suprema tristeza. Le anunció que iba a morir dentro de pocos minutos; y le confió sus pensamientos íntimos, su testamento privado. Y cuando le hubo expresado su voluntad póstuma, despidióse de él diciéndole con estoicismo sublime: "Ahora déjame solo que voy a morir". Salió el joven de la estancia y al trasponer el umbral miró de nuevo al poeta y observó que éste elevaba la vista a las alturas y después abatía sobre su pecho la soberana cabeza que había albergado mundos.

De este modo penetró Almafuerte en el reino de la Nada, con la triste, serena impavidez de Sócrates y de Cristo.

*

Almafuerte, señores, no es un poeta en el sentido literal de la palabra; y sobre todo no es un artista,

a pesar de la belleza que resplandece en sus obras. Almafuerte es más que artista y que poeta: es un Profeta, un Apóstol, un fundador de religiones. Su rango no es el de Shakespeare, ni el de Goethe, ni el de Dante y Homero. Su rango está entre los padres de los pueblos y las civilizaciones: está entre Budha y Orfeo, entre Moisés y Jesús. El no ha formado sectas ni capillas, pero ha fundado una religión tan alta y aún más alta que las anteriores: la religión de la Humanidad, la religión del Hombre.

Almafuerte no ha cantado la belleza, ni el amor humano; ni los hechos exteriores, ni la vida transitoria. Almafuerte ha cantado solamente lo que hay de eterno en el hombre, lo inmortal y lo divino de la vida humana; la ley moral que es el centro y la razón de ser de los orbes.

Todos los poemas de Almafuerte, son himnos religiosos, honda y sobrehumanamente religiosos, donde resplandece como un dios el hombre interno y dicta su pragmática celeste "la sublime segunda naturaleza".

Pero el misticismo de Almafuerte no ha sido la abstracción que se cierne sobre el hombre, como nube de incienso, y le envuelve y le ofusca el espíritu, ocultándole los cielos infinitos de su alma; su religión no está hecha de dogmas que amojonan y cercan el reinado interior, cerrándolo al universo circundante.

Su religión y su misticismo arrancan de lo más hondo de las entrañas mismas del sér, y se remontan

a los espacios y se extienden a todo el Universo; se dilatan en las lejanías más remotísimas e inescalables.

No es el suyo, tampoco, un idealismo amasado con nardos e ilusiones, forjado en plácidos limbos e inconsciente de la realidad, como lo son casi todas las ideologías de los poetas y los ensueños de los redentores; la idealidad de Almafuerte, por el contrario, es un ímpetu loco de ascensión, es un ansia abrasadora de pureza, es una sed rugiente de divinidad y de alas.

Pero él no desea jamás la redención para sí: la quiere para la *chusma,* para el caído y el réprobo, para el mísero y el vil, para el más ruín y más triste de los hombres. Y al hacer esto Almafuerte no trata de redimirse y enaltecerse a sí propio, por la caridad y el altruismo, como lo hace, en realidad, el espíritu cristiano: es que rompe y desgaja por estrechos, los raquíticos moldes de la humana justicia, es que corrije los códigos de una inicua moral utilitaria, es que reforma el mundo; es que abre de par en par las puertas de los cielos para todos los hombres, a la vez que azota a éstos con los trallazos más duros y las más rudas violencias de su alma, para que despierten del letargo de la bestia y emprendan su ascensión hacia las cumbres, "el viaje supremo del vientre a las alas".

Yo comprendo, señores, que mis palabras vais a juzgarlas osadas y desmedidas; y que hasta me haréis, quizá, el honor de motejarme de loco, arro-

jándome, así, sin merecerlo, este vocablo ya sacramental, por haber rebotado tantas veces sobre la testa jupiterina de los inmortales. Pero en honor al maestro y a vosotros mismos yo os debo decir ahora mi pensamiento integral sobre el Poeta.

Debo deciros y os digo que mi convicción más honda, que mi concepto más íntimo, que lo que yo palpo y veo con las manos y los ojos de mi espíritu y mi alma es que Almafuerte es el hombre más humano, el más grande rebelde y el demócrata más puro que ha existido jamás; que ante la obra de Almafuerte se borra como una sombra la antigua sabiduría y comienza una nueva civilización.

Ningún espíritu, hasta el presente, había entrado tan hondo como él en la conciencia humana; ningún otro había bajado a los profundos abismos del corazón del hombre; nadie como él había penetrado en las entrañas de la humanidad, para barrer de allí el fango y recoger las perlas, y fulminar y domar los tiranos y los monstruos con la audacia y la fuerza de un Hércules moral.

Nadie tampoco, jamás, como Almafuerte, se rebeló contra todo despotismo: ya fuese el de la ciencia o el de la ignorancia; ya partiese de la *chusma* o del "Dios adusto y frío como el capataz de una cuadrilla de camineros"; ya fuese la tiranía de la opinión, o la del César ensoberbecido que pretende someter al mundo.

Nadie, en fin, como Almafuerte, se sumergió entre los parias y los hambrientos, unió su vida y su

suerte a los miserables, renegó de toda cumbre que no fuese una cruz, e hizo "como los bueyes, mutualidad de yunta y compañero" con todos los aherrojados de la tierra.

No encontraréis en la literatura o la poesía, ni aun en las más altas cumbres del espíritu humano, un ejemplo tan grande de humanismo; de bondad desbordada, rugiente y palpitante; de renuncia de todo privilegio; de absoluto y silencioso sacrificio; de fulminación contra los Césares; de infinito desdén por toda aristocracia, aun inclusa la del genio. Sus palabras contienen una moral y un idealismo desconocidos hasta el presente para los hombres.

Se encierra en ellas el germen de un nuevo ideal y los cimientos morales de una humanidad futura, en la cual no serán, como hasta hoy, quimeras irrealizables o vanas sombras equívocas la justicia, el amor y la libertad; esa excelsa trinidad de la conciencia humana, tan ensalzada teóricamente cuanto en los hechos escarnecida.

Depositad, pues, en vuestros pechos, las palabras de Almafuerte; enseñad a vuestros hijos, como la oración más pura, como el verbo de Dios mismo, los cantos y evangelios del poeta, y en el fondo de vuestra alma sentiréis germinar y florecer una nueva y más perfecta humanidad.

PÁGINAS INÉDITAS DE ALMAFUERTE

JESUS

Para mi chusma.

Hace ya veinte siglos que te alumbra el perdón desde las alturas de la cruz. Tus sabios, tus pensadores, tus filósofos le han dado muchos nombres, — reciprocidad, tolerancia, solidaridad humana, — pero no es más que perdón; pero no es más que amor. Deja no más que te llamen loco, cuando abandonas tus hijos para asistir a tu vecino enfermo; que te castiguen como a cohonestador del crimen, cuando das refugio en tu agujero al delincuente fugitivo; que te pronostiquen el patíbulo, cuando agrandas, en tu alma, la pálida figura del ajusticiado; y que te motejen de supersticioso y de ignorante y de estúpido, cuando velas junto a los muertos y lloras sobre de ellos y te arrodillas en presencia de su tumba; tú eres el bueno; es a decir: tú eres el hombre!

*

Ser bestia es fácil. Vete al desierto, o a la montaña, o a la selva, o a la resonante orilla del mar y encontrarás tu alimento, tu vestido y tu cama al alcance de tus manos; pero no serás hombre, porque no tendrás a quien amar. Cualquier bruto toma represalias, cualquier víbora clava su dardo sobre los que pasan, cualquier alimaña defiende su cueva y gruñe junto a su presa, cualquier macho busca su hembra: ninguno de ellos besa sobre los dolores ajenos: nadie perdona, más abajo de tí, oh hijo de Adán! Eso es humanidad.

Y todo lo que eso no sea es una postema de tu alma, una cosa maldita que te tira para atrás. Tu civilización no es tu comodidad: tus palacios, tus grandes ciudades, tus acueductos, tus máquinas, tus descubrimientos, tus ciencias y tus artes, que te dan facilidades, que te alargan la vida y la llenan de goces, no son otra cosa que el dique de los castores y la tela de las arañas, y el instinto de lo más cómodo del gato ese que busca para echarse a vivir el sitio más confortable de tu casa: dejaste de ser como todos esos el día que vertiste la primera lágrima en presencia de un dolor que no era el tuyo!

*

Aquel que no hace su vida refiriéndola al vecino, y al barrio y a la comuna, y al país y al mundo, y al porvenir de todo esto, ese no está civilizado: todo

egoísmo que no alcance tal amplitud, no habrá pasado de la órbita reducida de la animalidad inferior.

Cuando te pongan por ejemplo a las cosas, las plantas y las bestias, diles que tú no eres como ellas, que estás muy lejos de ellas y que no quieres regresar a ellas: y no regreses, aunque te azoten con espinas: y sigue amando a tu prójimo con toda la vehemencia con que te amas a tí mismo; si no quieres salir un buen día caminando en cuatro patas. No; la desgracia no es una basura repugnante; las grandes virtudes humanas no son grandes locuras. No; no: el bueno no está enfermo!

*

Así está diciendo Jesucristo, hace ya veinte siglos, desde las alturas de la cruz.

FRAGMENTOS

La ansiedad de lo nuevo, la insaciabilidad de lo que será, la nostalgia de lo que no se ha visto nunca, de lo que tal vez no se verá jamás, nos han sido dadas para desconocer a la naturaleza, para sojuzgarla, para hacerle dar todo lo que ella puede dar, para superarnos a cada minuto, para salirnos de nosotros mismos, para crearnos nuevos órganos creándonos necesidades nuevas, para llegar a las alas, al dominio completo del espacio y el tiempo, a la juventud eter-

na, al equilibrio absoluto, a la paz armoniosa de lo perfecto.

Para eso sentimos esas ansias, para eso se nos ha hecho insaciables y nostálgicos.

El hombre civilizador, el hombre civilizado, el hombre idealmente equilibrado, es un enemigo mortal de la naturaleza.

*

(Entre los papeles de Almafuerte, hay fragmentos que marcan, ya un juicio sobre sus propias obras, ya medidas disciplinarias, para aprovechar el tiempo y destilan cansancio o pesimismo del medio ambiente).

Habla de su literatura:

...La naturaleza de mis obras, todas ellas con una intención humanitaria, que las hace respetables por ese solo hecho, y las cuales obras no solamente requieren un prolijo embellecimiento exterior a fin de que el descuido de la decoración no perjudique la cosa misma, sino también una armonía, una redondez de pensamiento que solo podría lograr produciendo composiciones intermedias y cerrando el ciclo de todas ellas con producciones de carácter más afirmativo, más magistral, como quien establece las finalidades de un largo discurso. Cosas que peligrarían con las precipitaciones de quien corta y cose ropa de cargazón para un ejército de operaciones...

precipitaciones que alejarían para siempre jamás las posibilidades del *Premio Nobel,* con que sueñan algunos jóvenes universitarios para mi atormentada vieja cabeza. No puedo ser más explícito, puesto que lo soy hasta la ingenuidad.

*

ESPECIE DE ORDEN GENERAL

De hoy en adelante:

1°. En mi casa no entrará nadie más que el que me necesite para algo.

2°. No creeré absolutamente, en el cariño de ninguno, ni hombre ni mujer, ni joven ni viejo.

3°. Cuando alguien se me acerque sonriendo, y me hable de su admiración por mí, ya me pondré en guardia, lo mismo que si estuviera en un bosque y sintiese ruido.

4°. Haré todo el bien posible, y hasta el imposible, en la seguridad de que por cada beneficio, tengo que recibir algún perjuicio.

5°. No permitiré jamás que se hable de mí en mi presencia: Los asuntos míos, me los resolveré yo solo sin consejero, y mis dolores más grandes me los consolaré yo mismo.

*

PENSAMIENTOS

Hasta que no percibamos, tal como son en sí mismos y no tal como se los representan nuestros sentidos, los fenómenos de la naturaleza, las ideas morales — que no son más que ideas derivativas — no serán verdaderas. Toda idea es el resultado, o directo o indirecto, de una impresión: si ésta nos engaña, aquélla no es exacta. Todavía no podemos explicarnos cómo las cosas pueden hacerse solas, y por eso creemos en un Hacedor Supremo. Afirmo que nos movemos dentro de una mentira universal, y hasta que nosotros mismos no somos nosotros. No juego con las palabras.

Solamente la conciencia de los niños carece de mancha. Toda memoria tiene sus recuerdos sombríos: no hay vida que pueda confesarse desde un extremo al otro, sin rubor. Los hombres son como los borradores de los buenos versos, llenos de tachas, supresiones, agregados y llamadas. Nadie más que los necios viven de corrido, y nada más que las simplezas y los lugares comunes se escriben al correr de la pluma: una vida es a la manera de un manuscrito muy meditado.

Después del reinado del amor tiene que sobrevenir el imperio de la verdad. Hasta que ésta no lo domine todo, marcharemos como hasta hoy, sin concurrir conscientemente a la obra de Dios.

Quieres saber dónde está el mayor desencanto del bien, la menor porción de fe en el triunfo de la virtud? Pues, en el corazón de un hombre bueno.

No te preocupe cómo has de decir, sino lo que has de decir.

Rompe con el mundo entero, por toda la vida, antes de romper contigo mismo por un solo día.

El amor perfecto no tiene principio ni fin; ni se detiene sobre nadie exclusivamente, ni se circunscribe a una región: es intangible.

Lo poco bueno que tiene un hombre lo palparás en un solo día: toda su maldad oculta no la conocerás ni en cien años.

La maldad humana no se ve toda entera: se hiela al salir a los labios; se avergüenza de la luz: huye al primer ruido.

No pidas más que justicia, pero mejor es que no pidas nada.

Menosprécialo todo, que todo tiene conciencia de su condición menospreciable, y así reinarás.

Lo grande está siempre solo.

Los más nobles sentimientos no son más que disfraz de estos dos instintos: el de conservación y el de reproducción.

Cuando caiga el último hombre dentro de la tumba, recién habrá terminado la mentira.

Odiar! ¿para qué? Amar! ¿qué? Menospreciar! Eso sí. Contémplate a tí mismo tranquilamente y ya verás cuán digno eres de tu propio desprecio.

La virtud se practica generalmente cuando se ha conseguido una fortuna considerable, sin parar en escrúpulos; porque después de asegurar la vida material no queda al hombre qué hacer más que ser bueno.

La virtud, el heroísmo, el amor, la amistad, el hogar, etc., etc., no son más que perspectiva humana, efectos de óptica: la realidad, lo que es, el hombre mismo, están bien opuestos a todo eso.

El hombre nace todos los días.

Si quieres medir toda la malevolencia humana, finge bondad por un año consecutivo siquiera y ya verás como se desenvuelven a tu alrededor los instintos más bajos en toda su integridad. Porque el hombre no descubre enteramente su ser interior en presencia de los que él supone maliciosos; teme la

represalia y por eso no se presenta tan maligno como es en sí mismo. Siempre habrás visto que los pillos se tratan de la mejor manera los unos a los otros, mientras que sacan las uñas en presencia de los débiles, los bondadosos y los inocentes.

Sólo el genio tiene la facultad de agrandar lo diminuto sin deformarlo.

Si tuvieras la elevación de espíritu suficiente para sobreponerte a tí mismo y escudriñar tranquilamente tus propias debilidades, verías que todos tus amigos y todos tus enemigos giran alrededor de ellas como chacales. Un hombre absolutamente justo, no tendría ni los unos ni los otros.

La felicidad humana no ha entrado en los designios de Dios.

Observa sinceramente y sin idea preconcebida todo lo que te rodea y hasta tu alma misma y cambiarás de opinión tan a menudo y tan radicalmente como una veleta o como un barco sin timón.

Cuanto menos necesites, más tendrás. Aquel que se satisface con poco, tiene tanto como Creso.

El hombre quiere ser ángel; pero está hecho para ser bestia.

Más difícil es aparecer grande que serlo.

Meter niños en el taller o la fábrica, es empedrar el presente con el porvenir.

Muchas ocasiones de tu vida habrás sido miserable, no lo dudes; pero en porciones intangibles e inconexas, de tiempo.

La adhesión absoluta es la gratitud de la canalla.

El hombre más grande, sólo es un haz de pequeñeces.

Siempre se vive pidiendo aun que no lo creamos así, en nuestro orgullo.

Lo más infame que digan de tí, nunca será más que lo que tú piensas de tí mismo; la humanidad vive ocultando de quién sabe quién, su propia vileza.

Dí las cosas en el orden que las piensas y las dirás correcta y hasta artísticamente.

Los hombres verdaderamente superiores no quieren brillar: brillan.

No tomes ni oficio, ni amigo, ni mujer, superiores a tí mismo.

No hay hombres buenos, sino menos malos.

Evita de todas maneras los grandes enemigos; pero más, todavía, las amistades estrechas: la lengua de tu amigo es la ventana de tu corazón.

Todo hombre es un secreto: el día que deja de serlo, deja de ser.

Antes de convertirte en una realidad sin significado, consérvate una esperanza, o por lo menos una sospecha.

Trata a los demás como si algún día hubieran de ser tus enemigos.

La calumnia tiene su lado bueno: nos obliga a ser mejores para contrarrestarla.

No odies jamás a tus semejantes, pero no los ames.

Contra tus propósitos de bondad, estás tú mismo.

El hombre justo suele ser un hombre odioso.

Nunca, ¿lo entiendes bien?, nunca podrás decir todo lo que piensas ni expresar todo lo que sientes. No hay hombre que no sea inferior o superior a sus apariencias.

El dolor enloquece y la felicidad bestializa: elige!

APÓSTROFES (1)

I

Yó sé bien, que dos razones,
Dos tendencias, dos pasiones,
Se conflictan o se besan,
En el campo de tu pecho, sin cesar:
El furor de lo apremiante,
Del minuto, del instante,
Y el fervor de lo intangible,
Lo mediato, lo después, lo más allá!
Como el tallo de la hiedra,
Qué no sube por la piedra
Solamente con los garfios
De su breve, de su múltiple raíz;
Porque salva las distancias
Con las guías de sus ansias,
Con los brotes de sus sueños,
Con las alas de su instinto de subir.

II

Yo sé bien que muchas veces,
Tú vacilas, tú decreces,
Por exceso de cualquiera
De las dos aspiraciones de tu ser;
Pues el hombre verdadero
Ni es deleite, todo entero,
Ni es, tampoco, todo fiebre,
Todo anhelos inauditos de ascender...
Como el tallo de la hiedra,
Que se dobla y se desmedra,
Si le faltan en el muro
Circunstancias aparentes de arraigar:
Y el placer y las pasiones
Serán siempre los harpones
Con que vayas escalando
La divina, la suprema claridad!

III

Yo sé bien, que muchas veces,
Ni aprovechas, ni mereces,
Los progresos de que gozas,

(1) Aun cuando no es inédita esta poesía, la publicamos por ser una de las menos conocidas y de las más representativas de la ideología y el arte del poeta.

Magnos, buenos y seguros, desde Adán;
Pues te invade la locura
De ostentar tu investidura,
Cual un sol que no supiese
Nada más que relucir y deslumbrar!
Pues te colmas del ardiente
Fanatismo del presente,
Sin pensar que te ha tocado,
De las épocas humanas, la peor,—
En que todos van vacíos,
Van inertes y van fríos,
Como témpanos del polo,
Cual burbujas irisadas por el sol!

IV

Sin mirar, sin haber visto,
Que ser hombre, ya es ser Cristo;
Que ser Cristo, ya es ser sabio;
Que ser sabio, ya es ser luz de Jehová;
Que ser El, o su destello,
Ya es ser justo, manso y bello;
Que ser bello, manso y justo,
Ya es ser viva negación de vanidad;
Que los vanos van vacíos,
Displicentes y sin bríos,
Como barcos errabundos
Sin el lastre, sin la carga de la fé;
Que sin fé, todo se cierra
Por el aire y por la tierra,
Cual pupila temerosa
Tras el párpado brutal de lo soez!

V

Sin mirar, sin haber visto,
Que ya todo estaba listo
Sendos miles de centurias
Más atrás de tu presencia baladí;
Que tus raras invenciones
No son más que proyecciones:
Los capullos que se abren
Y los frutos que se cuajan para tí!
Peregrino que reposas,
Por la fuerza de las cosas,
Donde mismo se desatan
Las guedejas cristalinas del raudal...

Del raudal apetitoso
Que ha venido silencioso
Por los senos de la tierra,
Con las ansias inefables de brotar!

VI

Que tu alma, que tu día,
Van preñados, todavía,
Del primer fecundo beso
Del primer fecundo labio creador;
Y aquel beso fué tan hondo,
Que ha lanzado al mismo fondo
De los siglos de los siglos
Su profunda, generosa radiación:
Pues habrás perdido el nombre,
Serás ángel, más que hombre,
Correrás, en un segundo,
De una estrella en otra estrella, sin caer,
Y aquel fúlgido progreso
Será el hijo de aquel beso,
Será un punto de las ondas
Que aquel ósculo vibró, la primer vez!

VII

Yo sé bien que vas lanzado,
Cual un bruto desbocado
Que las bridas no sujetan,
Y a quien deja el conductor de gobernar,
Aguardando vigilante,
Que vencido, jadeante,
Se desplome, de rodillas,
Faz a faz del infinito, el animal!
Porque Dios, como el auriga
Cuenta más con tu fatiga
Que con ese frágil freno,
Que con esa turbia luz de tu razón;
Y ha sacado del hastío,
Como al mundo del vacío,
Los estados más hermosos,
Los destellos más sublimes de tu yo!

VIII

De tu yo, que rompe y deja,
Cual un sol que se despeja,
La prisión de unos sentidos

Que no saben ciertamente lo que ven,
Y fulgura justiciero,
Cual un rey sin consejero,
Cual un soplo todo libre
Que no tiene resistencias que vencer!
Tan lucífero, tan claro
Como él mismo, cual un faro
Cuya bomba de colores
Destrozó con su violencia, el huracán;
Tan profundo, tan vidente,
Que partiendo del presente,
Desde un polo al otro polo,
Surcaría, de una vez, la eternidad!

IX

Juicio libre, juicio puro,
Matemático, seguro,
Como rectas ideales
Que cruzaran los abismos de zafir,
Como van por el vacío,
Sin retardo ni desvío,
Los pedruscos y los bronces
Y el vellón y la pelusa más sutil!
Misma luz, misma potencia,
Misma vida, misma ciencia,
Misma ley del Universo,
Mismo bien, misma razón, misma verdad
Que cayeron fulminados,
Luminosos, imantados,
Cual recónditos conjuros,
Por los tiempos de los tiempos, en Adán!

X

Yó sé bien, que Dios ha puesto,
Cual un doble muro enhiesto,
Los zarzales dolorosos
Que flanquean, palmo a palmo, tu carril;
Que debajo de tu planta,
Cada día, se levanta,
Yó no sé, qué senda púa,
Que te impone, que te manda proseguir;
Que no besa, que no toca,
Ni tu mano, ni tu boca,
Donde no hallen escondidos

Escorpiones trepitantes de furor;
Pues la vida del más justo,
Cual un lecho de Procusto,
No le deja ni un repliegue,
Ni un minuto bien gozado de pasión!

XI

Que te sigue la jauría
Más hambrienta, más bravía,
Galopándote a los flancos
Por el arduo cuestarriba del deber;
Que circulas como fiera,
Perseguido por doquiera,
Como el toro que conducen,
Con las picas del dolor, al redondel;
Que te arrastra de las crines
Un tropel de querubines
Afanosos, cual hormigas
Que rasuran de sus rosas al rosal,
Y callados y severos,
Como van los carceleros,
Siempre mudos como mudos,
Vigilando su cuadrilla criminal!

XII

Que cual dos enamorados
Que platican reclinados
En los cómodos cojines
De las cómodas butacas del vagón,—
Van soñando dulcemente,
Mientras marchan rectamente
Por los rieles invisibles,
Para ellos, como el alma y como Dios:
Así corre a su destino,
Proyectando en el camino
Mil graciosas necedades,
Que jamás entre sus palmas palpará,
Desde el joven al anciano,
Desde el rey al artesano,
Toda entera y verdadera,
La inconsciente, soñadora humanidad!

XIII

Que es verdad abrumadora
Que la gran locomotora
Que conduce todo eso
De la estepa de los siglos, a través,—
En las mismas estaciones,
A los mismos corazones,
Fracasados o triunfantes,
Los arroja sin mirar en el andén:
Pues el mismo pensamiento,
Y hasta el mismo sentimiento,
Pueden ser los de un lacayo
Despreciable favorito del señor...
O el espíritu sublime
Que somete, que redime
La soberbia de las almas,
Con su noble, su cristiana negación!

XIV

Que hay un tic en cada vida,
Que la entrega sometida
Como res indiscutible
Del misterio, del destino, del azar;
Y fracasan, o prosperan,
Quieran ellas o no quieran,
A los golpes o los besos
De la misma incognoscible voluntad!
Que bordamos afanosos
Arabescos prodigiosos
En la púrpura sagrada
Del ingenio, del deseo y la ilusión, —
Mientras van insospechables
Cien demonios formidables
Trabajando en el secreto,
De aquel mismo generoso corazón!

XV

Que ninguno hasta el presente,
Se ha escrutado con la lente
De la sola razón pura,
Bien adentro, bien al fondo de su ser;
Que no hay sol y no hay bacterio
Que no vayan al misterio,
Cual un medium insensible

Que no tiene la conciencia de quién es;
Ni hay discurso, ni hay idea,—
Por olímpica que sea
La molécula purpúrea
De la sangre de genial que los creó,—
Que repitan dos segundos
Los acentos tremebundos
De la misma verdad misma
Que resuena en lo recóndito del yo!

XVI

Yo sé bien que vas seguro
Dentro mismo del oscuro,
Viejo cauce, lecho enorme,
Sendo abismo, largo túnel en que vás,
Como río entre ribazos
Como niño entre los brazos
Que lo mecen, que lo llevan
Donde ansía la ternura maternal;
Que, tal vez, sonríe tierno,
Sin enojos, el Eterno,
Cuando ruges y protestas
Con el torpe razonar de Lucifer,
Que no siente la armonía
Del dolor y la alegría,
Del deber y del derecho,
De la santa libertad y de la ley!

XVII

Pues sabrás que Dios es bueno
Como el mismo pan moreno
Que los pobres de la tierra
Santifican con su llanto y su sudor;
Y más manso, todavía,
Que la propia luz del día
Que se vuelca y distribuye,
Sin negar al más infame, su fulgor:
Y es en vano que te mofes
De sus leyes y apostrofes
Con apóstrofes geniales,
Su existencia, su poder y su bondad;
Porque nada le conmueve,
Y en su blanca faz de nieve
No sublevan tus injurias,
Ni una ráfaga de cólera, jamás!

XVIII

Que más lejos de los astros,
Donde ya no quedan rastros
De la lógica del cosmos,
Misma lógica misérrima del ser;
Más allá de donde ahito
De rodar, el infinito
Se prosterna y enrarece,—
Todavía poderoso, manda El!
Y por más que vas huyendo
De su código estupendo
Por miriadas de centurias,
Cual un hijo que se fuga del hogar...
Como el pez en el acuario,
Y en su celda, el visionario,
Y en sus órbitas los orbes,
Del alcance de sus manos, no saldrás!

XIX

Y yo sé, perfectamente,
Que mi verba, que mi mente,
Que mi trágica persona,
Que mi débil, hiperbólico clamor,—
Para tí, será tan vano,
Como el rasgo de un insano,
Que al salir acometiese,
Con sus gritos enigmáticos, al sol;
Para tí, será lo mismo,
Que oponer al cataclismo,
Catapultas de sarcasmos
Y sollozos y protestas de mujer,
Y a los ecos clamorosos
De los mares tumultuosos,
Con rescriptos y con varas,
El silencio de las tumbas, imponer!

XX

Que del modo que las gotas
Van cayendo como notas,
De repliegues en repliegues,
Por los pétalos rizados de la flor,—
Sin sentir, las infelices,
Que reflejan los matices
De las hojas que recorren

Como perlas temblorosas de sudor,
Sin noción, las pobrecitas,
de las fuerzas infinitas
Que tu ser originaron
En los senos del jazmín o del clavel,
Sin saber, las degraciadas,
Al rodar, electrizadas
Como lágrimas furtivas,
Dónde mismo, su cristal, han de romper:

XXI

Así pongo vacilante,
Sobre cada consonante,
Las ideas que me brotan,
Ni lo sé, ni lo sabré, para qué fin;
Así va, fugaz y terso,
Reflejando cada verso
Las bellezas o las sombras
De los días que lo vieron, al surgir;
Así marcha mi discurso,
Sin pensar en el concurso
De las hondas energías
Que lo exprimen en mi seno, sin dolor;
Así vibra mi elocuencia,
Sin la mínima conciencia,
De los círculos postreros
Donde tenga que cesar su vibración!

XXII

Pues cual busca el arroyuelo,
Sollozante, sin consuelo,
Sucesivos desniveles,
Sometido por la ley de su nivel,—
Así voy, como el arroyo,
De un apoyo en otro apoyo,
De declives en declives,
Sin poder y sin querer y sin saber!
Y lo mismo que las olas
No se yerguen por sí solas,
Ni disponen sus orientes
Con su ronco, su perpetuo resonar,—
Mis arranques inauditos,

Y mis quejas, y mis gritos,
Nada explican, nada pueden,
Como el eco más insólito del mar!

XXIII

Mas tal vez, por eso mismo,
Se desborda mi heroísmo,
De las ánforas secretas
Donde yace prisionero su licor:
Cual un vino delicado,
Neciamente abandonado
Por la incuria de los hombres,
En el fondo de mi triste corazón;
Como aquellos manantiales,
Que detrás de los zarzales,
En el seno de las rocas,
Purifican y retienen su cristal;
Como todos los nacidos
Para ser escarnecidos,
Cuando suenan los clarines
De cualquier evolución providencial!

XXIV

Y tal vez por eso mismo,
Restallante de lirismo,
Lo fatal y lo imposible
Me deleita contrariar y resolver:
Cual un ángel del Averno,
Partidario del Eterno,
Que a los réprobos absortos
Predicase las bellezas del Edén;
Cual un punto de la esfera,
Que ser punto no quisiera,
Y en la cumbre de los soles
Resolviese proclamar su rebelión;
Cual un ente miserable
Que soñando lo inefable,
Desde el fondo de la sombra,
Suspirase por su cruz de redentor!

XXV

Y delante de la furia
Con que rueda tu centuria
Como tropa de bisontes
Poseída del delirio de migrar,
Cual innúmera majada
Perseguida y azotada
Por las lluvias invernales,
Que la llevan sin saber a donde vá,
Como férvido torrente
Que a la faz de la pendiente
Se desploma fragoroso
Sin más ley que la maldita de caer:
Yo la brizna sin historia,
Vil sobrante, vil escoria,
Me levanto formidable,
Me propongo fulminar tu estolidez!

XXVI

Sí vacía, sí pomposa,
Sí ruín, sí delictuosa,
Sí maligna, sí cobarde,
Sí proterva, sí bestial humanidad:
Pon la faz arrebolada
Más abajo de la nada,
Más abajo, todavía,
Pues te voy a maldecir y apostrofar;
Soy tu padre, tu poeta,
Tu maestro, tu profeta,
Tu señor indiscutible,
Tu verdugo sin entrañas y tu juez!
No me asustas: te domino,
Te someto, te fascino
Con la luz esplendorosa,
Con el hierro incandescente de la fé!

ÍNDICE

ESTUDIO PRELIMINAR

ALMAFUERTE Y SU OBRA

PAGINAS INEDITAS DE ALMAFUERTE

Imprenta Mercatali. — Calle José A. Terry 285